

# Benjamín Prado

Jamás saldré vivo  
de este mundo



Benjamín Prado

Jamás saldré vivo  
de este mundo

ALEAGUARA  


SÍGUENOS EN  
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

---

*Hablar de lo demás es siempre un río.*

PEDRO SALINAS

---

**Hay que matar a *Roco***

# I

A Gabriel se le ocurrían cosas. Y estaba completamente seguro de que algunas eran buenas, muy buenas. Por ejemplo: un hombre enciende un transistor y nota algo raro en lo que escucha; al principio no sabe qué es, pero luego, al oír palabras como neurotemporalidad o cibermemoria o encefaloespacio se da cuenta de que son noticias de otra época, de que ha sintonizado una emisora del futuro. ¿Cómo podría continuar el relato? Casi nunca llegaba a saberlo y casi nunca le importaba. «¿Qué ocurrirá dentro de cien, de quinientos años? Pregúntaselo a uno que vaya a estar allí», se decía, lo mismo que si le hablase a otro; y después, mientras empezaba una botella de cerveza o un paquete de tabaco, se sentía bien, satisfecho, igual que si acabara de darle a ese segundo hombre una buena lección, y pensaba que, si quisiese, podría escribir esa historia y otras mil como ella.

Miró a su hijo Raúl, sentado en su silla de ruedas, y a *Roco*, el perro de la familia, que respiraba fatigosamente junto al televisor. El niño tenía seis años y una enfermedad degenerativa; el animal era muy viejo, tanto que apenas le quedaban ya fuerzas para moverse, y Gabriel sintió lástima al recordar la época en que se lo regalaron, el modo en que saltaba de un sitio a otro o se metía entre sus piernas y las de su mujer, Natalia, haciendo escorzos increíbles y aullando de pura felicidad. Los vio a los tres, a *Roco* y a ellos dos, con una claridad extraordinaria, pero también supo que estaban muy lejos, que se habían convertido en unas personas remotas, difíciles de identificar con quienes eran hoy, quince años más tarde.

Encendió un cigarrillo y al apuntarlo en el cuaderno sintió una cierta inquietud porque, según sus cuentas, sólo le quedaban aquél y dos más para morir. Había empezado con esa historia dos años antes, cuando leyó en el periódico una noticia en la que se aseguraba que por cada cigarrillo que fuma, una persona normal pierde hasta doce horas de vida. ¿Era cierto? Gabriel hizo

cuentas: su dosis de una cajetilla le quitaba por cada día otros diez, setenta a la semana y doscientos ochenta mensuales; en un año, perdía nueve, de modo que en los cinco que llevaba fumando había consumido cuarenta y cinco, su edad actual. De acuerdo con sus cálculos y sus anotaciones, al acabar ese paquete, su saldo llegaría a cero.

Aún era capaz de verse a sí mismo la primera vez que probó el tabaco, justo el día del nacimiento de Raúl: va sin afeitarse, lleva un traje verde musgo, está agotado, tiene miedo porque no sabe con qué se encontrará al final del pasillo, cuando llegue a la incubadora y vea por fin, después de esos nueve meses terribles de espera, a su hijo, a esa criatura *distinta*, eso es lo que dicen los médicos, los psicólogos, nunca olviden que es un ser humano, que es igual a cualquiera, sólo que distinto. Se acordaba de esas palabras incongruentes y del cambio radical de Natalia, de la forma en que ella, hasta entonces siempre equilibrada y razonable, se opuso a cualquier posibilidad que no fuese tenerlo y luchar por él; se acordaba del modo en que, según pasaba el tiempo, empezó a hablar de aquel asunto con una convicción cada vez más fanática, menos permeable, con la intransigencia de quien se impone un deber que cree sublime y por el que está dispuesto a cualquier sacrificio. Una noche, mientras preparaban la cena en la diminuta cocina de su apartamento, Gabriel le preguntó, de repente, si de verdad había pensado lo que significaba tener un niño subnormal y, al oír esa palabra, Natalia clavó un cuchillo sobre la tabla en la que estaba cortando verduras; le miró con unos ojos terribles, abrasados por la cólera, y hundió violentamente aquel cuchillo en la madera.

—Maldito seas —dijo, igual que si dinamitara un puente entre ellos, uno importante por el que cruzaban de un lado al otro los camiones que les abastecían de respeto y de sentido común.

Gabriel sabía que Natalia, la Natalia de antes, nunca lo hubiese hecho; pensó que, de algún modo, el maldito bebé la estaba suplantando, la devoraba poco a poco mientras crecía en su interior lo mismo que un gusano dentro de una manzana. Esa noche, por primera vez desde que estaban casados, Gabriel y Natalia no durmieron juntos.

Ahora, seis años más tarde, recordaba aquel episodio como quien se pasa los dedos sobre una cicatriz. Se puso un poco más de cerveza y encendió otro Fortuna. No le gustaban ni esos envases de un litro ni esa marca de tabaco, pero los gastos que generaba Raúl eran tremendos: hospitales, rehabilitación,

medicinas. Natalia, por su parte, le compraba continuamente regalos, las películas que veían los niños de su edad, los casetes que escuchaban o los juegos de moda, aunque nada de eso aparentaba llegar hasta él y, por lo tanto, todos sus esfuerzos eran inútiles, lo mismo que disparos hechos sobre un blanco que se encuentra a una distancia mayor de la que pueden alcanzar las balas.

Encendió el pitillo. Hacía tanto calor que el aire era una especie de materia viscosa, de agua estancada. «Otro más y seré un cadáver», bromeó, mientras aspiraba el humo. ¿A qué sabe el tabaco? Era difícil de describir. A flores quemadas, a madera húmeda, a plomo... Notó que el corazón le latía en la mano y cerró el puño con fuerza. «Quizás ahora estallará», se dijo, «oiré una pequeña explosión y empezará a salir un líquido rojo entre los dedos».

Eran las ocho. Demasiado tarde. ¿A qué hora iba a volver Natalia? Estaba en la boda de una amiga y estaba allí, sobre todo, porque él la había animado a que fuese, le había dicho no te preocupes, te conviene salir y nunca vas a ninguna parte, pareces una condenada, nosotros estaremos bien.

De acuerdo, pero ¿cuánto dura uno de esos malditos banquetes? Fue a su cuarto, abrió los cajones de Natalia: en el primero y en el último había sólo ropa; en el segundo, debajo de un par de rebecas, estaba el álbum de Javier Marías. La historia de ese álbum había comenzado unos años atrás, cuando Natalia supo que aquel escritor había sido uno de los antiguos inquilinos de su piso. Antes de aquella averiguación, nunca había leído nada del tal Marías e incluso puede decirse que, aunque no supiera gran cosa de él, le resultaba antipático por algunas declaraciones suyas en los periódicos y a causa de su propio aspecto: un hombre maniático, arrogante. Pero a partir de entonces, Natalia empezó a interesarse por él, habló con los antiguos dueños de la casa, investigó las fechas en que había vivido allí y compró los libros que había escrito en esa época.

—Es un escritor magnífico —solía decirle a Gabriel, levantando la vista de la novela que estuviese leyendo—. Me encantan sus historias, son tan inteligentes, tan divertidas. Qué hombre tan delicioso.

Luego, con el tiempo, empezó a guardar recortes de los diarios, a coleccionar algunas entrevistas con Marías, algunas críticas de sus obras, artículos o fotos que, según le gustasen más o menos, almacenaba en una caja de zapatos o pegaba cuidadosamente en aquel cuaderno que Gabriel hojeaba ahora con displicencia: Marías fumando, Marías con gabardina o con gafas

de sol, Marías apoyado en un coche, a la puerta de un edificio, sentado a una mesa, con manos elegantes, labios golosos, mirada de chino... Gabriel cerró el cuaderno y fue otra vez al salón.

Se preguntaba qué hacer con *Roco*, si era más noble mantenerlo con vida o sacrificarlo. Aunque tal vez hubiese una opción intermedia: podría coger el coche, ir a algún lugar de las afueras y dejarlo suelto. Gabriel imaginó al perro moribundo y dichoso en alguna casa de campo con un jardín y una fuente, con dos o tres chicos que entraban y salían de una piscina. Si iba a hacer eso, era el momento justo, esa tarde en que él estaba libre y Natalia fuera. No sería difícil bajar a *Roco* y después a Raúl, tumbarlo en el asiento trasero, conducir hacia las montañas. Se arrodilló junto al animal, puso el oído sobre su lomo, los latidos del corazón le hicieron pensar en el goteo de un grifo mal cerrado.

Las montañas. Durante muchos años, al principio de su relación, Natalia y él habían soñado miles de veces con ellas, con construir allí un pequeño refugio, algo humilde y maravilloso donde pasar cada fin de semana respirando oxígeno puro, caminando por el bosque, sobre la luz de la luna, junto a un río. Hablaban y hablaban de ese lugar, subían en tren o autobús hasta el puerto para buscar el sitio en el que iban a hacer su casa, diseñaban mentalmente una escalera, tres habitaciones, elegían los muebles, los árboles, las cortinas. Luego, al nacer Raúl, aquellos planes se deshicieron de golpe, todo se vino abajo de una forma rápida, desesperante, como cuando te pasas medio día acumulando hojarasca y, antes de que la puedas quemar, el viento vuelve a esparcir las hojas secas por el jardín. Después, ninguno de los dos volvió a mencionar aquel deseo. ¿Para qué? La mayor parte de las personas no es feliz cuando compara lo que quería y lo que tiene. Con el paso del tiempo, la mayor parte no intenta exhibir sus heridas, sino olvidarlas.

Apagó el cigarro. Ahora ya sólo quedaba uno, el último. «¿Y si fuese verdad? —se dijo—. Lo enciendes, lo terminas y... ¡bum! Se acabó la historia. ¡Menuda estupidez!».

Sonó el teléfono. Era Natalia.

—¿Gabriel? Escucha... ¿Está todo en orden por ahí? —su voz sonaba extraña, puede que hubiera bebido de más en el convite—. Oye, vamos a ir a tomar una copa y..., ¿sabes?, estoy con algunos antiguos compañeros y es... bueno, es increíble ver lo que cada uno hizo con su vida, Luis Juárez es abogado, Lara Sanjuán es arquitecto. ¿Cariño? ¿Me estás escuchando?

—Claro. No hay problema. Diviértete.

—De acuerdo, lo haré. Y está también... Julio Matas. ¿Te acuerdas de Julio Matas? Es cirujano. Creo que voy a contarle lo de Raúl.

Gabriel volvió a decirle que lo pasara bien, antes de colgar. Por supuesto que se acordaba de Julio Matas, de que él y Natalia habían salido juntos en la universidad. Cirujano sonaba a algo más grande de lo que él era, y también arquitecto, abogado. Se sirvió otro vaso de cerveza. ¿Debía aprovechar que su mujer no estaba para deshacerse de *Roco*? Lo miró otra vez, tendido junto a la televisión, jadeante, inútil, aletargado. Si se lo llevaba, ¿qué iba a decirle a ella? Tal vez que había muerto, de repente, y decidió enterrarlo.

Cambió de canal. Raúl hizo un ruido sordo, con la garganta. ¿Qué significaba: dolor, tedio, angustia? Vio una serie y después otra, repasó en su cuaderno los apuntes sobre facturas pendientes, gastos de luz, de electricidad, sus notas sobre el consumo de cigarrillos. Un locutor se puso a hablar de una huelga de agricultores y transportistas que protestaban por las subidas continuas del precio de los combustibles. Había habido enfrentamientos con la policía, piquetes y detenidos, balas de goma y cócteles Molotov, y para el día siguiente estaban programadas varias manifestaciones, los sindicatos anunciaban paros, protestas frente al Congreso. Gabriel cerró los ojos y pensó una vez más en la casa que nunca tuvieron en la montaña, lo hizo igual que si no se tratara de algo que ambicionaba tener, sino de algo que fue suyo y había perdido. Luego se levantó, fue por la llave del coche, se puso sus guantes de conducir, unos de esos sin dedos, de piel negra calada. Sonó otra vez el teléfono.

—¿Hola? ¿Gabriel? ¿Está... sigue todo bien? Mira, vamos a ir a... bueno, si no te parece mal..., vamos a una discoteca. Una de esas de verano, al aire libre. Julio dice..., espera... —al fondo, se escuchó algo, puede que una risa. Gabriel pudo ver a Julio Matas dentro de la cabina, detrás de Natalia, besándole el cuello mientras hablaba, inclinado sobre ella, tocándole los pechos—... ¿No te importa?

Hubo un silencio que le pareció embarazoso, muy largo, casi irrompible, y cuando por fin habló, cuando dijo tranquila, disfruta, no te preocupes, aquellas palabras le recordaron al agua herrumbrosa que sale de las cañerías de una casa abandonada, una casa a la que vuelven los dueños después de un mes, de dos meses de ausencia, al final de unas vacaciones o de una enfermedad terrible, de una época llena de dolor, miedo, hospitales.

Al colgar, miró a Raúl y a *Roco*, fue a coger el último cigarrillo del paquete, sintió a la vez un gran vacío y un gran peso en el estómago. «La gente no se muere así —dijo, en voz alta—; no es: te queda uno, si te lo fumas se termina y si no, sigues tirando». Miró por la ventana y se sorprendió al comprobar que ya era de noche. Raúl hizo otra vez aquel ruido sordo. ¿Cuánto podía vivir alguien con esa enfermedad? Los médicos no estaban seguros. Pensó en el hombre que oía en su radio el porvenir; pensó que ojalá tuviera él una. Dejó el cigarrillo en donde estaba.

Fue otra vez hasta la alcoba de matrimonio, se sentó en la cama, a oscuras; se dijo que no debía olvidar que a la mañana siguiente estaba citado en el hospital para que le inyectasen una vacuna y se puso a pensar en cosas que le resultaran detestables: el color morado, la ropa deportiva, el anís, los embutidos, los ambientadores, las motocicletas. Se levantó, encendió la luz —una luz cruel, espinosa— y luego volvió a apagarla. Fue otra vez al salón.

El perro seguía aún en el mismo sitio, inmóvil; su respiración era tensa, embrollada. Gabriel se sirvió más cerveza. Iba a hacerlo, se dijo, conduciría hasta las montañas con *Roco* y con Raúl; iba a hacerlo porque era necesario, la única salida. Se detuvo en medio del cuarto, sacó una caja de fósforos y al encender uno pudo notar que su cara se iluminaba unos instantes, igual que si estuviese empezando a salir de un túnel.

---

# **La epidemia**

# I

Unos científicos australianos querían resucitar al Tigre de Tasmania y un arqueólogo de Sevilla hablaba del yacimiento del monte Testaccio, en Roma, pero todo lo demás eran noticias sobre la epidemia, declaraciones de las autoridades y partes médicos, esquelas, normas para combatir la enfermedad, listas de bajas. Velázquez observó alternativamente su vaso vacío, el cielo de color azul plomo, el tráfico absurdo de Lima, los taxis y esas furgonetas que los peruanos llamaban *combis*, el aire turbio de los conductores que cambiaban de carril y hacían sonar el claxon; se preguntó cuántos de ellos habrían sido ya contagiados y luego le hizo una seña a la camarera, un ademán de personaje de novela barata, tal vez un detective sin afeitar y con un golpe en el pómulo, sentado a las doce de la mañana en un bar de Santa Mónica; o un extranjero que iba con una chaqueta blanca por los bazares de Argel; o un cazador de leones que había venido al Congo para hacer un safari: levantó el dedo índice de la mano derecha y puso el de la otra encima, atravesándolo en forma de cruz, hasta que la muchacha, a lo lejos, asintió porque había entendido qué significaba, una más, otra ronda de lo mismo. El nombre de aquel bar era Umantay.

Durante la espera, Velázquez pensó en Teresa, la vio igual que de costumbre desde que había muerto: inmóvil, con una sonrisa en los labios, al estilo de una de esas imágenes empalagosas que las familias de los difuntos ponen en sus tumbas para describirlos como gente que mientras vivió fue sana, angelical, optimista; esas fotos en las que siempre dan la impresión de poseer rasgos misteriosos, ultraterrenos, en las que miran hacia este lado del más allá de una forma enigmática, como si supiesen *algo*. Qué rara, esa figura inalterable de Teresa, su nitidez casi hiriente cuando todo lo demás resultaba tan confuso: la clínica, los quirófanos, el funeral, el apartamento sin ella, su viaje a Perú, los nombres increíbles de las ruinas incas, PISAQ, Kenqo,

Tambomachay, Sacsayhuaman, el tren pintado de rojo y amarillo que llevaba hacia Machupicchu junto al río Urubamba, cuidado con la altitud, las hojas de coca tienen un gusto amargo, esta noche dormiremos en Aguascalientes, la selva se llama Madre de Dios, Urubamba significa nido de arañas. ¿Qué hacía él allí? ¿Qué tenía que ver con eso?

Le trajeron su copa y la apuró de un trago. El alcohol no le hacía sentirse menos débil, pero sí más insensible, de modo que no bebía por placer, sino por miedo, entraba en los bares resueltamente, sin mirar hacia atrás e impulsado por su terror, como un cobarde que corre hacia un castillo, y unos minutos después, a partir de la tercera o cuarta dosis, el sufrimiento se aplacaba a medida que se hundía en ese estado medio inconsciente en que los recuerdos se borran y su lugar lo ocupan simples sensaciones que se vuelven poco a poco sólidas, se convierten en algo físico: el cansancio pesa, la respiración arde, el sueño está duro.

Le hizo el gesto de antes a la camarera y volvió al periódico, pero las cosas parecían mezclarse y dar vueltas en su interior sin ningún orden lógico. El científico de Sidney va a clonar al Tigre de Tasmania a partir del ADN de un embrión momificado en 1866; el cólera puede estar en cualquier parte, en el agua, en los alimentos, en la sangre o la saliva de las otras personas; la última noche Teresa parecía muy asustada, sus ojos eran tan dulces, el monte Testaccio es artificial, está hecho con veinticinco millones de ánforas, si bebes rápido a veces duele menos, a veces se va, es lo mismo que cuando te embiste una fiera, te salvas si no luchas, si no te mueves, si te quedas parado, haciéndote el muerto, las ánforas estuvieron llenas de aceite de oliva, a Teresa le gustaba Paul McCartney, le gustaban *Band on the run* y todos aquellos discos con los Wings, *Venus and Mars*, *Wild life*. Cerró los ojos, apartó el diario, bebió su quinto Martini. Al alzar la vista, la camarera estaba junto a él, con la bandeja entre los brazos.

—Señor, si gusta abonar su cuenta, son treinta y dos soles. Vamos a cambiar de turno.

No era gran cosa, pero tenía una voz suave y una apariencia decente, con su uniforme azul y el pelo recogido. Su piel era de un tono tostado y su cara mostraba cierto aspecto oriental.

Velázquez sacó su cartera, contó treinta y cinco soles mientras los multiplicaba y dividía mentalmente para calcular su valor en pesetas, treinta y cinco por cien igual a tres mil quinientas, entre dos: mil setecientos cincuenta.

—De modo que por hoy se acabó —dijo—: Cambio de turno, fin de la jornada.

—Sí, así es, señor —dijo, mirando los tres soles de propina—. Muchas gracias.

—¿Vives muy lejos de aquí?

La chica dio un paso atrás, tomó aire, apretó la bandeja entre sus brazos, compuso la figura de quien ya quiere irse pero se contiene por educación o necesidad, de quien hace un último esfuerzo por ser cortés cuando ya ha perdido la paciencia. Velázquez se preguntó si la habría ofendido. En cualquier caso, qué le importaba.

—Un poco. Sí, es bastante al sur —dijo, forzando una expresión que intentaba ser una sonrisa. No lo era; entre ese ademán y una sonrisa había más o menos las mismas similitudes que hay entre una ventana rota y una ventana abierta.

—¡Vaya! Un trabajo agotador y encima distante.

—Sí. Muy distante. Además eso.

—La parte *además*. Ésa es la peor de todas. Deberían dejaros ir —dijo, mirando hacia el interior del local— cuando se acaba la parte *con esto ya es más que suficiente*. Menudos tipos.

La camarera se rió, esta vez de verdad.

—Qué bueno. La parte además. ¿Sabe qué, señor? Ahora tengo que irme.

«¿Me permitirías acompañarte?» —pensó decir—. «¿Cenamos juntos?» «¿Te llevo en un taxi?» Pero no lo hizo. ¿Por qué iba a hacer algo tan absurdo? En lugar de eso, levantó su copa y la bebió de un golpe y el alcohol se extendió por dentro de él, puso en su interior una luz extraña, una luz encendida en una habitación desierta; lo vio con tanta claridad, la noche, el silencio, una bombilla desnuda iluminando el vacío.

---

## **El reloj**

Justo antes de darse la vuelta, Juan pensó que les había visto así miles de veces; que les había visto *exactamente* así, sentados cada uno en su lugar de toda la vida y repitiendo una por una sus palabras de siempre, uno tras otro sus ademanes y sus movimientos de siempre, como si en realidad no fueran ellos mismos, sino un grupo de actores que interpretaban una farsa: su madre servía los platos poco a poco, con un arbitrario gesto de resignación y de entereza, igual que si no estuviese en aquel cuarto, dándole a su familia la cena de Navidad, sino despidiéndose de ella en un puerto o en una estación de tren; sus hermanas, María Ángeles y María Jesús, estaban en un extremo de la mesa y se contaban historias sobre sus hijos igual que si echasen un pulso; en el extremo opuesto, su padre, que entre bocado y bocado recalaba cualquier cosa que dijera moviendo en el aire unos cubiertos que, en sus manos, por alguna razón, parecían un arma, hablaba de lo que había comido el día antes y de lo que pensaba comer al día siguiente; sus cuñados, Fernando y Fernando, metían cizaña con bromas sobre el menú, quejándose de que algo estaba duro, o frío, o espeso, o amargo.

—¿A ti no te parece que esta sopa está helada? —decía uno de los dos.

—Sí, y un poco sosa —contestaba el otro.

—Y el vino, ¿lo has probado?

—Desde luego: puro vinagre. Y el pan es de ayer. Y los filetes están llenos de nervios.

—Pues éstos no es que estén mal —terciaba el padre, agitando el tenedor encerrado en un puño—, pero la ternera de ayer era más jugosa.

—Imagínate si era jugosa —decía María Ángeles—, que Carlos se comió seis trozos. Yo creí que se ponía malo.

—Y Diego y Víctor igual —contestaba María Jesús—. Si éstos, cuando algo les gusta... Yo creo que debieron de repetir por lo menos cuatro o cinco veces.

—¡Oooooohhhhhh, Dios mío, cuatro veces, ni más ni menos! —se burló Carlos, que era el mayor de los cinco niños de la familia y que, en aquel instante, salía de debajo de la mesa acaudillando a sus primos. Ése era uno de

sus juegos, ya clásicos, en todas las celebraciones: esconderse detrás del tresillo o debajo de la mesa para espiar lo que dijeran los adultos.

—¿Queréis salir de ahí y dejar de hacer el tonto? —gritó María Jesús.

—¡Déjales, que se diviertan! Quiera Dios que el año que viene estemos todos juntos —dijo la madre, dejando escapar un suspiro fúnebre, premonitorio.

—¿Os acordáis de aquel bar donde parábamos siempre, de camino a Oviedo? —dijo el padre, incongruentemente—. Aquel de los bocadillos. ¡Ahí sí que era buena la carne!

En ese momento fue cuando Juan, que iba en busca de agua a la cocina, le dio un golpe al reloj. Fue un golpe insignificante, casi rutinario, que no tenía por qué hacerle pensar en cristales quebrados ni en maquinarias rotas, pero él, no sé si por intuición o por puro fatalismo, tuvo la certeza de que cuando lo mirase se habría parado. Y así era: las manecillas marcaban las doce menos cinco, el segundero estaba inmóvil y al acercárselo a la oreja no oyó nada, ningún tictac ni signo de vida alguno.

—¡Maldita sea mi suerte! Me he cargado el reloj —dijo, casi aullando de rabia, y luego se fue a la cocina para soltar un juramento a solas, lejos de su madre y de los niños.

—¿Queréis salir de ahí y dejar de hacer el tonto? —gritó a su espalda, por segunda vez, María Jesús.

En la cocina, Juan se quedó contemplando el reloj con incredulidad, lo observó con fijeza durante mucho tiempo, como en estado de hipnosis, hasta que la esfera blanca y los diminutos números de oro se hicieron borrosos, se transformaron en una mezcla de nácar y metales sin utilidad alguna, sin ningún sentido. Se acordó de un juego absurdo que solían hacer sus hermanas y que consistía en mirarse a los ojos sin pestañear, con los labios apretados y el semblante serio, hasta que una de las dos bajase la vista.

A continuación, llegó el turno de las lamentaciones, la letanía inútil de pero por qué demonios me habré tenido que levantar, por qué no llevé más cuidado, por qué mi madre no pudo pedirle a otro que viniese a por más agua, en lugar de decir lo de siempre, Juanito, hazme el favor, acércate a por una jarra a la cocina, qué barbaridad, tengo treinta y ocho años y no hay manera humana de que deje de llamarme Juanito.

Después dio un vistazo a su alrededor y allí estaban las cosas de siempre en sus lugares de siempre, estaban los botes de legumbres de color azul

ultramar, el salero en forma de gallo que sus padres habían traído de su viaje de novios a Lisboa, las seis tazas de porcelana china, el libro de recetas en el que una vez, cuando él tenía ocho o nueve años... Se interrumpió a sí mismo, con una mueca malhumorada, como si todas aquellas cosas ya no fueran objetos reconfortantes, tesoros de una posible arqueología sentimental, sino la causa de su infortunio.

—Para una cosa bonita que tengo —se dijo—, habrá que ver lo que cuesta repararlo. Qué asco de vida.

Volvió de mala gana al comedor. Todos estaban en sus puestos, igual que antes, ajenos a su desgracia.

—¿Os acordáis de aquel bar donde parábamos siempre, de camino a Oviedo? —estaba diciendo otra vez su padre—. Aquel de los bocadillos. ¡Ahí sí que era buena la carne!

Juan se detuvo en medio del cuarto y levantó la mano izquierda, con un gesto de derrota, para que todos viesan su reloj averiado.

—Me lo acabo de cargar —anunció solemnemente—. No sabéis el disgusto que tengo. La cosa que más me gustaba en el mundo...

—¿A ti no te parece que esta sopa está helada? —dijo uno de los cuñados, siguiendo con el chiste e ignorándole por completo.

—Sí, y un poco sosa —contestó el otro.

—Y el vino, ¿lo has probado?

—Desde luego: puro vinagre. Y el pan es de ayer. Y los filetes están llenos de nervios.

La cara de Juan se crispó.

—¿Es que vosotros dos no podéis dejar de comportaros como bufones, pase lo que pase? He dicho que le di un golpe a mi reloj y lo he estropeado. No veo por qué...

—Pues éstos no es que estén mal —le cortó su padre—, pero la ternera de ayer era más jugosa.

Juan volvió a mirarles a todos con auténtico odio. ¿Es que acaso no sabían lo importante que era aquel reloj para él? ¿Es que ya no recordaban quién se lo había regalado?

—Vale, graciosos, os juro que me estoy muriendo de risa —dijo—, pero estad seguros de que aún me voy a reír mucho más cuando a uno de vosotros le ocurra una desgracia, porque entonces...

—Imagínate si era jugosa —soltó María Ángeles—, que Carlos se comió

seis trozos. Yo creí que se ponía malo.

—Y Diego y Víctor igual —contestó María Jesús—. Si éstos, cuando algo les gusta... Yo creo que debieron de repetir por lo menos cuatro o cinco veces.

—¡Iros al infierno! —gritó Juan, antes de darse media vuelta y salir de la habitación, dando un portazo.

Ahora vendrían a pedirle disculpas, pensó mientras entraba en su antiguo dormitorio y se tumbaba en la cama. Y luego, en un plan más conciliador, como si estuviera intentando confortar a otra persona, se dijo: «Malditas fiestas familiares, son tan tristes, todo el mundo se propasa por parecer más feliz, más optimista, por mostrarse en forma, ocurrente, exacto al del año anterior. Supongo que todo eso resulta inevitable. Pero las cosas tienen un límite. Estoy seguro de que ya saben que se han excedido».

Pero Juan se equivocaba, porque les estuvo esperando en vano, tendido a oscuras en aquella habitación tan contigua a su vida, tan análoga a él, tan llena de esa dulzura despótica que suelen tener los recuerdos demasiado íntimos, esos que dan vueltas dentro de nosotros sin detenerse jamás, avanzando y retrocediendo sin dirección concreta, igual que peces atrapados en un acuario. Nadie apareció para pedirle excusas y lo único que pudo oír, un segundo antes de quedarse dormido, fue al pequeño Carlos, diciendo en un tono de burla absoluto:

—¡Oooooohhhhhh, Dios mío, cuatro veces, ni más ni menos!

Aunque, para ser francos, eso último ya no pudo estar seguro de si fue verdad o sólo lo había soñado.

Le despertó la claridad de la mañana. Se sentía bien, relajado y cómodo, protegido por aquellas paredes color crema de su infancia, por el olor a lápices y a tinta de su vieja habitación. La luz era apacible, afuera se escuchaba el rumor de las acacias y, por un momento, hasta esperó oír a su madre pedirle dinero a su padre, pedírselo con desesperación, y a él cerrar la puerta de la entrada sin contemplaciones, como tantas veces, soltando una blasfemia. Sin embargo, todo aquello se esfumó de golpe cuando fue a mirar

la hora: allí estaban el reloj inservible, sus manecillas paradas a las doce menos cinco, su segundero inmóvil.

—¡Maldita sea mi estampa! —masculló, dejando escapar entre los dientes un silbido, igual que si todas las letras de esas cuatro palabras estuviesen llenas de agujeros.

Se puso en pie, se calzó y se pasó una mano por la cara. Qué extraño, su mandíbula estaba aún suave, afeitada, como si, por alguna razón inexplicable, durante la noche no le hubiese crecido la barba. O tal vez es que no había estado durmiendo tanto como creía.

Se levantó y fue a la cocina, puso un cazo con un poco de leche al fuego, empezó a prepararse unas tostadas y, una vez más, de forma automática, se detuvo en los botes de legumbres de color azul ultramar, en el salero en forma de gallo traído de la luna de miel en Lisboa...

Al fondo de la casa, en el comedor, se oían algunas risas, de manera que algunos de sus familiares ya estaban levantados. Empezó a andar hacia allí, pensando que tal vez ahora le pedirían disculpas por su comportamiento de la noche anterior. Lo más probable, se dijo, era que, de hecho, ya lo hubiesen intentado entonces, poco después de que él dejara el banquete dando un portazo: fueron a su habitación, pero ya estaba dormido.

Cuando entró en el cuarto, todo el mundo estaba sentado a la mesa principal, cada uno en su puesto de siempre, vestidos igual que durante la cena. Juan los miró con incredulidad.

—¿Pero qué demonios...? —empezó a decir, aunque se detuvo al ver que Carlos y los otros niños emergían de debajo de la mesa y María Jesús les gritaba:

—¿Queréis salir de ahí y dejar de hacer el tonto?

Volvió a pasarse la mano por el mentón suave, sin sombra alguna de barba. Luego, miró de nuevo el reloj inservible: las doce menos cinco.

—¡Déjales, que se diviertan! Quiera Dios que el año que viene estemos todos juntos —dijo su madre, dejando escapar un suspiro.

Juan se apoyó en la pared, sintiéndose mareado.

—¿Os acordáis de aquel bar donde parábamos siempre, de camino a Oviedo? —intervino su padre—. Aquel de los bocadillos. ¡Ahí sí que era buena la carne!

—¡Parad! —les suplicó Juan—. ¿Os habéis vuelto locos? ¡Callaos de una vez!

Pero lo cierto es que no debieron de oírle, porque uno de los cuñados dijo:

—¿A ti no te parece que esta sopa está helada?

Y el otro le contestó:

—Sí, y un poco sosa.

—Y el vino, ¿lo has probado? —insistió el primero.

—Desde luego —dijo el otro—: Puro vinagre. Y el pan es de ayer. Y los filetes están llenos de nervios.

Juan miró una vez más su reloj. Naturalmente, aún marcaba las doce menos cinco. Después, se volvió hacia la puerta y se quedó mirándola con ansiedad; clavó en ella los ojos y se quedó esperando, como si creyese que su mujer iba a entrar en cualquier momento en la casa; como si sólo hubiera salido un instante y ahora fuese, otra vez, a reunirse con ellos para siempre.

---

## **Todo lo que vio Alberto**

# I

Hay un millón de historias idénticas a ésta, pero no hay ninguna igual; o al menos eso es lo que me parece a mí, su protagonista, a quien llamaremos Yolanda. Ahora, mientras escribo, es el mes de diciembre y estoy en Copenhague, en la terraza acristalada del hotel D'Angleterre, viendo a los patinadores deslizarse sobre el hielo de la Konges Nytorv, alrededor de la estatua de Christian V. Dentro de unos cinco minutos, voy a comprar un Ristet Pølse en el puesto Tulip que hay aquí al lado y, a continuación, iré como cada noche hasta el Café à Porta, para tomar una Crème de Cassis.

Tengo que decirles que no he venido a Dinamarca para escribir este relato, ni mucho menos, sino otro que se llama *El hombre vacío* y que no tiene absolutamente nada que ver con lo que ahora voy a contarles; porque lo que voy a contarles es algo que no sólo sucedió en otra época, otra ciudad y otro país, sino que podría decirse que le ocurrió, también, a otra persona, la persona que yo sería hoy si aquello no hubiera pasado. Dije *otra época* a propósito, porque en este instante, cuando me he puesto a recordar esos días que consideraba tan contiguos a mí, me ha dado la impresión de que se encontraban a una gran distancia de aquí y ahora, de la Konges Nytorv y el hotel D'Angleterre, con sus fotos de Ingrid Bergman y sus manteles azules, sus butacas verdes y sus quinqués; me ha dado la sensación de que entre aquellos acontecimientos y yo había un espacio inesperado, como ocurre con las cosas cuando estás en el mar, cuando descubres que las islas o los litorales siempre están más lejos de lo que pensabas, vas hacia ellos y parece que nunca llegas. ¿Han sentido alguna vez esa clase de angustia? Entonces, ya saben de qué les hablo.

Todo empezó en Madrid, hace alrededor de año y medio, una de esas tardes extrañas de principios de junio en que el aire huele a fruta y la luz parece cera derretida. O al menos ésas eran mis sensaciones en aquel

momento, una semana antes de mi boda con Marcial Yeste. Ya saben que una se engaña cuando va a tomar una decisión de ese calibre, se comporta como si creyese en un mundo lleno de velas encendidas y playas tropicales; un mundo en el que siempre vas a tener un mirlo blanco en el jardín y una rosa recién cortada en la bandeja del desayuno. No sé, a ciencia cierta, por qué hacemos eso, aunque supongo que la cobardía es algo innato a todos nosotros, algo que está en la naturaleza de las personas, que les obliga a mentirse cada vez que se enfrentan a algo que les asusta y les fascina a partes iguales, lo cual ocurre con casi todo lo que de verdad importa, quizá porque, en el fondo, en este mundo no hay más que dos clases de personas: las que temen lo que desean y las que desean lo que temen. Pero, en fin, supongo que eso ya lo sabían porque, en mayor o menor grado, ustedes también son así, les asustan los precipicios pero les gusta el vértigo.

Yo, sin ninguna duda, pertenezco al primer grupo, al de los que temen lo que desean; y, por lo tanto, al pensar en mi boda, lo que me amedrantaba era la situación en sí, el hecho de ir a convertirme en una mujer adulta como casi todas las demás, con su cubertería y sus sábanas de matrimonio, su lavadora y su mueble para los zapatos. Lo que me producía inquietud, desazón o como quieran llamarlo, no era lo que iba a empezar, sino lo que iba a terminarse: recuerdo una noche que pasé en blanco en casa de mis padres, aún puedo decir *en nuestra casa*, gracias a Dios, yendo de aquí para allá cuando ellos estaban ya dormidos y mirándolo todo, desde el sofá hasta la biblioteca y desde el horno hasta la vajilla, con la mirada del adiós, con los ojos de quien sabe que las cosas van a cambiar, que ya no van a consistir sólo en sentarte a la mesa cuando tienes hambre y abrir el frigorífico cuando tienes sed. Llámenme caradura o egoísta, si quieren, pero ¿saben?, yo creo que la juventud se acaba el día en que tienes que comprarte a ti misma un tenedor o conseguir el número de un fontanero. Eso es, ser joven consiste en que las cañerías se le rompan a otro, consiste en que las bombillas se le funden a otro, el contrato del gas está a nombre de otro.

Todo eso me podía dar miedo, pero no Marcial, él estaba al margen, más allá de cualquier sospecha. Tendrían que haberlo visto entonces, ver qué hermoso era, qué dulce, qué inteligente. Estar con él era como subirse a un buen coche, te producía esa clase de confianza, lo veías como un ser estable, una apuesta segura. Nos habíamos conocido en un bar del centro, uno de esos sótanos ruidosos y mal iluminados en los que una siempre acaba dándole

conversación a algún aburrido que te habla de fútbol o a algún hipócrita que te sermonea sobre el hambre en África, la extinción de las ballenas o los derechos de la mujer mientras busca el camino más corto para llevarte a la cama. Lo primero de lo que hablamos nosotros fue de Steinbeck. Adoro a ese hombre, daría todo lo que tengo por haber escrito *Las uvas de la ira*, *Dulce jueves*, *Las praderas del cielo*, *Al este del Edén...* Steinbeck es un atajo perfecto hacia mí y Marcial lo tomó, no me pregunten desde dónde ni a santo de qué, ni cuáles fueron sus palabras exactas y las mías, porque esas cosas sólo las recuerdan los personajes de las novelas. No me pidan ahora mismo, tampoco, que describa los pormenores de aquel encuentro y del noviazgo que surgió de él, en cuyo caso tendría que detenerme en una serie de episodios que incluyen un vuelo a Dublín, algunas tardes en el hipódromo, una pelea a puñetazos en un hotel de Ibiza, un funeral y una noche de amor en una playa desierta. Para ahorrarnos esas minucias, ¿podrían imaginar, si son tan amables, a un explorador que llega a una selva virgen en busca de un tesoro o de una civilización perdida, y abre un camino en la maleza con su machete? Marcial entró en mi vida de ese modo, y un año después de aquella primera noche, estábamos preparando nuestra boda.

La tarde de junio de la que les estaba hablando, salí de la habitación en donde escribo y me senté en la cocina a tomar una taza de café. Había trabajado el día entero y estaba radiante y extenuada, con esa sensación de euforia que tenemos los novelistas cuando pulimos a nuestro gusto un párrafo que nos traía por la calle de la amargura, después de roerlo y forcejear con él durante horas. De hecho, estaba a punto de terminar uno de mis libros más reconocidos —no puedo decirles cuál, naturalmente, porque entonces sabrían quién soy—, y seguro que aún conservaba una expresión de triunfo en la cara cuando entró mi madre y me dio la correspondencia del día. Le serví una taza de café, hablamos un rato, sin duda acerca de Marcial Yeste y del futuro, e imagino que ella diría de vez en cuando que no con el dedo índice, moviéndolo enérgicamente de derecha a izquierda, estilo limpiaparabrisas, como hace siempre que está en radical desacuerdo con algo, y que asentiría con la cabeza en otras ocasiones, con lentitud, con un gesto como de caballo. Imagino, también, que las cartas quedarían tiradas de cualquier modo encima de la mesa, con mi nombre escrito una y otra vez en los sobres, que se solapaban unos a otros: Yolanda Salcedo, Yola, alce, da Sal, anda, Yol...

Entre todos esos sobres había uno grande, de color marrón claro. Y en ese sobre estaba encerrado mi destino.

Disculpen un instante, he salido hace unos segundos del hotel D'Anglaterra, acabo de cruzar la Konges Nytorv y voy a pedir un Ristet Pølse en el puesto Tulip. ¿Ustedes han estado en Dinamarca? Los que lo hayan hecho habrán visto por todas partes estos carromatos en los que venden salchichas, y sabrán que son deliciosas. Las hay de muchas clases, desde la Frankfurte a la Hotdog Pølse, de la Medister a la Fransk Hotdog, y de la Pølse i Svøb, que es una salchicha envuelta en bacon, a la Ristet Hotdog, con cebolla y pepino. Yo voy cambiando de unas a otras, según me da, y ahora estoy en la era Ristet Pølse. ¿Saben?, siempre que viajo, sobre todo si es por Europa, busco un equilibrio perfecto entre el hotel más caro de la ciudad y la comida más barata. No se crean que es una mala técnica: cuando comes te sientes Rimbaud, y cuando estás en la cama te sientes una de las celebridades que han dormido por ejemplo aquí, en las habitaciones del hotel D'Anglaterra, y cuyas fotos están colgadas en los muros de la cafetería: Ingrid Bergman, Lauren Bacall, Maurice Chevalier... Aquí está mi Ristet Pølse. En cuanto cene, me fume un cigarrillo Prince mirando a los patinadores deslizarse sobre el hielo y esté cómodamente instalada en el Café à Porta, con una Crème de Cassis en la mano, les contaré qué había dentro del sobre marrón que han entrevisto en la mesa de la cocina y de qué forma su contenido cambió mi vida. Les adelanto que, a partir de ahora, encontrarán aquí cosas que no se esperan, cosas como una banda de motoristas, un hechizo, un hombre lleno de tatuajes, una máquina del tiempo y una condena.

---

**Asma**

Miró la calle igual que si no fuera la de todos los días, lo mismo que si no estuviesen allí la tienda de ultramarinos y el restaurante Asturias, la cruz verde de la farmacia y el quiosco de los periódicos, lleno de revistas ilustradas que a veces, cuando soplaban el viento, se movían majestuosamente, como las plumas de un pájaro tropical. Después metió la mano en el bolsillo, sacó un papel y leyó, una vez más, el informe que acababan de darle en la clínica, deteniéndose, sobre todo, en la última palabra: asma. Miró esa palabra fijamente, hasta que se hizo borrosa y, en la letra embrollada del médico, adoptó forma de marisco, algo parecido a una nécora, o quizás a una langosta. «Asma —se dijo—. Asma, asma, asma».

Era una tarde desapacible, corría un aire frío y el cielo, de un tono entre gris y violeta, auguraba lluvia, pero él sentía calor y se notaba, como casi siempre en los últimos tiempos, sin fuerzas, jadeante, sofocado y a punto de arrojar la toalla, por repetir los síntomas que solía repetirles a los doctores en el hospital.

Anduvo a duras penas entre la multitud, fraguándose un camino entre la gente y en dirección a la farmacia, por aquellas insignificantes aceras que, a esa hora, estaban en su apogeo, colmadas de personas que iban de aquí para allá con el caminar atareado de los días laborables. Recorrió unos metros sin problemas, imaginando cómo sería dejarse arrastrar por la muchedumbre sin rumbo fijo, permitir que la corriente lo llevara a otro barrio, a otra vida; pero pronto tuvo que parar y apoyarse en el escaparate de una tienda, mientras intentaba recuperar el aliento. De manera que ésa era la causa de su continua fatiga, esa frecuente sensación de que el aire se secaba, o se volvía espeso en torno a él, y los pulmones parecían llenársele de arena. «Asma», volvió a decirse, y aquella palabra-langosta avanzó por su interior, agitando sus pinzas amenazadoramente.

Notaba el frío del cristal en la espalda, filtrándose por el abrigo hasta su piel, y se dio la vuelta con lentitud, quién sabe si pensando que al volverse y contemplar su reflejo encontraría a alguien diferente, alguien en quien ya se notaran los efectos de la enfermedad recién diagnosticada, su carcoma terrible. Sin embargo, nada de eso ocurrió, porque quien se reflejaba en el

escaparate era la misma persona de todos los días: un hombre moreno, con el pelo liso y una cara de rasgos angulosos, de una delgadez que parecía hacerle vivir al borde de su propio cuerpo. «Yo creí que el asma sólo la tenían los gordos», se dijo, mientras tomaba un aerosol formado por un pequeño bote y una mascarilla de goma azul. Al llegar junto a él, una mujer que llevaba dos niños de la mano lo miró con desconfianza y aceleró el paso. Los niños siguieron adelante, pero con la cabeza vuelta hacia atrás, observándolo. Él se pasó una mano por la frente, con un gesto maquinal, y luego, mientras se guardaba la medicina, le echó un último vistazo a su calle: la farmacia y su cruz luminosa, la tienda de ultramarinos, el restaurante Asturias, donde todos los días, al volver de la oficina, tomaba un consomé.

Poco después, ya con las píldoras que le habían recetado contra el asma en el bolsillo, entró en su casa, recogió la correspondencia, formada por cuatro cartas, dos del banco, una del ayuntamiento y otra de la compañía de seguros, y comprobó que su nombre estaba, efectivamente, escrito en todas ellas, vio Mario Ribera, Mario Ribera, Mario Ribera, Mario Ribera. Sin embargo, no se molestó en abrirlas, las tiró con cierto desdén sobre la mesa de la entrada y quedaron allí, en desorden, junto al teléfono, como si fuesen un símbolo de su confusión.

Aquella tarde no hizo lo de cada día, no se preparó un baño de agua muy caliente, ni una cena copiosa, a eso de las ocho, con dos platos y una ensalada, fruta, yogur y algún dulce; ni estuvo viendo la película de las diez. Se preguntó cuáles de esas cosas podría hacer un asmático y cuáles no: ¿era nocivo para su salud el baño, aquella agua casi hirviendo que tanto le gustaba, aquella agua sensual que esponjaba sus músculos; aquel vapor espeso que parecía invadir su mente y pacificar su piel? ¿Le prohibirían los doctores aquellas cenas casi pantagruélicas que le dejaban dormir profundamente, con una pesadez deliciosa? ¿Sería peligroso dejar la televisión encendida toda la noche, como él hacía? Desde luego, algunas personas decían que los televisores emiten ondas cancerígenas o algún tipo de radiación, pero era tan agradable quedarse dormido mirando la pantalla; y también lo era oír de vez en cuando, medio en sueños, una voz que le acompañaba; o despertar con las primeras noticias, ir enterándose de lo que pasaba en el mundo mientras se desperezaba lentamente, mientras volvía a este lado de las cosas y se daba caza, se iba incorporando, poco a poco, a sí mismo.

Aquella tarde, sin embargo, no hizo nada de eso. Simplemente, bajó las persianas de su dormitorio, se quitó la ropa dejándola caer en cualquier parte, permitiendo que los pantalones, la camisa y el resto de las prendas quedaran esparcidas aquí y allá, como un archipiélago de él mismo, y se metió en la cama. «Ahora va a sonar el teléfono», se dijo. «Será mi hermano, para preguntar si fui al ambulatorio y qué me han dicho.» Pero el teléfono no sonaba y, después de un par de minutos, encendió otra vez la luz, abrió la novela que tenía sobre la mesilla de noche, leyó un párrafo y volvió a cerrarla, aunque no sin mirar antes, como solía hacer, la foto del escritor que había en la solapa y que, en ese caso, aparecía con un gesto muy elaborado, con un cigarrillo humeante en los dedos, una mirada de astucia y en pose de galán de cine. El escritor, por cierto, vivía en otra ciudad y en ese preciso instante, por puro azar, él también miraba su propia foto en el libro: «Me acuerdo de que pretendía aparentar ser cazado de forma inesperada por la cámara —se dijo—, cazado en el momento menos pensado. Todo menos que se notara que posaba. Posar siempre me ha parecido un tanto ridículo. Yo ese día buscaba que en la foto apareciera mi espontánea mirada de sorpresa. La sorpresa es mía actualmente cuando veo esa foto en la que voy peinado de una forma extraña, yo nunca recuerdo haber ido peinado así en mi vida. La sorpresa es mía cuando veo que estoy descaradamente posando y, además —me conozco—, pongo cara de no haber roto en la vida un plato, esa cara que suelo poner cuando hablo con alguien a quien detesto y busco que se confíe creyendo que soy un buen chico y así poder ir preparando el momento en que dejaré que aparezcan mis garras y mi rostro fiero, mi versión particular de Hyde, esa con la que he sorprendido a ciertos idiotas, que antes de que pudieran reponerse del susto y la sorpresa ya habían oído de mi parte cuatro o cinco verdades acerca de su insufrible mediocridad. De ahí que la camisa sea blanca y vaya abrochada en la parte de arriba, para dar una sensación de buen hombre y paleta, que aumente esa confianza que inspiro a mis enemigos, incapaces de ver que la camisa va abrochada a lo Martínez Soria en función de una peligrosa estrategia que sirve tanto para confundir a mis enemigos como para vender mis libros a lectores que buscan ángeles en las fotografías de los escritores».

Mario y el novelista apagaron sus lámparas casi al mismo tiempo, uno en cada ciudad; cerraron los ojos y aún pudieron oír rodar los coches sobre el asfalto, durante unos minutos. Muy poco después, ambos estaban dormidos.

Por la mañana, lo primero que notó fue la falta de la televisión, porque el silencio de su cuarto, sin las sofisticadas voces de los locutores al fondo, le pareció sorprendente, desproporcionado, y tuvo una sensación de vacío, como si se despertase en una cámara hermética. Los ruidos de la calle, por el contrario, se escuchaban con nitidez y le dijeron que la amenaza de lluvia del día anterior no fue en balde: de hecho, la tormenta tuvo que ser antológica y debía de haber inundado la ciudad, porque oyó algo que recordaba al fluir de una gran corriente, un ruido que, sin duda, provenía de los neumáticos de los coches al rodar sobre el pavimento mojado.

Estuvo unos segundos inmóvil, para calibrar su fatiga, y vio que en ese momento se encontraba bien, bastante tranquilo, aunque padeciese un pequeño ahogo. Había pasado una mala noche, con varios ataques de tos y algunas fases de histeria en las que la asfixia le dejaba sin oxígeno en los pulmones, le iba desertizando, por emplear una expresión que se ajuste, más o menos, al tipo de angustia que sentía. Eso le ocurrió cinco o seis veces y, cuando al fin pudo dormirse, su desazón debía de haber sido grande, porque ahora, al despertar, se dio cuenta de que las sábanas estaban húmedas, un poco pegajosas. Maldita asma, se dijo, la mayoría de la gente sólo se asusta de las enfermedades con nombres exóticos, la acromegalia, la encefalitis o la melanosis, pero ¿qué me dicen del asma, la diabetes, el reuma?...

Cerró los ojos, contrariado por sus pensamientos, y se puso a enumerar los problemas que había en su calle para un asmático, se dijo número uno: mi propia casa no tiene ascensor; número dos: la tienda de ultramarinos está muy cerca, a unos doscientos metros, pero no sirve a domicilio, de modo que tendré que seguir acarreando la compra por mis propios medios; número tres: el restaurante Asturias tiene demasiadas escaleras para subir al comedor; número cuatro: el quiosco de los periódicos está excesivamente lejos y en el camino no hay ningún banco en el que sentarse a descansar. Lo malo no era la enfermedad en sí, lo malo era todo lo que significaba. «Eso es siempre lo peor, el después de las cosas», solía decir su padre.

—Quizás ahora llame mi hermano, anoche se le haría tarde —pensó, para cambiar de tema—. Le diré que el médico me ha dado un mes de baja.

Mario oía la lluvia haciendo diferentes ruidos sobre los tejados y los coches, sobre los cristales y la barandilla metálica del balcón, y aquello le hizo pensar en uno de esos ilusionistas que tocan su música golpeando con una cuchara una serie de copas, llenas de agua a diferentes niveles. Su padre les solía llevar todos los años al circo, a él y a su hermano Alberto, a una carpa que montaban en las afueras de la ciudad, y ahí veían cada mes de julio a los domadores, los trapevistas y a aquel hombre que hacía sonar las copas con su cuchara o, a veces, pasando los dedos por el borde del vidrio. Se acordó de su hermano dando palmas y riendo. Se preguntó por qué ahora no le llamaba, por qué no se sentía preocupado por su salud. Mario recordaba al Alberto niño, el Alberto adolescente y el hombre inflexible y hosco en que había cristalizado; recordaba sus rasgos sin ninguna razón, por puro gusto, como quien juega a reconocer sucesivas figuras geométricas al tacto y en la oscuridad.

—Inflexible y hosco —se dijo, ahora en voz alta, mirando el teléfono.

Se sentó en la cama, tuvo una cierta sensación de vergüenza al ver su ropa por el suelo y, al levantar la vista, se fijó en una maceta que tenía sobre la cómoda de enfrente. La regaba todas las noches, antes de acostarse, y cada cierto tiempo le echaba unas gotas de abono líquido, antiparasitarios y fertilizantes, pero sin obtener ningún fruto. Esa mañana, sin embargo, después de años de sequía, la planta había amanecido con una gran flor roja, exuberante como una escarapela. Qué extraña, aquella flor de aspecto tropical surgida de la noche, se dijo, mientras entraba al cuarto de baño para enjuagarse la boca con un elixir de menta.

De hecho, toda la habitación tenía, esa mañana, una cierta atmósfera de selva tropical: el aire era denso; la luz, de una blancura cremosa, parecía saturada por la humedad y los cristales estaban empañados. Por algún motivo, Mario dio por seguro que todo aquello salía de dentro de él, que era obra de su respiración enferma. Pero unos segundos más tarde, al volver al cuarto, miró instintivamente hacia su terraza y no pudo creer lo que veían sus ojos.

La flor roja no era un caso aislado, sino que todas las plantas de su balcón, normalmente exiguas, habían crecido durante la noche. No, no habían *crecido*, ésa es una palabra demasiado pequeña para explicar el fenómeno: más bien, se habían agigantado. Mario vio rosales opulentos, enredaderas que cubrían la pared y un naranjo lleno de frutos. Se dejó caer en la cama, balbuceando pero, pero qué, pero cómo, dándoles vueltas a esas palabras

igual que si moliese café e incapaz de enhebrar una frase coherente. Las raíces del naranjo habían roto la jardinera en la que estaba sembrado y asomaban por la escayola de una manera siniestra, como los dedos de un zombi emergiendo de una tumba. A Mario se le revolvió en el estómago todas las comidas que le repugnaban: los brotes de soja, los riñones, los pájaros fritos, las ancas de rana...

La fatiga lo había vuelto a atenazar, quizás a causa del sobresalto, y ahí estaban de nuevo los pulmones incapaces, la lengua de tierra, el jadeo. Pero se levantó como pudo y salió a la terraza, lleno de esa mezcla de temor y osadía que nubla la vista de algunos hombres cuando olfatean el humo de un mal presagio. Vio el restaurante Asturias a la derecha y la tienda de ultramarinos al lado contrario; un poco más allá, estaba la farmacia, con su cruz verde, y a lo lejos se distinguían el estanco, la caja de ahorros, la peluquería y el quiosco de los periódicos. En el centro de todo eso no había ninguna calle, sino un río, un río ancho y caudaloso. La luz producía reflejos tornasolados sobre el agua y, en algunos puntos, la superficie se llenaba de ondas al saltar un pez.

Mario Ribera se pasó una mano por la frente y se tuvo que apoyar en la barandilla del balcón: estaba mojada y áspera, llena de óxido, y supo que cuando se mirase la palma de la mano la encontraría roja, la mano roja de quien parece empezar a convertirse en hierro. Respiró una bocanada de aire como si tragase un puré. Luego entró en el piso, cerró las ventanas para separarse de aquel ambiente que le ahogaba y fue a encender la televisión, pero nadie hizo un comentario sobre un diluvio, una tempestad arrasadora o una presa desbordada. Se puso una chaqueta y bajó a la calle.

A la intemperie, la sensación de asfixia era aún mayor y aquel aire pantanoso parecía matarlo. Se apoyó en una pared, se puso la mascarilla para inhalar una dosis de su aerosol y, mientras el gas lo llenaba, vio una fila de chopos en la ribera del río, gente que paseaba por sus márgenes y, al fondo, junto a la peluquería y el estanco, un viejo puente de madera sobre el que se apostaban un par de pescadores.

Fue hasta el puente y caminó sobre tablas húmedas hacia los pescadores, con la sensación de andar por dentro de una guitarra.

—Vaya —dijo—, es increíble, ¿no? Me refiero al río. Es... enorme.

Uno de los hombres asintió, con cierto desdén y sin apartar los ojos del agua.

—¿Es usted forastero? —le preguntó el otro.

—¿Quién, yo? No, en absoluto, vivo allí mismo, al final de la calle.

Los dos hombres lo miraron sin comprender y uno de ellos dio un paso atrás. Mario se giró y anduvo hacia el restaurante Asturias con lentitud, jadeando como un animal de tiro y sintiendo que aquel aire acuoso lo asfixiaba. En la barra del bar, igual que cada día, pidió una taza de consomé y el camarero le dijo buenos días, cómo está, don Mario. Luego, mientras pagaba, se aventuró a decir:

—Es curioso, lo del río, ¿verdad? ¿Usted lo ha visto?

El camarero lo miró, perplejo.

—¿Se refiere a la crecida? Bueno, pues sí, desde luego que creció un poco con las lluvias, ya lo han dicho por la televisión; pero a mí no me parece nada del otro mundo, yo lo veo igual que siempre. El río Altirbe, ni más ni menos.

Mario Ribera volvió a su apartamento y la humedad siguió matándolo, aquella maldita humedad que le dejaba sin aire y estaba en todo, en los picaportes, en la escalera, en el pasamanos. Recordó el pequeño sótano que había en la casa de sus padres, los muros llenos de cañerías, el ruido del agua al caer por las bajantes y el olor a moho. De niños, su padre solía encerrarlos en ese sótano a su hermano Alberto y a él: era un hombre rígido y cuando hacían cualquier cosa que no le gustara los metía en esa habitación diciéndoles hijos, lo malo de hacer algo incorrecto es que después hay que pagar por ello, eso es lo malo, el después de las cosas. Mario recordaba aquellos castigos y cómo Alberto y él solían pasar horas en ese sótano húmedo, abrazados en la oscuridad. Ninguno había vuelto a hablar con el otro de aquellas noches.

Entró en su apartamento, abrió una enciclopedia y leyó: Altirbe, río de Madrid que atraviesa la capital por su zona centro. Sus principales afluentes son el Runeda, el Deuna y el Ogarón. Y allí estaba, efectivamente, el Altirbe; allí estaba aquella línea azul que cruzaba el mapa de la ciudad.

Mario Ribera fue a su alcoba, comprobó que el teléfono estaba bien colgado, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Se sentía morir y pensó que aquélla ya no podía ser su ciudad; que si no se iba a otra parte, aquel aire pantanoso lo mataría.

—Asma —se dijo, antes de dormirse—. Maldita asma.

---

**Jamás saldré vivo de este mundo**

# I

Volvió a caer, ahora mientras buscaba un sitio por el que atravesar el río. Durante unos segundos, al extenderse la humedad sobre su ropa, al sentir en la piel aquella sensación fría y oscura, estuvo a punto de abandonar, de quedarse allí, inmóvil, tendido entre los árboles hasta que le alcanzaran; sin embargo, se levantó y se puso a correr de nuevo, quizá porque aún le quedaba un resto de esperanza o quizá porque hay veces en que el miedo —un miedo del estilo del que Asier sentía, tan atroz, tan inabarcable— es justo lo que no te deja rendirte. Después llegó a una zona que le pareció menos profunda y fue vadeando lentamente el río, en busca de la otra orilla: notaba su corazón moviéndose bajo la superficie, latiendo con tanta violencia que daba la impresión de golpearse una y otra vez contra el interior del cuerpo, como un pez rojo atrapado en una botella vacía; y también notó la manera en que el agua lograba aplacar el dolor, combatirlo con tanta eficacia que, por un momento, se detuvo para ver el modo en que la corriente se llevaba lejos de él la sangre de sus heridas, lo mismo que si fuese algo que no le perteneciera.

Podía oír a los perros cada vez más cerca; podía escuchar cómo el sonido implacable y metálico de la jauría devoraba sin piedad, poco a poco, la distancia que le separaba de él. Se preguntó si serían los mismos animales quienes lo iban a matar cuando le dieran caza o si tal vez esperarían a que llegasen los hombres. Luego se preguntó cuánto podría quedar hasta la vía del tren: si lograba llegar hasta ella y si tenía la suerte de que algún expreso pasara por ese lugar antes de que lo atrapasen sus perseguidores, puede que aún fuera capaz de salvarse.

Siguió corriendo, hasta un claro del bosque. Allí había una pequeña casa de madera de pino, una especie de cabaña abandonada que algunos pescadores habían usado quince o veinte años antes para guardar sus aparejos o para tomar una taza de café junto al fuego o para refugiarse de la lluvia al

ser sorprendidos por una tormenta. Recordaba muy bien aquel espacio abierto entre los árboles, aquel sitio que ahora, iluminado por la luna, convirtiéndole en un blanco visible, se había vuelto peligroso. Y ése fue el punto en el que volvió a acordarse de Laura. Lo hizo al mismo tiempo que luchaba furiosamente contra el dolor y la angustia, mientras apresuraba el paso para huir de aquella delatora luz blanca que caía sobre él como una maldición, como un veneno. Ni siquiera necesitaba mirar atrás para ver a la chica una vez más, dentro de esa cabaña; para recordar los ojos azules y los labios pintados de rosa pálido, el pelo negro y la forma en que la primera noche fue desabrochando muy despacio su blusa, dejando al descubierto primero el cuello, después los hombros, luego los pechos que él adivinó pesados y suaves, mientras decía:

—Me apuesto algo a que nunca has visto nada parecido.

Asier pensaba en esa noche cuando se detuvo a tomar aliento; cuando, a lo lejos, cortando la oscuridad como un cuchillo, surgidos en la profundidad del bosque, le pareció descubrir ya los haces de las linternas. Estaban muy cerca. Volvió a pensar en la vía del tren. Los ladridos de los perros se oían cada vez de un modo más claro; incluso le pareció que se empezaban a distinguir, débilmente, las voces de los hombres y que esos sonidos eran algo de lo que no podría deshacerse, algo que se pegaba a su piel de la misma manera que la ropa mojada, algo viscoso, adhesivo. Siguió corriendo. Sentía calambres en las piernas y una puñalada insoportable en el costado. También volvió a pensar en Laura.

—Maldita seas —dijo—, estés donde estés.

Y es probable que, de haber encontrado las palabras necesarias, hubiese añadido: «Malditos seáis tú y el día en que te conocí, porque ese día empecé a estar muerto».

Asier había llegado a Santa Marta dos meses antes, una mañana de mediados de junio. Hacía un calor infernal y la playa estaba llena de gente, de bañistas que leían periódicos deportivos junto al mar, bajo una pequeña sombrilla; de niños que construían extraños castillos de arena y paseantes que iban de un lado a otro de la ciudad con aspecto cansado, que entraban y salían

de los edificios de apartamentos vestidos con camisas llamativas y faldas blancas, con sombreros de lona y sandalias y pantalones cortos.

Los últimos tiempos no habían sido para él los mejores: trabajos temporales, semanas y semanas sin empleo, un par de pequeños robos en una joyería y en un hipermercado, una condena de sesenta días de cárcel... Así que, en parte por ir a un lugar nuevo y en parte por escapar del sitio en el que estaba, llegó a Santa Marta con un billete de tren de segunda clase y la intención de encontrar una ocupación con que pasar el verano, tal vez un puesto de camarero en alguno de los bares de la costa; o puede que algo mejor, por ejemplo una jornada de diez y media a ocho en una casa de coches de alquiler, sentado en una silla verde, detrás de un mostrador, en un local con aire acondicionado y un par de bonitas secretarias a las que no les importaría tomarse unas cervezas con él al salir de la oficina. Pero la cosa no iba a resultar tan fácil. Anduvo de aquí para allá y lo único que pudo sacar en limpio fueron dos conclusiones: su vida iba a continuar siendo dura y a la gente de Santa Marta no le gustaban los extranjeros.

Aquella noche, después de recorrer toda la ciudad, Asier estaba en un bar llamado Bahía de Cádiz. Al otro lado de los escaparates podía ver a ocho o diez clientes sentados alrededor de mesas de mármol puestas en la playa, muy cerca del mar. Sobre las mesas había manteles de cuadros rojos y velas encendidas. El camarero estaba al otro extremo de la barra, limpiando unos vasos, y un poco más allá un par de hombres miraban la televisión. Decidió intentarlo de nuevo.

—Debe de venir mucha gente a Santa Marta en esta época del año —dijo.

El camarero le observó unos instantes. Después se concentró de nuevo en los vasos. En el televisor, a uno de los actores debió de caérsele algo de las manos porque de pronto se pudo escuchar un ruido de cristales rotos. Al fin, le contestó:

—Mucha gente. Sí. Demasiada.

Asier miró otra vez las mesas de la terraza. Le pareció que había alguna clase de relación entre el mar y las velas encendidas, aunque no habría podido explicar cuál.

—Supongo —dijo— que un bar es un negocio duro en esta época del año. ¿No es mucho para una sola persona?

El camarero cruzó una mirada con los hombres que miraban el televisor y los tres esbozaron una sonrisa. Asier se puso a pensar, por alguna razón, en

un juego que él y sus hermanos hacían cuando eran niños: cerraban los ojos y daban vueltas y más vueltas, hasta que se mareaban y el vértigo les hacía desplomarse y el ganador era el que más hubiera aguantado, el último en caer al suelo. Después calculó el capital del que aún disponía, unas seis mil pesetas: no era una cantidad desde la que se pudiese llegar a alguna parte.

El calor era insoportable. El aire parecía estancado, una sustancia pegajosa. Entonces, a su espalda, se abrió la puerta y Asier pudo sentir una ráfaga cálida y después un perfume dulce, un olor espeso que parecía envolverle igual que una red. Al volverse, Laura estaba allí, con un cigarrillo apagado en la boca y un bolso abierto sobre la barra en el que tal vez buscarse unas cerillas. Al rato, pareció rendirse y miró a Asier y él fue descubriendo los ojos azules y el pelo negro, la figura a la vez frágil y deportiva, la piel de una blancura perfecta, la ropa seguramente cara: una falda color cobalto, una camiseta celeste muy ajustada... Detrás de ella, a la entrada del Bahía de Cádiz, vio un coche descapotable con el motor en marcha y la radio encendida. La suma de todo eso le hizo pensar en una palabra: *dinero*.

La chica cerró el bolso, dejó el cigarrillo encima del mostrador con un ademán de desamparo y dijo:

—Vaya, parece que ésta tampoco va a ser mi noche.

Asier sacó una caja de cerillas y encendió una. La chica lo miró unos instantes y luego se acercó a él. Asier pensó que, después de todo, tal vez aquél era su día de suerte. Lo pensó mientras ella se le acercaba, mientras su piel parecía aún un poco más pálida a la luz de la pequeña llama. Y después de eso ya no volvió a pensar nada más, sólo en cómo llegar hasta ella, hasta su mundo de coches descapotables y mujeres con los ojos azules. No sabía que cuando empiezas algo lo importante no es ser capaz de descubrir qué puedes ganar, sino hasta dónde puedes hundirte. No sabía que él era de esa clase de hombres que cuando más rápido corren es cuando corren hacia su destrucción.

---

## **Mi día de suerte**

Aún estoy en el tren y aún me gusta. Me había dormido, sin darme cuenta, tal vez a causa del agotamiento que producen las emociones fuertes, tan fuertes como las de esta mañana en que pude morir, y ahora que estoy a punto de despertar, quién sabe dónde, eso es lo primero que pienso: me gustan los trenes. Me gustan las butacas azules, los portaequipajes de metal, la madera pulida en las paredes. Me gusta la sensación de aislamiento, esa sensación de estar en tierra de nadie, en un mundo abstracto y sin obligaciones que no le pertenece ni al lugar de partida ni al de llegada; me gusta el río del paisaje, el compás monótono de las ruedas sobre las vías, la alfombra del pasillo, por la que se anda como sobre arena húmeda. Me gusta todo eso, y más me va a gustar a partir de ahora, desde este día que empezó tan mal y ha acabado tan bien, se ha vuelto, poco a poco, el más afortunado de toda mi vida.

Cuando abra los ojos veré a los demás viajeros del vagón, mujeres y hombres borrosos que parecen disolverse en la claridad que entra por las ventanas, pero que a estas alturas, aunque sigan siendo nada más que simples desconocidos, ya me resultan familiares: en el asiento 3B está la chica vestida de rojo que lee con una expresión huraña un libro de Agatha Christie; detrás de ella hay un matrimonio roto, se nota en la tristeza algo bovina de los ojos de la esposa y en las miradas inclementes que le echa el marido, en el desdén con que la responde cada vez que le pregunta cualquier cosa, en sus gestos de hastío o indiferencia, en el modo grosero en que se ha levantado varias veces para ir al bar, sin preguntarle si le apetecía algo; el 9C lo ocupa una presumida que se cree la rosa del azafrán y, a su lado, se sienta un hombre alto con barba y aspecto de gacela, vestido con una americana gris y un jersey oscuro de cuello de cisne, que usa gafas de concha para leer el diario y, en general, tiene un aire a lo Julio Cortázar. No se conocen, pero se ve que a él no le gusta esa ejecutiva presuntuosa que huele a perfume caro, habla sin parar por el teléfono móvil y se pinta las uñas con laca de color violeta. Bueno, quizá ninguno de ellos sea quien a mí me parece que es, pero cómo saberlo, y, además, qué importa.

Hace unas horas, al entrar al vagón, no me fijé en ninguna de esas

personas, sólo iba por el pasillo sintiendo que me observaban, con la maleta en una mano y el billete en la otra, comprobando los números de los sillones y sin dejar de repetir el mío como si fuera una oración o un conjuro: 13V, 13V, 13V, 13V, 13V... Era una plaza individual, de las de la izquierda, las que te ahorran un compañero de viaje que siempre puede ser, si tienes mala fortuna, alguien que te habla sin tregua durante cuatrocientos kilómetros, alguien que se ríe a carcajadas con la película que pone la Renfe, come bocadillos caseros que huelen a vinagre o te salpica la ropa al abrir un bote de cerveza.

Dejé mi equipaje y me senté a mirar por la ventana. El tren acababa de salir de la ciudad y muy pronto los edificios se convirtieron en fábricas y luego en montes, planicies o tierras sembradas, y era tan hermoso pasar de las carreteras y el cemento al trigo, el maíz y los campos de girasoles. Estuve mirando todo eso un buen rato, y también una zona con pequeñas lagunas, juncos y cañaverales donde pude ver un par de casas abandonadas y medio en ruinas, de esas que, por alguna razón, suele haber al lado de los ríos o los pantanos. Después, decidí ir a la cafetería para tomar un café. Ése es el tipo de cosas que a mí me gustan: los girasoles, el café, mi hija Delia. Ya lo ven, soy una persona normal, sin grandes pretensiones y con gustos sencillos. Una persona, debo añadir, que tiene un sentido del deber que ha estado a punto de matarla.

Para llegar a la cafetería era necesario atravesar dos de esas plataformas de hierro donde se unen los vagones y donde están las puertas para entrar y salir del tren. Al llegar a la segunda, la encontré abierta. Alguien la había dejado así, algún viajero desaprensivo que subió o bajó del Talgo en una de las estaciones. Pensé de manera automática en la ejecutiva de las uñas violetas, y también en el hombre odioso del 4B, el que trataba a su mujer como a un perro; aunque, claro, quién sabe, también pudo ser cualquier otro, esto es como aquella Biblia en verso que se publicó a principios del siglo pasado y que, al parecer, empezaba de este modo: *Jesucristo ha nacido en un pesebre: / donde menos se piensa, salta la liebre.*

La puerta abierta daba miedo. Vistas al natural, sin cristales blindados entre ellas y tú, las cosas no parecían tan pacíficas como cuando las mirabas desde tu sillón, al otro lado de la ventana: el paisaje corría mucho más rápido, la grava de las vías, los edificios y los postes de telégrafos parecían dañinos, peligrosos; los raíles eran un esbozo de guillotina; el ruido del tren no tenía

nada que ver con el traqueteo confortable que se escuchaba en su interior, sino que era violento y algo fúnebre; y todo, en conjunto, daba miedo y vértigo, era un aviso del dolor, las heridas, la muerte. Eso era lo que se veía a través de aquella puerta abierta. Salí de allí con una sensación de sofoco en el pecho y fui al bar, a tomar mi café.

No había mucho público, apenas tres o cuatro clientes a los que atendía, con una desgana muy profesional, un camarero de mirada vidriosa, con la cara desconchada por la viruela. Tomé mi café, mientras pensaba primero en mi hija Delia, en qué haría justo en ese instante, por qué no me había querido ver en los últimos dos meses ni contestaba mis llamadas, por qué no me quería perdonar, por qué era tan dura conmigo, tan inflexible, tan rencorosa; y después pensé en una medalla extraviada, una pequeña medalla de oro de mi madre que he llevado al cuello toda mi vida y que acababa de perder cuándo, dónde. Pedí un segundo café, para llevar, y me encaminé a mi asiento, a mi solitario y cómodo 13V, con esas preguntas dándome vueltas en la cabeza.

Al llegar a la plataforma, la puerta seguía abierta. Allí estaban de nuevo los árboles urgentes, la grava acelerada, los raíles-guillotina. Y allí estaba yo una vez más, inmóvil, con los músculos atados por el pánico, sintiendo las planchas de hierro de la plataforma moverse y chirriar bajo mis pies. Tenía que haber avisado al revisor o seguir de largo, pero en lugar de eso, intenté cerrar la puerta. Y entonces es cuando ocurrió. Entonces es cuando estuve a punto de morir.

La puerta de un Talgo se abre hacia fuera y tienes que bajar un escalón para coger el picaporte. En ese escalón es donde yo tropecé. No sé cómo podría explicarles lo que se siente al caer al vacío desde un tren, sólo recuerdo que el espanto parece agrandarte los ojos; que intentas gritar pero no puedes y que la boca te sabe a sangre y a cobre; que las manos se agitan de un modo frenético en la nada, como los tentáculos de un pulpo, en busca de algo a lo que agarrarse. ¿A qué me agarré yo? No lo sé con certeza, creo que a una barra de acero, una que hay debajo de ese ojo de buey que tienen las puertas de los Talgos. Les aseguro que nunca olvidaré esos segundos en que estuve a punto de perder la vida. La vida, esa mezcla de química y estupor, como dice un filósofo.

Cuando conseguí encaramarme de nuevo al tren, las piernas casi no me sujetaban y el corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a sufrir un

ataque. Estuve un minuto allí, jadeando, con la espalda apoyada contra la pared, y luego entré al lavabo y me eché agua fría a la cara. Tenía huesos de goma y un corazón de cristal a punto de resquebrajarse, pero me sentía feliz, sentía el júbilo de los supervivientes, esa euforia de quien ha sorteado un gran peligro y casi parece pensar que, aplazada la muerte una vez, es como si ya se fuera a librar de ella para siempre. Di un grito de alegría salvaje, amortiguado por el estruendo del tren, que nadie oyó igual que nadie había visto lo que me había pasado. Después salí a la plataforma, saqué un cigarrillo y al ir a buscar un fósforo encontré la medalla de mi madre.

Qué raras somos las personas, ¿no es cierto?: acababa de salvar la vida de milagro y fue encontrar la medalla y sentirme radiante, sentir una dicha inmensa. Por alguna razón, me acordé de uno de mis discos favoritos, uno de John Coltrane, y recordé que lo había comprado en San Sebastián, hacía ya muchos años, por los títulos de los temas, porque se llamaban *Anatomía*, *Luz azul*, *Eclipse*, *La hora de Tommy*... Me puse a silbar *Luz azul* y miré la medalla hasta que empezó a parecer un objeto difuso, como si mis pupilas tuviesen el poder de fundir el metal. Después la besé y se me llenaron los ojos de lágrimas, me la puse al cuello y sentí su tacto amigo, su frialdad familiar. Qué grandes se vuelven, en algunas ocasiones, esas cosas menudas.

Volví a mi asiento, bendito 13V, vi que eran las ocho, busqué la radio en mi maleta, una diminuta radio con auriculares que siempre me acompaña, y saqué mi boleto de lotería, el mismo que copio y sello sin falta cada mañana, desde hace años, en una oficina de apuestas que hay en la calle Severo Ochoa, a doscientos metros de mi casa: 9-1425-42-43-46, ésa es mi combinación. Escucharía el servicio informativo de las ocho y luego, cuando retransmitiesen el sorteo, tocaría con una mano supersticiosa la medalla de mi madre, como cada noche, para atraer la suerte. Nunca había ganado nada, pero quién sabe, no hay que perder la fe y, además, el simple hecho de probar suerte ya es divertido, son divertidos esos minutos previos al sorteo, cuando piensas en las cosas que harías con un buen montón de millones. El tren pasaba junto a un bosque idéntico al que había dejado atrás unos kilómetros antes y yo me repetía mi letanía de la buena suerte, repetía 9-14-25-42-43-46, 9-14-25-42-43-46, 914-25-42-43-46 como si de ese modo empujase las bolas con mis números hacia la mano de los niños que los sacaban del bombo o las calentase hasta hacerlas casi arder, eso es lo que dicen los agoreros, que la lotería es un fraude porque, justo antes de empezar el sorteo, calientan las

bolas que quieren que salgan, para poder reconocerlas al tacto. No sé si eso es verdad o no pero, sea como sea, odio a ese tipo de gente que se pasa la vida diciendo la Sábana Santa es falsa, el monstruo del lago Ness no existe, Homero no escribió la *Odisea*, Armstrong jamás pisó la Luna, los astronautas fueron filmados en un decorado que construyó la CIA.

Estaba pensando en eso y mirando otra vez a los pasajeros del vagón, a la chica que leía a Agatha Christie; a la mujer del 4A, con su aspecto rebajado, igual que si fuese la abreviatura de otra persona, y a su marido, aquel hombre adusto de cara ilegible y embrollada como la letra de un médico, cuando empezó a sonar mi móvil. Soy yo, dijo Delia, mi hija, y también dijo perdona que no te llamase, tengo ganas de verte, no te preocupes, ya sé que no se trata más que de un malentendido, te echo de menos, todo está olvidado. Cuando colgué, tenía los ojos llenos de lágrimas y me temblaban las manos. Me dolía el pecho y la espalda, seguramente por algún golpe que me di contra la puerta del tren, mientras me debatía en el aire, mientras braceaba en ese líquido negro que hay entre la vida y la muerte, pero el dolor no fue nada comparado con la alegría de escuchar a Delia decirme no te preocupes, te quiero. Lloré porque ahora todo iba a ser distinto. Lloré porque los malos tiempos ya habían pasado y le di un beso a la medalla de oro de mi madre.

Mi día de suerte. Hoy es mi día de suerte, eso es lo que me repito una y otra vez y lo que estoy deseando contarle a Delia, a que ni te imaginas lo que ha sucedido, no te lo vas a creer. Porque lo increíble es que hace más o menos una hora estuve a punto de despeñarme y morir, de condenarme a una silla de ruedas por el resto de mi vida o Dios sabe qué y sólo un poco más tarde, hace unos minutos, no sé con exactitud cuántos, se celebró el sorteo de la lotería y la combinación ha sido 9-1425-42-43-46. Ha salido mi número, Delia, después de tantos años y tantos sinsabores, ha salido nuestro número. Eso es lo que le diré, le contaré todo lo que ha ocurrido, aunque no sé a ciencia cierta con qué palabras porque, Jesucristo bendito, no saben lo que es oír tu número en la radio, no saben qué sensación se siente según van apareciendo el nueve, y luego el catorce, y luego el veinticinco, así hasta el final; no saben qué ondas de entusiasmo y de incredulidad se te hacen por dentro, te dan ganas de dar gritos, de contárselo a la primera persona que veas, pero te dices no, mejor callarse, el dinero es un peligro, atrae a los lobos, mejor guardarlo en secreto, sólo para Delia y para mí.

Pensando en todo eso, cerré los ojos para que aquella cifra cayese sobre mí

como una lluvia fresca, 9-14-25-42-43-46, 9-14-25-42-43-46. Cuánto pueden cambiar las cosas en un segundo, ¿verdad? Es raro, pero así es la vida.

Estuve un buen rato sin saber qué hacer, si levantarme o seguir en mi asiento. Abrí un libro y lo cerré de inmediato. Sentía un profundo sopor, un cansancio espeso, igual que si hubiera tomado un narcótico. Pensé en llamar a Delia, pero los otros podrían oírme. Miré por la ventana y allí seguía el bosque, idéntico a sí mismo, como si el tren avanzara pero sin moverse. Y después, me pudo el sueño. Ha sido un día tan opuesto a todos, tan lleno de sobresaltos, con tanta excitación, tanta fatiga.

Ahora voy a abrir los ojos, tengo que sobreponerme a esta especie de letargo, porque debemos de estar a punto de llegar a nuestro destino. Aún noto un dolor agudo en la espalda y acabo de descubrir que tengo toda la camisa húmeda, he tocado un líquido denso y viscoso y me he acordado del segundo café, del que pedí en la cafetería para llevármelo al 13V: se debió de derramar cuando estuve a punto de morir y me salvé en el último segundo, al agarrarme a esa barra que tienen los Talgos en las puertas, debajo del ojo de buey. Porque hay una barra metálica ahí, ¿verdad? Qué pregunta más absurda. Si no la hubiera, yo no habría tenido qué aferrar, no habría encontrado la medalla de mi madre, ni me habría reconciliado con Delia, ni ahora mismo habría un montón de millones esperándome en un banco, quizá doscientos o trescientos; más de cien, eso seguro. 9-14-25-42-43-46, la combinación de la suerte. Si esa barra no existiera, al abrir los ojos yo no estaría en este tren, sino en una cuneta o en un campo de girasoles. ¿Se imaginan? Una mujer como yo, agonizando como una alimaña, sola, a la intemperie.

---

**Los muros se mueven**

En este mismo instante, como pueden ver, Olivia camina por la ciudad de Managua bajo un sol sanguinario que cae sobre su vestido de lino igual que la luz de un foco. Sus pensamientos son tan confusos y le resultan tan incomprensibles que parecen estar en otro idioma, y eso explica, sin duda, el paso vacilante con que cruza las calles sin reparar en el agua enferma del lago o en el olor canalla de los barracones donde se vende una comida que jamás ha probado pero que, por algún motivo, ella identifica con el sabor acre del humo; sin sentir un estremecimiento al pasar por la catedral, este edificio a punto de desmoronarse que tienen a su derecha, uno de los pocos que no pudo echar abajo el terremoto de 1972 y que para ella simboliza, como ninguna otra cosa de este lugar demolido, la innumerable ira de Dios, con sus torres partidas por grietas terribles, sus cruces rotas, sus ángeles caídos y sus escaleras desmenuzadas. Pero hoy Olivia no se detiene en nada de eso, porque hoy es un día para la tristeza ciega, la desesperación sin ojos, ni nariz, ni oídos, hoy la catedral no está más quebrantada que ella, el lago no está más lleno de muerte ni las calles más vacías. Ha estado llorando y las últimas lágrimas, ustedes mismos lo pueden comprobar si se le acercan un poco, se han quedado secas y deben producirle una sensación desagradable, lo mismo que si la piel se le estuviese llenando de escamas. Pero no, en este momento la mujer que ven detenerse junto a una pulpería y pasarse una mano insegura por el rostro —fíjense en los labios desarbolados, la cara racheada entre el pelo húmedo— es incapaz de percibir cualquiera de esas cosas, lo único que tiene claro es su miedo, un miedo pegajoso y lúgubre con el que no sabe qué hacer pero que la anega, la envuelve lo mismo que a una momia.

Lo interesante de este personaje es que no hace falta más que observarlo con detenimiento para intuir que su vida ha sufrido un giro y que si está roto es justo porque acaba de caer de las alturas, como un trapealista: ahora, Olivia parece devastada, pero no tienen más que fijarse en su cutis inmaculado, ese rostro a la vez adulto y terso, sin ninguna de las huellas que dejan en la cara de la mayoría de las personas el trabajo duro, las preocupaciones, la falta de descanso o el sufrimiento, para deducir que hasta hace muy poco ha disfrutado de una felicidad ondulante, una existencia sin sobresaltos, propia

de una mujer de clase acomodada. Observen sus manos, la blancura es tan exagerada que resultan inverosímiles, destacan de tal modo en el conjunto que parecen estar iluminadas o, para ser más exactos, parecen emitir un resplandor propio; en los dedos anular y corazón de la izquierda lleva dos sortijas, está claro que se trata de dos piedras preciosas, una azul oscura y otra verde, seguramente un zafiro y una esmeralda. En resumen, se pueden hacer diversas conjeturas sobre la parte de afuera de Olivia, pero sin duda todas ellas confluyen en la palabra *dinero*. De manera que el contraste entre ella y su angustia es cautivador y nos llena de preguntas: ¿qué le ocurre? ¿De dónde viene y qué va a hacer? ¿Qué busca alguien como ella en un lugar como éste?

Mientras Olivia sube a un taxi y se dirige, como tantas otras veces, a la iglesia de la Merced, ese hermoso templo que pueden ver a su izquierda, vamos a escharbar en su pasado en busca de pormenores, antecedentes, pistas. Para empezar, quizá merece la pena que sepan que entre los modestos ángeles donados por los fieles a esta parroquia, a modo de ofrenda, hay uno suyo, una valiosa escultura colonial tallada en madera a cuyo pie nunca faltó, durante los últimos tres años, una vela encendida. Los ángeles son muy bellos, cada uno en su estilo, con sus rostros saturados de fe, sus alas inmóviles y sus mantos de color púrpura o escarlata; algunos llevan en la mano una antorcha o una rama de laurel y todos tienen carteles que dicen Te imploré y fui escuchada; caí y Tu mano vino a levantarme; estaba perdido y Tú viniste en mi ayuda... El exvoto de Olivia no lleva ningún letrero y ese detalle, unido al hecho de que no parece rezar en la iglesia, dado que sus labios no se mueven ni bisbisean de esa forma en que lo hacen los de las personas cuando musitan sus plegarias, sino que sólo permanece allí en silencio, mirando los ángeles, nos hace pensar que no está en la Merced porque sea una persona religiosa, sino a causa de la superstición.

La casa de Olivia está en un barrio residencial de Managua. Es una casa grande, con un jardín lleno de ceibas, magnolias y un majestuoso árbol del popohoche en el centro. Podemos asegurar de forma categórica, en base a las informaciones de que disponemos, entre ellas la lectura de su propio diario, que está en nuestro poder, y una serie de confidencias que hemos obtenido de diferentes personas de su entorno, tanto en España como en diversos países de Centroamérica, que la primera vez que Olivia vio el árbol del popohoche, con sus raíces portentosas asomando de la tierra para rodear el tronco, pensó

en la leyenda del Laocoonte, castigado por disparar sus flechas al caballo de Troya y asesinado junto a sus hijos por dos serpientes salidas del mar. Si Olivia conoce esa historia e incluso recuerda que los niños del Laocoonte se llamaban Antífates y Timbreo, que las serpientes eran Caribea y Porcea, es porque ésa es su especialidad, la mitología clásica: en España, trabajó cinco años como profesora de griego en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, en Madrid. Podría ser relevante señalar que, por algún motivo, cada vez que se acuerda de la universidad la ve en otoño, en ese momento en que el campus se cubre de hojas amarillas y las tardes son lentas y anaranjadas como yemas de huevo.

A su juicio, cuando se fue de Madrid, Olivia no se fue de nada: no tenía una pareja estable ni un grupo de amigos para llenar de vida las horas muertas; detestaba su profesión, no era capaz de soportar ni a sus alumnos ni a los otros profesores, aquella jauría de burócratas-ineptos-codiciosos-pedantes-mediocres-resentidos, por resumir en una línea lo que pensó sucesivamente de ellos durante los cinco años que estuvo en la Facultad. Una línea o quizás una sola palabra, puede que sea mucho más útil imaginarse todo eso convertido en una única palabra para comprender con más exactitud lo mucho que indignaban a Olivia el noventa por ciento de sus colegas, aquellos burócratasineptoscodiciosospedantesmediocresresentidos a los que no está claro si odiaba más por ser como eran o por no ser en absoluto como ella había soñado mientras estudiaba su carrera, mientras escribía su tesis doctoral sobre la poeta Safo y preparaba sus oposiciones, todo ello manteniendo en la cabeza una imagen idílica de la vida docente, que imaginaba casi como una eterna prolongación de la adolescencia: el aprendizaje sin fin, las horas consumidas en la paz de los libros, el olor a tiza y madera de las aulas, la complicidad con los alumnos, las discusiones académicas a la hora del café, la camaradería con los otros maestros. Supo muy pronto que se equivocaba, pero al principio pensó que su presencia enderezaría aquel clavo torcido que atravesaba los departamentos de la universidad, creyó que su entusiasmo contrastaba tanto con el carácter de aquellas personas de corazón ahorrativo que al final funcionaría como contrapeso. Se equivocó de nuevo. Ahora, las pocas veces que pensaba en aquellos años llenos de murmuraciones, intrigas y puñaladas por la espalda, se veía a sí misma como uno de esos personajes de los tebeos que corren llenos de alboroto hacia el espejismo de un oasis y cuando se arrojan al agua

soñada sólo encuentran arena, en su caso las espesas arenas de la mezquindad, el desinterés y la envidia. Al final de todo eso está la razón de que Olivia se encuentre ahora mismo en Nicaragua, sentada en un banco de la iglesia de la Merced, frente a su bello ángel sin leyenda: tras cinco años de suplicio en la Facultad, se presentó una mañana en el Ministerio de Cultura, en las oficinas de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, y solicitó un puesto como directora de algún Instituto Cervantes, no le importaba dónde fuese, le daba lo mismo Pekín que Londres, Moscú que Casablanca o Atenas que Sofía. Tal vez necesitasen a alguien en los centros que acababan de abrir en Vietnam o en la India... Le ofrecieron el Centro Cultural de España en San José de Costa Rica. Aceptó de inmediato.

Cuando se fue de España, Olivia no dejó nada atrás porque allí no la quería nadie. No sabía por qué, le había dado miles de vueltas al asunto y no era capaz de encontrar un motivo, una explicación coherente. Sabemos que tuvo algunos amantes esporádicos pero ninguna relación estable, jamás hubo otro pijama bajo su almohada ni un segundo cepillo de dientes en el lavabo, nada de fotos enmarcadas en las cómodas, ni servilleteros rojos y azules, ni leche de dos clases en el frigorífico. Si hubieran visto hace unos meses, por ejemplo, su casa de San José, se habrían dado cuenta de que era amplia y luminosa e, indudablemente, estaba decorada con buen gusto, pero les hubiese resultado gélida porque, como todas las suyas, carecía de ambigüedad, era absolutamente uniforme, todo en ella iba en una sola dirección y obedecía a un único criterio, su falta de paradojas y contradicciones la convertía en un lugar estéril, en una metáfora de la soledad. Esa casa que iba a ser su Paraíso y se ha convertido en su Infierno.

La verdad es que Olivia, consciente o inconscientemente, había tardado mucho en descubrir el tamaño de su soledad y, cuando lo hizo, nuestra impresión es que en vez de buscarle un remedio se dedicó a justificar una tras otra las evidencias: en sus años de estudiante, se dijo que no podía perder el tiempo con novios, como las otras chicas, porque la carrera importaba mucho más; después, cuando preparaba sus oposiciones, pensó que no le convenía distraerse con nada ni con nadie; luego, cuando ganó su plaza de profesora en

la universidad, no era momento de añadirle un hombre a sus nuevas responsabilidades y más tarde, cuando empezó su trabajo en el departamento, necesitaba poner los cinco sentidos en su vida profesional... Todo le parecía tan coherente, lógico y bien planificado que darse cuenta de su error fue como despertarse de un sueño, igual que cuando estamos dormidos, alguien nos zarandea violentamente y al abrir los ojos nos cuesta reconocer las cosas, esos objetos aún sin nombre que se llaman silla, lámpara, teléfono o radiocasete y que, durante unos segundos, parecen tan insólitos y vacíos de sustancia como caparazones de cangrejos tirados en el suelo de un bar. Al abrir los ojos, Olivia se encontró con un mundo inexplicable, desconectado de ella, y cuando quiso poner remedio a su soledad, sintió que ya había pasado su turno, al menos en el ámbito en que solía desenvolverse: los chicos que conoció en la Facultad y no le disgustaron en su momento tenían novias, algunos hasta estaban casados; y lo mismo ocurría con los profesores que valían la pena, con los vecinos, con la mayor parte de los hombres agradables que frecuentaba. En cuanto a los otros, los que estaban disponibles por una razón u otra, los consideraba —son palabras tuyas, no nuestras— *sobras*, no quería ni acercarse a los paranoicos, los fanfarrones, los maniáticos, los inseguros, los fundamentalistas, los calaveras, los viciosos, los lúgubres, los violentos, los amargados, los alcohólicos, los viudos alegres o los divorciados tristes, los donjuanes de discoteca, los sucios, los xenófobos, los reaccionarios o los que respondían a la famosa definición del poeta César Vallejo: español de pura bestia. Perdida en una tierra de nadie entre los hombres a los que no podía llegar y los hombres de los que huía, de repente tuvo conciencia de ser una pieza suelta, desaparejada, pero no fue capaz de entenderlo. ¿Por qué las demás mujeres sí y ella no? ¿Por qué, hasta entonces, nadie había luchado por ella a vida o muerte? ¿Por qué no hubo alguien que la apartara de todo, que rompiera sus esquemas como quien hace estallar una cáscara de huevo con la mano?

—¿Por qué no me quiere nadie? ¿Qué tengo yo de malo? ¿Por qué nadie se compromete por mí, en mi nombre, conmigo?

A veces, mientras se hacía esas preguntas Olivia se desnudaba para mirarse en el espejo durante horas, hasta que sus rasgos iban perdiendo sentido y llegaban a borrarse, a dejarla vacía, sin llegar a ver nada anormal en ella, nada que no fuese una mujer común, sin grandes virtudes ni grandes defectos,

igual que tantas otras que encuentran un hombre, forman una familia, se incorporan con sencillez al río de todos.

Naturalmente, las cosas no sucedieron tan de golpe, no fue como cuando te caes y, en un segundo, aparecen la sangre y el dolor en el lugar en donde estaban la piel entera y el sosiego, sino que Olivia se fue desmoronando poco a poco. Al principio, se limitó a analizar a los hombres con que se había encontrado y a buscar en ellos la razón de su soledad. Buscar en los otros, eso es lo que hizo. ¿O es que iba a ser ella misma la autora del desprecio al que la sometían? No, eso era absurdo, que no la vieran no significaba que fuese invisible.

—Ya lo dijo la propia Safo —pensaba— en uno de sus poemas, seiscientos años antes del nacimiento de Jesucristo: *lo hermoso es sólo hermoso cuando alguien lo mira*. Fíjate si la cosa viene de lejos.

Olivia lo cambió todo de la noche a la mañana, empezó a buscar otro grupo de gente, hombres que no tuvieran nada que ver con la universidad, con su familia, con su pasado. Cambió su forma de vestir, tan aséptica, compró ropa sexy y perfumes insinuantes, cambió su peinado y hasta su forma de hablar, todo ello para ser, tal y como ella lo formulaba, una mujer algo más *provocativa*.

—Sal ahí fuera y caza un buen león —se decía algunas noches, igual que si estuviese dentro de una película.

Y, desde luego, se sabe que sedujo, sin tener que saltar grandes obstáculos, a algunos de esos leones, se acostó con ellos, dejó que le levantasen sus camisetas ajustadas y arrancaran sus sostenes rojos de satén con manos que, en los peores casos, le recordaban a las de los carniceros cuando arrancan las entrañas de un pollo. Se fue a la cama con una docena de hombres vulgares de los que obtuvo algún placer, algún dolor y un poco más de soledad, y se enamoró de otros dos a los que quiso dar todo lo que le pedían y de los que no sacó nada. Años después, la humillación sufrida continuaba en su sitio, tan serpenteante e inamovible como una cicatriz.

Tal y como le habían ido las cosas en Madrid, cuando Olivia se subió al avión de Iberia que la iba a llevar a San José lo hizo segura de que dejaba

atrás un país hostil e insufrible para las mujeres como ella. Aunque por entonces su confianza ya empezaba a resquebrajarse, sabemos que al decir *como ella* aún quería decir *inteligente, autónoma, liberada, culta, audaz, moderna...* Esa mujer robustecida por los adjetivos se alegró todavía más de haber dejado España en el instante en que puso el pie en Costa Rica, qué país dulce y fértil, con su vegetación abarrotada, su gente humilde y exquisita que la llevó de la mano por aquel nuevo mundo al que se acostumbró tan fácilmente, en el que le resultaba tan sencillo decir abarrotes donde antes decía tiendas de ultramarinos, pulperías en vez de bares o sodas en lugar de cafeterías; en el que pronto dejó de llamar tapas a los aperitivos para llamarlos nutrientes o bocas y donde su paladar se familiarizó en un par de semanas con los camarones, la sopa verde de tiquizque y chalote, la cerveza Imperial y los huevos de tortuga. En San José, tan lejos de todo lo que conocía, se sintió como en casa.

Su puesto de directora del Centro Cultural de España le otorgaba, además, una serie de comodidades. Para empezar, ahora tenía un pasaporte diplomático y, gracias a él, disfrutaba de ciertos privilegios a la hora de viajar, cruzar fronteras o hacer diversas gestiones. Se trataba, desde luego, de pequeños beneficios, pero que la hacían sentirse importante. O quizá, y dado que su satisfacción tenía mucho más que ver con la autoestima que con la simple vanidad, sería más exacto decir que la suma de aquellas modestas ventajas la hacían sentirse amparada, reconocida.

En segundo lugar, le habían asignado una casa agradable y cómoda en el barrio de Amón, la zona residencial de San José, un coche oficial con su correspondiente conductor y una asistenta doméstica, doña Gertrudis, que ponía orden en su casa, atendía el teléfono y cocinaba para ella los deliciosos platos costarricenses, la olla de carne, el gallopinto o el caldo con yuca y camote.

En cuanto al Centro Cultural de España, en poco más de un año Olivia lo convirtió, a base de vehemencia, esfuerzo e imaginación, en el eje de la vida literaria y artística de la ciudad: ella, como directora, ideaba encuentros de poetas de las dos orillas, organizaba conferencias, ciclos, talleres y mesas redondas, buscaba temas comunes para montar exposiciones de pintura o fotografía y se las ingeniaba para conseguir las más diversas fuentes de financiación, negociaba con instituciones públicas de Costa Rica y España, con bancos, agencias de viajes, hoteles, asociaciones y empresas de todo tipo;

en cuanto a sus ayudantes, un grupo de personas fervorosas que parecían ufanas de su labor y felices con su empleo, hacían cristalizar aquellos proyectos trabajando como la tripulación de un barco zarandeado por una tormenta.

Sabemos que Olivia también trabajó sin descanso durante muchos meses y que cuando se sintió satisfecha, cuando estuvo segura de que su vida profesional estaba en marcha, se dijo que había llegado el momento de encontrar a alguien que la quisiera. ¿No era eso lo que había venido a buscar? En Costa Rica tenía, al menos en su opinión, dos cosas que antes no había tenido: era *exótica* y destacaba en muchos lugares por su aspecto evidentemente europeo; además, siempre había gente de interés que se movía a su alrededor y, por añadidura, frecuentaba los ambientes más selectos de San José, iba de cóctel en cóctel, de embajada en embajada. Finalmente, su sueldo era decente, sus gastos eran pocos y el país no era caro, en comparación con España, de manera que Olivia se dedicó a renovar otra vez su parte de afuera, gastó miles de colones en cosméticos franceses y ropa que, en esta ocasión, además de elegante y un poco atrevida era muy cara, y de ese modo aparecía centelleante y renovada en cada fiesta, viéndose a sí misma como una mujer deseable, una pieza codiciada. Ya saben: sal ahí fuera y caza un buen león.

La segunda cosa que creía ganada era algo más profundo, un entusiasmo que la hacía sentirse llena de deseos pero sobre todo de amor, capaz de hacer feliz al hombre adecuado, de caer sobre él como un maná que lo saciara y endulzase cada uno de los minutos de su vida. No tenía más que cerrar los ojos para verlos, a ella y a ese hombre, cruzando la ciudad en un automóvil descapotable, un buen carro de importación, para ir a Cartago, acercarse a la selva o viajar al volcán Arenal, pasear por sus cercanías notando la tierra vibrar bajo los pies y dormir en uno de los hoteles desde los que, por las noches, se ve caer un lento río de lava que parece la lengua del demonio. Olivia estaba segura de que muy pronto iba a encontrar a ese hombre que le era tan urgente y, de hecho, había copiado en la primera página de su agenda un verso de Emily Dickinson que recordaba a menudo, para infundirse ánimos: *el agua se aprende de la sed*. Y para que su ofensiva fuese completa, tampoco quiso dejar de tantear el mundo de lo ultraterreno, de modo que compró la estatua colonial de la que les hemos hablado, el ángel que iba a

donar a la iglesia de la Merced, y se prometió encenderle una vela cada día. Hasta hoy, jamás ha roto esa promesa.

Sin embargo, San José fue para Olivia lo mismo que había sido Madrid: un desierto. Un solitario y abrasador desierto en el que no había nadie para ella, sólo algunos espejismos y algunas escaramuzas decepcionantes, pero nada más, y su cabeza y su corazón fueron anegados, poco a poco, por esas dos palabras parecidas a abismos, *nada*, *nadie*. Debió de sentirse desesperada al comprobar que todos sus esfuerzos eran inútiles, porque sus subordinados, con quienes hemos mantenido algunas entrevistas, aseguran que su carácter se agrió de repente, que empezó a ceder a la cólera y el desconcierto. A menudo, cuando entraban en su despacho sin avisar, la encontraban adormilada, con la cabeza entre las manos y los ojos enrojecidos de los desesperados, los alcohólicos o los insomnes; y, según afirman, Olivia les hablaba a veces con acritud o respondía a sus preguntas de un modo desabrido, qué quieres, no me interrumpas con tonterías, haz lo que creas que tienes que hacer y, si no te crees capaz, se lo encargo a otra persona. Algunos cambiaron su simpatía hacia ella por miedo y otros dejaron de tratarla con veneración y empezaron a tratarla con condescendencia: pobre mujer, qué sola está, parece hundida.

También suponemos que, en alguna ocasión, llegó a pensar en el suicidio, que tuvo los nervios rotos y la palma de la mano llena de pastillas azules, verdes, rojas y blancas, porque hemos encontrado en su botiquín una cantidad injustificable de analgésicos, somníferos y antibióticos, cajas y frascos de Nembutal, Clamoxyl, Buscapina, Dapaz, Nolotil... Pastillas de colores para volverlo todo negro y tranquilo, es tan fácil, piensa en el descanso, en la paz sin fisuras, sólo tienes que beber un vaso de agua y cerrar los ojos, nadie te volverá a humillar, no habrá más llagas ni cicatrices, la muerte es lo contrario del dolor.

Esa voz espectral debía de estar sonando con fuerza dentro de Olivia por la época en que explotó en medio de su vida Hugo Márquez. *Explotó, floreció, manó*, elijan lo que prefieran, pero tengan en cuenta que *apareció, llegó* o cualquier otro término convencional no serán en absoluto capaces de simbolizar la importancia y la violencia de su irrupción en Olivia, aquella mujer que llevaba una existencia agitada pero sin movimiento, que se sentía el fantasma de sí misma con sólo mirar una calle y ver a todos aquellos miles de hombres que pasaban de largo y como a través de ella, que se alejaban

para siempre sin ella, con el hueco de ella a su lado, una y otra vez, un millón de veces otra vez. Cuando Hugo le dio la mano a Olivia fue igual que si tirase de ella para sacarla de una tumba. Al poco tiempo, solía bromear consigo misma diciéndose: cayó sobre mí igual que serrín sobre un suelo mojado.

La primera vez que lo vio, o para ser más exactos, que lo oyó, estaba en el jardín de la residencia de los embajadores de Perú en Costa Rica, donde la habían invitado a un banquete de comida china. Sabemos que cenó arroz chaufa, wantán fritos, lomo salteado, gallina chijaukay y min pau; que había bebido Inka Cola y apuraba su tercer vaso de pisco cuando Hugo Márquez apareció a su espalda y dijo, con la voz más hermosa que Olivia había oído nunca:

—Deberíamos haber traído una imagen de Zao Wang, el dios de la cocina china. Hace tiempo, en Pekín, aprendí que el Año Nuevo se celebra untándole los labios con miel a Zao Wang, ofreciéndole fruta confitada y quemando unos fuegos artificiales en su honor. Si el dios se siente bien tratado, dará un buen informe sobre la familia al Emperador de Jade. Pero disculpe que no me haya presentado. Mi nombre es Hugo Márquez, para servirla.

—Olivia Istarú. Encantada de conocerlo. ¿Es usted especialista en mitología oriental?

—No, no, sólo un aficionado. En el Perú, como usted sabe, hay una gran población china y japonesa. Siempre me interesó su historia, que en parte es también la nuestra.

Hugo le contó a Olivia cómo los chinos llegaron a miles, en el siglo XIX, al puerto del Callao, en Lima, para vivir prácticamente como esclavos en las haciendas, trabajando en las plantaciones de azúcar y cacao.

—¿La esclavitud estaba permitida en Perú?

—Y bueno, no era legal, pero tampoco era perseguida. El caso es que los inmigrantes se abrieron paso desde muy abajo. Al principio, se hacinaban en una especie de bodegas insalubres llamadas tambos, donde comían, dormían, preparaban sus alimentos y fumaban opio. Con el tiempo, transformaron los tambos en abarrotes para comerciar con soja, tapió, harina de chuño y queso tofu. Después, empezaron a cultivar en las chacras sus verduras chinas, jolantao, wong cua, sacco o gaa choy, y fueron ahorrando soles hasta poder establecerse en la calle del Capón, en pleno centro de Lima, donde abrieron chinganas y mantequerías para vender chicharrón de prensa o pescado frito y

donde, al poco tiempo, empezaron a montar sus restaurantes, los famosos chifas.

Olivia perdió la mitad del relato, hipnotizada por la voz de Hugo y distraída por su belleza, de forma que todo el tiempo escuchaba lo que él decía mezclado con lo que ella pensaba:

—Hoy día, a los peruanos les gusta tanto la comida china como la criolla, *qué hermosa voz tiene, y fíjate en sus manos, tan suaves y tan firmes, a la vez de pianista y de boxeador*, antes de que llegaran los barcos de Macao, no los sacabas ni a tiros de su carne sancochada, su sopa teóloga y ese guiso de leche con pescado, papas y camote que se llama chupe, *su cuerpo es tan fuerte, qué ganas de lamerlo, de sentirse quebradiza a su lado*, pero ahora aman todo esto que usted tomó acá, *y sus ojos tan oscuros, tan inteligentes*, el arroz chaufa, los wantán fritos, la gallina chijaukay, *su boca, Dios mío, sobre todo su boca*, o los Huevos Mil Años, que se entierran durante cien días en arcilla especiada.

Olivia descubrió, a lo largo de las dos horas siguientes, que Hugo Márquez era hondureño, aunque había vivido en media América del Sur, incluida su juventud universitaria en Lima, y también en Londres; era diplomático de profesión, amante de los caballos, el senderismo y la comida japonesa, lector de César Vallejo, Neruda y Vicente Huidobro, ganadero vocacional, bibliófilo, ecologista afiliado a Greenpeace y defensor activo de la Amazonía, socio de Unicef, católico no practicante, agricultor a ratos y coleccionista de discos de Bob Dylan y Georges Brassens, entre otras muchas cosas. Esa misma noche durmieron juntos y a la mañana siguiente la ciudad entera desembocó en Olivia llena de olores y colores intensos, como si todo formase parte de la embriaguez que sentía. Cruzó las calles serenas del barrio de Amón sin dejar de sonreír al acordarse de algunas cosas que ella y Hugo habían hecho en la cama y lloró de felicidad al pensar que todo lo que había sufrido mereció la pena, que su amargura y su soledad de antes eran, en cierto modo, un requisito necesario para su dicha de ahora, igual que el sabor amargo de las medicinas es una parte de la curación: estar tan sola no fue más que una manera de estar libre para Hugo, se decía, Hugo el Hermoso, el Perfecto, Hugo el Salvador, mil veces Hugo, Hugo Tritón, Centauro, Hugo Márquez, gracias a Dios, bendito seas.

Por el diario de Olivia sabemos que se vieron de continuo en los dos siguientes meses, que en algunos casos él volaba a San José y en otros era

ella quien iba a Guatemala, donde estaba destinado su amante y en donde, según demuestra el álbum de fotos de Olivia, hicieron excursiones a la desembocadura del río Usumacinta, al volcán Tajumulco y a la pirámide maya de Tikal. También fue Hugo Márquez quien llevó a Olivia, por primera vez, a Nicaragua. Hicieron el viaje en coche, desde San José, y no dejó de sorprenderla un instante con sus conocimientos y su curiosidad acerca de casi todo, cuando cruzaron docenas de ríos mientras conducían hacia Managua, el Sapoá, el Pirris, el Tárcoles, el Coto, el Candelaria, el Frío, el Tortuguero, el Reventazón, el Pacuare, el Estrella, el Sixaola, el Tempisque o el Bebedero, antes de llegar a la frontera natural entre los dos países, el río San Juan, y él repitió sus nombres con veneración, uno tras otro, como quien define algo irrepetible o milagroso; o cuando pasearon por sucesivos bosques donde el experimentado senderista distinguió para ella un ombú de un cedro, una casuarina de un árbol del popohoche o una caoba de un jacarandá; o cuando pasaron junto a los ranchos llenos de reses y le explicó la diferencia entre las vacas Aberdeen y las Brahmanes, las Holando y las Jersey, las Shorthorn, las Frisona, las Hereford y las Angus. Qué deslumbrada estaba Olivia por aquel hombre sabio y ameno, tan espiritual a base de conocer las cosas de este mundo. Como las conocían sus amados clásicos, debió de pensar, uniendo por analogía a Hugo Márquez con el Virgilio de las *Geórgicas* o el Hesíodo de *Los trabajos y los días*.

Sabemos, gracias a las anotaciones de Olivia, que antes de cruzar la frontera de Costa Rica fueron al golfo de Nicoya y a Puntarenas, donde una mañana se bañaron en el océano y, al sentir su piel crujiente y cuarteada por la sal, ella soñó que ya habían envejecido juntos; sabemos que recorrieron la provincia de Guanacaste y, ya en Nicaragua, durmieron en la ciudad colonial de Granada. Allí, Hugo le dio, a modo de amuleto, un billete de cien córdobas, de los que tienen el retrato de Rubén Darío y dos versos suyos: *si pequeña es la patria, / uno grande la sueña*. Al día siguiente visitaron Liberia y el golfo del Papagayo, Cañas Dulces y Nandaime, donde pararon en una soda para tomar una cerveza y un nutriente de huevos de tortuga, y, al fin, llegaron a Managua, este lugar fantasmal que, por algún motivo, quizás a causa de su predilección por la tragedia, a Olivia le impresionó mucho. Visitaron las huellas de Acahualinca, hicieron excursiones al Río Grande y al Tipitapa, a la isla Momobombito y al lago que hay al pie del volcán Mombacho, lleno de diminutas islas de lava habitadas por indigentes. En el

camino de retorno a San José, durmieron en un hotel construido al pie del Arenal, como Olivia había anhelado. Unan todas esas imágenes que acabamos de darles, háganlas pasar rápidamente ante sus ojos, igual que en esas películas en que se suceden una serie de planos mudos y veloces que explican el júbilo de una pareja a lo largo del tiempo, y sabrán a qué nos referíamos cuando dijimos que, hasta hace poco, Olivia disfrutó de una *felicidad ondulada*.

Una noche, cuando llevaban alrededor de cuatro meses saliendo y casi dos semanas sin verse, Olivia telefoneó a Hugo y le pidió que el siguiente sábado se encontrasen en Managua, porque le apetecía visitar el parque natural del volcán Masaya: era tan dichosa en aquellas excursiones, le dijo, disfrutaba casi hasta el delirio de la suma de su amor y las selvas, las pirámides, su amor y los océanos, las cordilleras, las sabanas. Se embarcaron, él en Guatemala y ella en San José, en uno de esos pequeños aviones de hélices que comunican los países de Centroamérica y, en cuanto despegó, aunque había seguido sus acostumbrados rituales de la suerte, uno el día anterior, que consistía en ir a la Merced y encenderle a su ángel, por anticipado, las velas de todos los días que iba a pasar fuera de San José, y otro nada más embarcarse, que consistía en besar la cara de Rubén Darío en el billete de cien córdobas que le había regalado Hugo, Olivia supo que uno de los dos moriría, se le vinieron a la cabeza el accidente del amante de Isak Dinesen en *Memorias de África*, la desaparición del cazabombardero de Saint-Exupéry en Francia, la tragedia del novelista Jorge Ibarguengoitia y el poema de Yeats sobre el aviador que prevé su muerte: *sé que encontraré mi destino / en algún lugar entre las nubes; / no odio a aquellos contra quienes lucho, / no amo a aquellos a quienes defiendo...* Cuando, nada más aterrizar, vio a Hugo esperándola con un ramo amarillo y blanco de poro-poros y sacuanjoches en la mano, dejó caer estrepitosamente su maleta, sin importarle nada ni nadie, corrió hacia el resucitado y lloró sobre su hombro mientras le contaba aquel negro presagio y decía, con frases tajadas por las lágrimas, perdóname, mi amor, no te asustes, pensarás que soy una histérica, una desequilibrada, pero la

premonición era tan real y te quiero tanto, sólo pensar que podría perderte, Dios mío, creí que me volvía loca.

Aquel día visitaron el volcán Masaya, dieron un paseo por el Camino de Venecia, junto a la laguna; respiraron el olor del azufre asomados al cráter Santiago y bajaron a la cueva de Tzinancanostoc, pero al mirar las fotos de esos momentos que hay en el álbum de Olivia no se la ve feliz, sino preocupada, a veces con un gesto sombrío, sin duda porque aún estaría desazonada por los malos augurios que habían ennegrecido su vuelo entre San José y Managua y, sobre todo, porque estaba impaciente por desvelarle a Hugo la sorpresa que le tenía preparada y sentía miedo de su posible reacción.

La sorpresa de Olivia era que acababa de comprar una casa en las afueras de Managua, ya saben, la casa con un enorme árbol del popohoche en el centro del jardín; un lugar cercano e intermedio, le dijo, donde pudieran encontrarse cada fin de semana y pasar juntos las vacaciones; un paraíso imparcial en un país de nadie, tan aislado de su origen como de su destino, al margen de España y el Perú, de Costa Rica y Guatemala; un kilómetro cero donde olvidarse de ellos mismos, aquí no hay recuerdos, mi amor, aquí no hay más que ahora, le dijo, mientras se arrodillaba ante él y lo desnudaba sin perder el tiempo. En el diario de Olivia hay unos dibujos eróticos donde se los ve haciendo el amor en un sofá y en el jardín, a la orilla de la pileta, como la llamó Hugo; se les ve en diferentes posturas, él sobre su espalda, los dos de pie, ella con la cabeza entre sus piernas... Demos por buena esa sinopsis de aquella noche y permítannos que les hagamos reparar en algún pequeño detalle: miren la cara de Hugo: sus rasgos indios, que en la realidad son muy suaves, están aquí muy acentuados, lo mismo que su musculatura; y en cuanto a Olivia, vean que se ha dibujado una boca voluptuosa y unos pechos formidables que ella no tiene. No sabemos si así es como soñaba ser o si ésa era la imagen que tenía de ellos dos juntos: la vampiresa y el guerrero chorotega. O tal vez es sólo que los muchos vasos de pisco y tequila reposado que había bebido esa noche, para envalentonarse, tergiversaban las cosas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Olivia, jadeando, tendida en el pasto y un poco mareada, junto a la piscina de su nuevo jardín.

—Pura vida.

—¿Me quieres?

—La pucha, pues claro —Hugo encendió un cigarrillo.

—¿Te gusto?

—Sí.

—Sí qué —la voz de Olivia estaba un poco mellada por el alcohol—. ¿Te gustan mis manos, mis tetas, mi boca?... ¿Te gusto en la cama? ¿Estás satisfecho? Si no lo estás, dime qué quieres hacerme o qué quieres que te haga, lo que sea.

—Estoy bien, me acabaste macanudo, como dicen en la Argentina.

—Para ti ¿soy guapa?

—Y cómo no.

—¿Sabes cómo me siento? No te rías por lo que voy a decirte, ¿vale? —bebió un trago de la botella de tequila que tenían junto a ellos—. Me siento como las discípulas de Terapna. ¿Conoces la historia de Terapna?

—No, ¿quién era?

—Era hija de Lelex y Peridia.

—¿Y quién era Peridia?

—La madre de Tememos. ¿Te explico quién era Tememos?

—Pero bueno, qué vaina. Ya es suficiente. ¿Qué le pasó a la chica?

—Le construyó a Helena un templo milagroso —Olivia se sentó sobre Hugo y empezó a alisarle la frente, con dedos ensimismados—. ¿Sabes por qué era milagroso? Las griegas feas entraban en él para hacer ofrendas y libaciones en honor de la hija de Júpiter y salían de allí dotadas de una belleza prodigiosa.

—Y tú te sientes como las minas compuestas de Terapna. ¿Sabés qué, boluda? Los argentinos le dicen minas a las chicas.

—Sí, yo soy una de ellas y tú eres el templo mágico.

—Bonita historia.

—Pero antes de ti no me sentía de ese modo —Olivia rió con blandura, incongruentemente, cogió las manos de Hugo y las llevó a sus pechos—. Antes de ti, me sentía como Peribea, la mujer de todos a la que no conocía nadie.

—Mi profesora particular de griego, qué joda —él también sonrió, con los labios torcidos—. ¿Qué quieres decir?

—Dependiendo de los autores, Peribea fue la mujer o la amante de Ícaro, de Neptuno, del río Axio, de Telamón, de Eneo, de Marte, de Pólipo... Unos dicen que la vendieron al capitán de una nave, otros que fue subastada en Salamina y otros que se la compró Eneo a su padre. Nadie parece saber quién

era exactamente, pero todos hablan de ella como de una mercancía. ¿Te das cuenta? Es horrible pasar así por el mundo.

—Claro.

—Pero yo ahora ya sé quién soy: tu mujer, la mujer de Hugo Márquez. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí, supongo. Qué cojudo, el papá de Peribea, mira que venderla.

—Quiero que esto dure para siempre, ¿y tú? —Olivia empezó a acariciar las ingles de Hugo; luego empezó a chupar su pene—. ¿Te gusta?

—Sí.

—¿Lo hago bien? ¿Son buenas... mis mamadas?

—Sí, sí.

—¿Sabes que... nunca antes...? Ni siquiera... jamás había dicho... en voz alta... una palabra como ésa.

—Ah.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Sí, sí.

—¿Sí?

—Oh, sí, Olivia, sí.

Cuando terminó, Hugo se puso en pie y le ofreció la botella de tequila.

—Bebe no más —ordenó, desde lo alto.

—Lo que sea —dijo Olivia, cerrando los ojos, mientras el tequila quemaba su garganta—, puedes hacerme lo que sea.

—Lluvia dorada para mi putita —contestó Hugo—, mi ramera española.

—¿Me querrás para siempre? Dime que me querrás para siempre. Dímelo.

—Para siempre. Te querré para siempre. Ahora, date la vuelta.

Aquella noche, soñó con el viaje que, muy pronto, iban a hacer al Perú, tal y como se lo había pintado Hugo y ella lo había trazado, con tinta roja, en un mapa de la compañía ferroviaria Enafer. Soñó con el ascenso a Cuzco en un pequeño tren de cremallera; anticipó las selvas tupidas junto a las aguas feroces del río Urubamba, los paseos entre las ruinas sagradas de Machupicchu, la interminable noche de amor en el hotel de Aguascalientes, las excursiones a Izcuchaca, Ollantaytambo, Kenqo y Sacsayhuaman, la ruta Tambomachay-Pisaq-Paurcartambo-Madre de Dios y, por encima de todo, el fin de semana en Lima, con los padres de Hugo. ¿Qué impresión les iba a causar? ¿Cómo convenía presentarse? ¿Era mejor parecer habladora o introvertida, simpática o formal? ¿Qué ropa sería más adecuada: algo

humilde, suntuoso, desenfadado, elegante?... No pudo pedirle, una vez más, consejo a Hugo porque, al despertar, descubrió que se había marchado.

Esperó en la cama una media hora, aguardando que regresase con unas flores para ella, los periódicos o unos pasteles de maíz recién horneados, mientras hacía en su diario los dibujos de los que les hemos hablado. Pero Hugo no volvió. En un momento, sobresaltada, se abalanzó a mirar en su billetera, pero tuvo que avergonzarse de sus sospechas, al ver que el dinero estaba allí, miles de colones costarricenses y córdobas de Nicaragua. ¿No había llevado también, como acostumbraba y por si surgía algún problema, quinientos dólares norteamericanos? Esperó el domingo entero, segura de que al final todo encajaría en una explicación convincente, y reconstruyó por escrito, igual que si montase un rompecabezas, la última noche. Recordaba los episodios que les acabamos de contar y haber estado nadando, ya muy tarde, en la piscina, una ducha caliente en su alcoba y un tubo amarillo de somníferos. Nada más. Llamó varias veces al teléfono móvil de Hugo, pero estaba desconectado. El domingo se hizo viscoso y fue avanzando como una mancha oscura que se extendiese por un mantel.

El lunes, de vuelta en San José y en su despacho del Centro Cultural de España, intentó localizar a Hugo Márquez una, dos, cinco, diez veces en la embajada de Honduras en Guatemala, sin conseguirlo. También insistió con su móvil, pero en balde. Por la noche, en su casa del barrio de Amón, mientras intentaba comer una sopa de yuca y camote que le había dejado preparada doña Gertrudis, supo que no volvería a ver a su amante. ¿Por qué? ¿Por qué la abandonaba lo mismo que a un perro? ¿Qué le había negado? ¿Qué le dio de más? Cuando, ya de madrugada, fue a mirar su billete talismán de cien córdobas, descubrió que Hugo, quién si no, había tachado la mayor parte de los versos de Rubén Darío. Ahora sólo decía: *pequeña es la patria*.

—Dios mío —dijo, sintiendo venírsele encima un mundo de arañas, óxidos y hiedras—, ha tachado la palabra sueño. El maldito cabrón la ha tachado para toda la vida.

Y aquí tenemos a Olivia Istarú, al final de ese informe que les acabamos de

dar, sentada en un banco de la iglesia de la Merced, frente a su ángel que no dice Te imploré y fui escuchada, caí y Tu mano vino a levantarme o estaba perdida y Tú viniste en mi ayuda. Hoy viernes la han visto vagar por las calles de Managua, blanquísima de lino, bajo el sol que quema como una cortadura, cerca del lago, entre los barracones de comida dudosa y al pie de la catedral masticada por el terremoto.

—Fíjate en las torres —le dijo Hugo en una ocasión, según ella misma pone en su diario—, qué rara es la simetría de las cosas a punto de derrumbarse. Eso que dice César Moro, no sé si lo conoces, el equilibrio pasajero entre dos trenes que chocan.

Añadiremos que hoy es el tercer día de todo esto, que desde el miércoles, cuando huyó de su casa aterrorizada, Olivia deambula sin rumbo por la ciudad y duerme a la intemperie, igual que hicieron en 1972, la noche del terremoto, los habitantes de Managua que se salvaron del desastre, aquella gente a la deriva que se separaba de los edificios para ponerse a salvo del derrumbe.

Desde que Hugo Márquez la abandonó sin una palabra, han pasado tres meses, y algo más de uno y medio desde que se fue de San José para instalarse en su casa de Managua. Cuando salió de Costa Rica lo hizo para disfrutar de sus treinta días de vacaciones anuales; pero éstos, como les acabamos de decir, ya han acabado sin que ella dé señales de vida en el Centro Cultural de España. Por ese motivo nos llamaron, para encontrarla, vigilar sus pasos y hacer este informe. No hay mucho que contar acerca de este tiempo: sencillamente, Olivia ha pasado la mayor parte de estos cincuenta días sentada en la oscuridad, tomando una mezcla de tranquilizantes y tequila y escuchando durante horas el zumbido geométrico de los mosquitos. A veces, escribe un par de frases inconexas en su diario, graba monólogos obsesivos en una cinta de casete o sale y se acerca al banco para sacar dinero, sube al colectivo, come cualquier cosa en una pulpería. Hace alrededor de una semana, una tarde en que estaba en su cuarto, con un libro vacío en la mano, empezó a ver que los muros de su casa se movían.

Sí, los muros de su casa se mueven, eso es lo que hemos dicho, se van cerrando poco a poco, cada día medio metro, para emparedarla. Al principio, sólo notaba algo extraño, muebles y objetos que parecían aproximarse, y cosas así, pero ahora ha ido viendo con claridad cómo las paredes avanzan y le roban el espacio, la quieren eliminar, borrarla del mundo, convertirla en

una simple tachadura. Eso es lo que ella ha escrito. Ha querido empujar las paredes, les ha dado puñetazos y ha cargado contra ellas con el hombro, pero no retroceden, siguen cercándola, medio metro y al día siguiente otro medio. El miércoles, al despertar, los cuatro muros de su alcoba ya formaban sólo un pequeño cuadrado alrededor de ella y casi la aplastaban: una noche más, se dijo, y todo habría terminado. Salió de allí como pudo, por la ventana, forcejeando hasta dejarse caer sobre las magnolias del jardín. Debió de estar tumbada en ese lugar bastante tiempo, porque su silueta aún se reconoce, si se fijan, sobre las plantas tronchadas. Ahí lo tienen, toda una metáfora de algo, quién sabe exactamente de qué: flores muertas en forma de mujer caída.

Olivia deambula desde hace tres días por Managua, camina entre los barracones y observa obsesivamente la catedral malherida por el terremoto, intentando ver algo en sus muros. No sabemos qué algo, si una señal o una respuesta. Hoy, como han podido comprobar, se ha acercado a la iglesia de la Merced y vean que acaba de quitar su ángel de entre los otros que hay en el altar y camina de nuevo por las calles con una expresión dura en el rostro, que parece tallado en madera. Camina hacia el lago Managua con su estatua sin leyenda en la mano. Ahora ya ha pasado al otro lado de los barracones y baja el pequeño desnivel. Mírenla con atención, ésta es una imagen que no pueden perderse. Vean cómo se acerca al agua.

---

**Las banderas son para los idiotas**

—Ya yo voy a contarte qué hago aquí en La Habana, cómo fue que un barrendero de Barcelona, Doroteo Nomen, para servirte, llegó a Cuba y hoy vive de lo que todos en la isla, compañero, con mucha dignidad y de lo que caiga, aunque, desde que me emplearon en el hotel Nacional las cosas no diré que vayan sobre ruedas, ya tú sabes, pero entre eso y lo que me saco de guía, llevando a los turistas españoles a la Plaza de Armas, con sus puestitos de libros viejos; a la casa de José Martí o al hotel Ambos Mundos para que vean la habitación de Hemingway, que eso les encanta, ver su máquina de escribir, la gorra blanca y las botas de pescador, los telegramas de la Western Union, las cartas y el estuche para los espejuelos de una óptica de la calle O'Reilly, bueno pues que entre una cosa y otra, ya digo, se va tirando, porque ya tú vas a saber una cosa y es que en Cuba he vuelto a nacer, como las hojas de los platiserios sobre los troncos de malanga, aquí la gente es para comérsela de buena, puro chocolate, dulce igual que la guanábana y el mamey, éste es un pueblo sin prejuicios, aquí todo se junta igual que la carne, el ají y las papas en la olla, no sé si ya tú probaste en alguna paladar ese plato humilde y sabroso, el ajiaco que le dicen, ésta es una nación mulata, aquí no hay blancos ni negros, no hay como en Barcelona, y mira que me sabe mal decirlo, catalanes o charnegos, la gente sabe que todos vienen de todas partes, igual que en ese poema de Nicolás Guillén que yo sé decir de memoria para los turistas: *Esta mujer angélica de ojos septentrionales, / que vive atenta al ritmo de su sangre europea, / ignora que en lo hondo de ese ritmo golpea / un negro el parche duro de roncros atabales. / Bajo la línea escueta de su nariz aguda / la boca, en fino trazo, traza una raya breve; / y no hay cuervo que manche la geografía de nieve / de su carne, que fulge temblorosa y desnuda. / Ah, mi señora. Mírate las venas misteriosas; / boga en el agua viva que allá dentro te fluye, / y ve pasando lirios, nelumbos, lotos, rosas; / que ya verás, inquieta, junto a la fresca orilla, / la dulce sombra oscura del abuelo que huye, / el que rizó por siempre tu cabeza amarilla;* y no sé yo qué tú piensas, pero para mí que viva la Revolución y bendito sea el Comandante, antes de Fidel esto era el prostíbulo de los Estados Unidos, ya tú sabes, jineteras, mafia, casinos, dinero negro, no tienes nada más que ver lo que le

están haciendo al país los gusanos de Miami, éstos son los auténticos enemigos de nosotros, los que mantienen el bloqueo que deja sin medicinas y sin pan a los niños, no sé si ya tú sabes lo que tienen hablado con los yanquis, lo de los tres días desde que muera Fidel Castro para venir aquí con licencia para matar, ése es el acuerdo, setenta y dos horas de crímenes y al cuarto día la democracia, la reconciliación nacional y todo eso, aunque si te preguntas ¿y luego qué?, ya yo te lo digo, por fuera los McDonald's y los bluyín Levi's, pero por dentro vuelta a los casinos, las drogas, el dinero sucio, las jineteras de trece años y a escribir La Habana con uve, compañero; pero, en fin, dime qué tú quieres hacer hoy, si te apetece ir a ver la comandancia del Che Guevara o que te lleve a una casa disquera a comprar algo de buena música, ya sabes, Benny Moré, La Lupe, el Trío Matamoros, Bola de Nieve y todo eso; o nos metemos por La Habana vieja, para que tú veas la verdad de Cuba, la gente real, nada de guayaberas, maracas y machetes, qué disparate; o vamos a la casa de José Lezama Lima, calle Trocadero 162, tú que eres periodista lo conocerás seguro al autor de *Paradiso y Dador*, y luego te puedo enseñar el despacho de Nicolás Guillén en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, yo no sé si es verdad, pero dicen que lo puso justo en ese cuarto porque ahí es donde se mató de un tiro el dueño de la casa cuando se acercaban las tropas de Fidel; y podemos acabar en la casa de Dulce María Loynaz, en 19 y E, gran poeta, ya tú sabes, ganadora del Premio Cervantes en 1992, a ella la vieron en España cuando tenía noventa años pero yo he visto muchas fotografías y sé que era tan bonita de joven, cuando Juan Ramón Jiménez la llamó *ardiente y nieve, carne y espectro, volcancito en flor*, ¿te sorprende que un pobre barrendero de Cornellà, Doroteo Nomen, para servirte, te hable de poetas?, pues recuerda que te dije que en Cuba he vuelto a nacer, ¿quieres otra retahíla de lo que dijo Juan Ramón de Dulce María?, la llamó *arcaica y nueva, realidad fosforecida de su propia poesía increíblemente humana, letra fresca, tierna, ingrávida, rica de abandono, sentimiento y mística ironía en sus hojas rayadas de cuaderno práctico, como rosas envueltas en lo corriente*, fíjate qué aprendí en La Habana, aunque al principio no fue tan fácil, antes de establecerme aquí y ser guía hice de todo en todas partes, me pasaba el día subido a una guagua, yendo de aquí para allá, vendí cocos en las carreteras de San Cristóbal, arranqué tiras del bombonaje para hacer sombreros de jipijapa en Trinidad, corté madera de yaití para fabricar vigas en Cienfuegos, trabajé como albañil en Cárdenas y

estuve en una hacienda de Santiago de Cuba sacándole la yagua a las palmas reales para envolver tabaco en rama, todo eso y alguna otra cosa, pero bueno, vámonos malecón adelante y cuando lleguemos al Centro Cultural de España, entre Prado y Capdevila, torcemos a la izquierda y estamos en Trocadero, en la casa de José Lezama Lima, para que veas dónde escribió *Oppiano Licario*, *Fragmentos a su imán*, *Enemigo rumor* o *Paradiso*, la gran novela de La Habana, y para que oigas cacarear a los gallos de pelea que crían los vecinos de arriba; no perdamos el tiempo, hay que ir siempre adelante y pasarla bien que, si no, te descuidas y en lo que el palo va y regresa, te muerde el perro, como dicen aquí en Cuba.

La primera vez que oí hablar de Doroteo Nomen fue hace cinco años, pero el primer paso que di hacia él, aún sin yo saberlo, fue hace diez. Por entonces yo era periodista, trabajaba en *Diario 16* y acababa de conseguir que me trasladasen desde Madrid a la redacción de Barcelona. Estaba contento por dos motivos: adoro Barcelona y en Madrid estaba rodeado de imbéciles, de manera que en cuanto bajé del avión y me instalé en la calle Maestro Pérez Cabrero, muy cerca de donde vivió mi amigo el poeta Jaime Gil de Biedma, me sentí como un perro sacudiéndose el agua de un charco.

Nada más llegar, fui a hacerle una entrevista al escritor Juan Marsé, que acababa de publicar su novela *El embrujo de Shanghai*. Lo fui a ver a su antigua casa de la calle Sicília y, después de media hora de conversación sobre los maquis y la Barcelona de posguerra; después de hablar de aquella parte de la ciudad que él retrataba, la plaza Rovira, el parque Güell, la calle Providència o el paseo de Gràcia, y de los personajes de su libro, Nandu Forcat, Susana, el capitán Blay, Finito Chacón, Sucre y el Kim, le hice la pregunta en la que inevitablemente desagan todas las entrevistas: ¿qué está preparando ahora, cuál será su próximo trabajo?

—Bueno, ya me gustaría a mí saberlo, pero aún es pronto —dice Marsé en esa entrevista, publicada en junio de 1993—. Por ahora, sólo me apetece pensar en leer, no en escribir. Para más adelante, tengo varias cosas entre manos, un libro sobre cine y otro de dobles retratos, donde se intenta buscar la relación entre dos personajes aparentemente inconexos; también me

empieza a rondar, aunque todavía en la distancia, la idea de una novela nueva y, claro, deberé ponerme a organizar un libro que va a salir con todos mis cuentos.

—Ese tomo ¿reunirá sólo sus relatos aparecidos en *Teniente Bravo* o también habrá textos inéditos?

—Estarán, como es lógico, los publicados ahí y los que salieron después de 1987 en algún periódico, revista o libro colectivo, pero también trataré de acabar cuatro o cinco que tengo a medias. Eso es lo peor de este trabajo, el agua estancada de las cosas a medio hacer. Ya sabes lo que decía Camus: libros medio leídos, páginas medio escritas, mujeres medio poseídas...

—¿Por qué se deja un relato sin terminar? ¿Por holgazanería, por indecisión o por impotencia? Cuando uno lee libros suyos como *Un día volveré*, *Si te dicen que caí* o *Últimas tardes con Teresa*, tiene la impresión de que usted es un narrador capaz de salir de cualquier atolladero.

—Hay de todo, supongo. No sé lo que les ocurrirá a otros colegas, porque esto no es como las matemáticas y aquí lo que a uno le suma cuatro a otro le suma cinco o doce; pero yo, desde luego, cuando abandono algo suele ser, básicamente, por falta de convicción.

—Y entre esos cuentos que le hubiese gustado acabar y no quiso o no pudo, ¿hay alguno que le guste en especial?

—Sí, sí, hay varios.

—¿Por ejemplo?

—No voy a responder. No me gusta hablar de lo que no existe.

—¿Por superstición?

—Más bien por prudencia. Imagínate, alguien podría llegar a decir: no me gustan los libros de Marsé, lo único suyo que ha llegado a interesarme es aquel cuento que no escribió del que hablaba en *Diario 16*.

Así acababa mi entrevista con Juan Marsé de hace diez años, pero así es también como empieza esta historia, porque aquella mañana, después de dar por concluido el interrogatorio y de apagar la grabadora, seguimos hablando, al principio de Jaime Gil de Biedma, de quien él había sido uña y carne y con quien yo mantuve, a partir de 1983 o 1984, cuando me lo presentó en Granada el poeta Luis García Montero, una relación bastante estrecha, y luego de otros amigos comunes como Ana María Moix, Ignacio Martínez de Pisón o Enrique Vila-Matas cuyos nombres se fueron soldando unos a otros y formaron una especie de andamio que hizo que, al final de la tarde, después

de haber comido unas *escudelles amb carn d'olla* en un restaurante del Guinardó y de compartir unas cuantas copas en un bar de la calle Cerdeña, Juan y yo también fuéramos ya amigos. Antes de la despedida, mientras paseábamos por las Ramblas, volví a mencionar el tema de los cuentos inéditos o a medio hacer, que me había intrigado, y me prometió que en cuanto los revisase, si alguno le parecía digno de ser enseñado, me lo dejaría leer.

—Y no dejes de llamar de vez en cuando, chaval —dijo, torciendo una sonrisa de ex boxeador al otro lado de la puerta amarilla de un taxi.

Viví feliz tres años en Barcelona, primero en el piso de la calle Maestro Pérez Cabrero y después en otro de la calle Roselló casi esquina con Sicília, es decir, a poco más de una manzana de la Sagrada Familia, y durante ese tiempo aprendí a querer a esa ciudad y a sus habitantes, tan aristócratas de sí mismos, por decirlo de alguna manera; al menos así eran las personas con las que me relacionaba, gente muy de *la ceba*, como ellos dicen, muy catalana y orgullosa de serlo, pero generosa y hospitalaria con quienes eran capaces de respetar su cultura. Claro que me encontré también con algún pisaverde, tres o cuatro atorrantes y algún *pocavergonya*, pero por lo general disfruté cada minuto sin obligaciones que pasé allí. Desde luego, trabajaba a destajo cinco días a la semana, cubriendo para *Diario 16* la mayoría de los acontecimientos culturales que ocurrían en la ciudad, lo cual era como hacer mi propia Muralla China: entrevistaba a escritores, bailarines, paleontólogos, arquitectos y catedráticos, iba a ruedas de prensa, asistía a inauguraciones, conciertos, mesas redondas, festivales de cine, estrenos de teatro, recitales y conferencias, leía libros, miraba óleos, esculturas e instalaciones, oía orquestas sinfónicas, bandas de jazz y grupos de rock, una mañana le ponía la grabadora delante a Vargas Llosa y otra a John Ashbery, hoy a Keith Richards, mañana a Tàpies o Patricia Highsmith, pasado a David Hockney, Alfredo Kraus, Marguerite Duras, García Márquez, Borges, Nuria Espert, Martin Amis, Paul McCartney, Joan Brossa, Octavio Paz o Ana María Matute, por decir sólo algunos nombres sonoros, aunque hubo muchos más de segundo o tercer orden, más poetas, actrices, fotógrafos, sopranos,

dramaturgos... Todo pasaba muy rápido y yo era el flautista que bailaba al ritmo de las serpientes, pero pronto dejó de importarme. En cuanto salía del huracán, dejaba de dar vueltas y me dedicaba a mi vida, sin más. Ya sé que a la mayor parte de los artistas que andan por ahí, esos seres neuróticos, egocéntricos, megalómanos y demás esdrújulas, les costará creer que un simple reportero tenga una existencia propia al margen de sus porque yo; pero qué quieren que les diga, esa gente no ve nada más que dos cosas en este mundo, la gloria y a ellos mismos, y piensan que tú eres el transbordador que tiene que llevarlos de una orilla a la otra. Hay que ver, si la vanidad brillara habría que acercarse a algunos de esos tipos con gafas de soldar, para protegerse los ojos.

Poco a poco, aprendí a robarle madera a la carcoma, si me permiten la expresión, le fui ganando tiempo al tiempo y empecé a disfrutar de la ciudad. Me gustaba ir a los sitios de las novelas de Marsé, tomar cada mediodía un aperitivo en un bar de la calle Camèlies, por lo general un vermut con una tapa de *peu i tripa* o unas *mandonguilles amb sèpia i gambes*; y luego comer, según el día, en un restaurante del Torrent de les Flors, la Providència o la calle Sant Salvador, junto a los jardines del Mestre Balcells; los dos sábados al mes que tenía libres me gustaba subir hasta el Carmelo o sentarme a leer al sol en un banco del parque Güell y, a veces, en la Plaçeta del Pi, junto a la iglesia de Santa María, con un bocadillo y un par de latas de cerveza en la mochila, y los domingos correspondientes subía en tranvía al Tibidabo para mirar el Vallès, o tomaba en la estación del Paral·lel el funicular a Montjuïc. Los dos lunes y martes que no iba al periódico, por haber trabajado el fin de semana, me dedicaba a deambular por las Ramblas y alrededores, a comer en una tabernita de la plaza Sanllehy un revuelto de *múrgulas* y, de postre, *mel i mató* o, cuando hacía buen tiempo, a pasarme horas sentado en la playa leyendo a Salvador Espriu, mi principal afición en esa época en la que me enamoré del idioma catalán y me empeñé en aprenderlo: *Clapiten gossos / al meu voltant. Rastregen / caça segura*. Después, para la cena, una *freginada de peixes* y de vuelta a mi casa de la calle Roselló. Qué ganas me dan de volver a Barcelona ahora mismo, mientras les cuento esta historia y se me vienen encima todos sus colores, sus sonidos y sus sabores.

Pero lo mejor de todo eran las tardes con Juan Marsé y con los otros camaradas viejos y nuevos de la ciudad, esas tardes anchas y limpias de Barcelona en las que da gusto conversar sin prisa y adentrarse en la noche sin

mirar el reloj, porque la vida parece armónica y espaciosa, hecha para compartir whiskys y confidencias con los amigos. Eso es lo bueno del alcohol, que produce la misma sensación de felicidad que flotar en el mar con los ojos cerrados, sólo que el líquido, en lugar de estar fuera, está dentro. Los abstemios no tienen amigos, estoy seguro.

En los rincones de todo eso, empezaron a aparecer otra vez los imbéciles. Eran los mismos de Madrid, con la única diferencia de que eran otros: la inteligencia y la bondad son siempre diversas, están llenas de matices y cambios según cada persona, pero la estupidez y la maldad son uniformes, siempre están hechas de las mismas envidias, calumnias y puñaladas por la espalda, el mismo corporativismo cuartelero, la misma suma de incompetencia, hipocresía, vagancia y mezquindad. Los imbéciles siempre son oportunistas, y los que me encontré en Catalunya aprovechaban el nacionalismo para explotar enfrentamientos, fingir agravios, avivar tópicos o forzar discusiones, intentaban transformar su cultura en una frontera y su idioma en una barricada. El caso es que yo nunca me he llevado bien con esa gente y creo que la diferencia entre los países y las patrias es la misma que hay entre la lluvia y los charcos, de modo que empecé a tener algunos disgustos.

Una tarde en que estaba comiendo con Juan Marsé en uno de sus lugares predilectos, el restaurante Leopoldo de la calle Sant Rafael, en pleno barrio chino, le conté alguna de esas discusiones que me enfurecían pero también me llenaban de impotencia, porque los demagogos ejercen sobre la realidad una fuerza centrífuga, alejan las cosas del centro, las mezclan y las desfiguran, de modo que todo el tiempo convierten lo que es en lo que no es y lo que dices en lo que no has dicho. Entonces, cuando menos lo esperaba, volvió a salir el tema de los cuentos inéditos de Marsé y, como consecuencia, yo di un segundo paso hacia Doroteo Nomen y hacia La Habana, esta ciudad magnética donde, ahora mismo, encerrado en la habitación 835 del hotel Nacional, escribo esta historia. Qué raro, ¿verdad?, tener en los ojos el mar Caribe y en la cabeza el sabor de la *cua de bou* estofada del restaurante Leopoldo.

—Sí, sí, es desesperante todo eso —dijo Marsé—. A mí siempre me ha apetecido escribir un relato contra las banderas. De hecho, tengo un par de ellos a medio acabar.

—¿En serio?

—Sí. Uno es la historia de un atleta, un corredor de distancias largas que gana la medalla de oro de cinco mil metros, en las Olimpiadas de Barcelona. Tiene que ser nacido, por ejemplo, en Sabadell, pero de origen murciano, esto es muy importante, que sea hijo de un charnego, un chaval al que le ha costado sangre, sudor y lágrimas llegar hasta donde está, y eso es lo primero que se cuenta en el relato, con dos o tres pinceladas, en el instante en que está a punto de llegar a la meta, en los últimos veinte o treinta segundos, cuando mira atrás y ve que va solo, que sus perseguidores están lejos y él va a ser campeón.

—Qué buena idea, empezar así, en ese punto tan tenso. Aún no sabes si el chico va a ganar o no; y se podría caer, o algo.

—Pero no se cae, ni nada. El caso es que cruza la meta, el estadio estalla en una ovación impresionante, la muchedumbre corea su nombre y él llora mientras sigue corriendo para dar la vuelta de honor. Aún no puede casi creer lo que acaba de conseguir, es como si la incredulidad fuera una especie de maleza entre la que tiene que abrirse paso, o un túnel. Al pasar junto a los otros atletas del equipo nacional, le dan la bandera olímpica y él sigue adelante, con ella en la mano, apretando el mástil con tanta fuerza que se hace daño en los dedos, pero no le importa, se dice esta bandera blanca, Dios mío, con sus cinco aros, el símbolo de todos los deportistas del mundo. Un poco más adelante, le dan la bandera de Europa y él continúa su vuelta de honor, ahora con las dos banderas, una en cada mano. Después, se acerca a las gradas, alguien de entre la multitud le da la bandera de España y, al volver a la pista, ya sólo con esa enseña, los aplausos se recrudecen. Un poco más adelante, sin embargo, oye que le gritan con furia, desde otra zona del pabellón: «*Escolta tú, no sigues desagrait, recorda que ets català!*». Y él sabe que es cierto, es catalán de Sabadell y no quiere ser desagradecido, siempre ha entrenado en Girona y los tres últimos años la Generalitat le concedió una beca, de modo que se va hacia esos espectadores para que le den una *senyera* y sigue su camino ondeándola orgullosamente, viendo cómo flamea al viento, el zarpazo de las barras rojas en medio de las amarillas. Pero unos veinte o treinta metros más allá, en el momento en que empieza a estar ya algo fatigado, llega hasta las localidades donde se sienta su familia, se abraza a sus padres, sus hermanos y demás parientes, y justo antes de volver a la pista, un tío carnal suyo le dice: «Niño, no te avergüences de tus raíces y dale una alegría a tu padre». Y le entrega una bandera de Murcia. Más

adelante, cuando el muchacho ya va un poco abrumado y las piernas empiezan a no responderle, alguien le pone en la mano ya abarrotada una bandera de Sabadell y, casi al final, otra del ayuntamiento del pueblo de su padre, Elche de la Sierra... El cuento se puede acabar de dos formas: o el chico termina su vuelta de honor y se queda solo en el vestuario, con la mirada perdida y todas las banderas a sus pies, sintiéndose como una gacela despedazada por los leones; o alguien, no se sabe si accidentalmente o a propósito, lo mata de un banderazo. No sé, ya lo decidiré en su momento, si es que algún día lo termino.

Le dije a Marsé que el relato me parecía inteligente y lleno de humor negro, tan visual y con tanto movimiento.

—Me encanta, Juan, ¡es una idea magnífica! En serio. Tienes que acabarlo cuanto antes.

—Quién sabe. Igual hago ése o a lo mejor me decido por otro que tengo sobre el mismo tema, basado en la historia de aquel barrendero de Cornellà al que acusaron de profanación antipatriótica, no sé si te acuerdas o lo leíste en los periódicos de hace unos años, aunque quizá fueras muy joven. Se llamaba Doroteo Nomen y siempre he querido escribir un cuento basado en su historia. De momento, sólo he hecho un esbozo.

Yo no sabía nada del barrendero de Cornellà y ésa fue, por tanto, la primera vez que oí nombrar a Doroteo Nomen. Quién hubiese dicho que unos años más tarde —o sea, ahora— iba a hacer un viaje tan largo para conocerlo y escribir un artículo sobre su extraña aventura. Y sin embargo, aquí estoy, en La Habana, en el cuarto 835 del hotel Nacional, mirando pasar junto al malecón los increíbles coches Buick, Ford, Packard o Chevrolet de más de setenta años que sobreviven como un museo andante en esta ciudad, y Doroteo acaba de llamar desde la recepción para decirme, con su rocambolesca voz de catalán con acento cubano:

—¿Ya tú estás listo para lo de hoy? Pues échale candela y baja, que te voy a enseñar las fotos de los artistas que se alojaron aquí en el hotel Nacional de Cuba y después, en una hora, nos recoge la compañera Cecilia Labrada, muy amiga de nosotros, para llevarnos en su carro hasta la Finca Vigía, la casa de Hemingway en San Francisco de Paula. Cecilia trabaja allí de encargada y hoy es su día libre, pero nos va a atender y te enseñará la casa por dentro, que así no la ve nadie porque está prohibido, el público sólo mira las habitaciones desde el jardín. Estás de suerte, compañero.

—Los de fuera y los de dentro, camarada, en aquellos años aquí durmió todo el mundo que era alguien, ¿me explico?, si estabas con los que cortan el bacalao, eras cliente del hotel Nacional de Cuba, ya tú ves, Gary Cooper, Errol Flynn, Tyrone Power, Buster Keaton y hasta Johnny Weissmuller; mira, aquél es el Marlon Brando, ahí están Fred Astaire y la Rita Hayworth, ésta es María Félix, el de más allá Walt Disney y el de al lado John Wayne, y todos durmieron encima de un antiguo polvorín, seguro que eso no lo sabían, pero el hotel Nacional está construido sobre la batería Santa Clara, que era un puesto defensivo de nosotros los españoles, igual que lo que hay en el Morro, no sé si ya lo viste, la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, que es donde montó su comandancia el Che Guevara al entrar en la ciudad y donde ahora está su museo, aunque no sé si te apetecerá ir, porque a decir verdad no es gran cosa, sólo se ven algunas condecoraciones, los billetes y las monedas de tres pesos con su cara, su fusil M-1 y su ametralladora Herstal, cosas de ese tipo, aunque yo sé bien qué tú prefieres, te gusta más saber que Ava Gardner y Frank Sinatra vinieron aquí a pasar su luna de miel, fíjate, ahí mismito los tienes, fotografiados en el *lobby*, dicen que él se pasaba el día emborrachándose en el bar y ella se pasaba las noches buscando mulatos por La Habana vieja, ¿qué te parece?, aquí debía de pasar de todo, se daban conciertos, tocaron sabrosos como Nat King Cole, Benny Moré, Agustín Lara y Bola de Nieve, menudo cartel; venían boxeadores como Jack Dempsey o Mohamed Alí, rodeados por sus guapas pegajosas como la savia del cuajaní, que es igual que la goma arábiga, y en uno de los salones se celebró un combate de Rocky Marciano, míralos ahí a todos, junto a la columna; ¿sabes qué pienso a veces?, pues en las cosas fantásticas que ahora tendría yo si en lugar de ser barrendero en Barcelona lo hubiese sido en La Habana de aquellos años, ¿te imaginas?, allí en España te encontrabas cosas en las calles, entre las hojas, sobre todo los lunes, yo encontré una vez un reloj de oro en la calle Dos de Maig; encontré una sortija con un diamante en la plaza de Puig i Alfonso, junto al Parc del Guinardó, y una alianza de matrimonio en la calle Muntanya; encontré una cartera con un montón de parné, en la calle Trinxant, y una pierna ortopédica en la Rambla de Volart, apoyada en un

coche; y si te preguntas qué hice con todo eso, pues la verdad es que la alianza y la pierna las dejé en la Plaça Sant Jaume, en donde lo de objetos perdidos del ayuntamiento, que se supone que es lo que estaba establecido, pero lo otro me lo quedé y lo vendí en una casa de empeños, como hacíamos todos; en cualquier caso, lo normal era no encontrar nada o, como mucho, dar de vez en cuando con alguna zarandaja, pero mi niño, piensa qué hubiese pasado si yo hubiese sido barrendero en Cuba en aquel tiempo, si me hubiera venido con mi escoba aquí al hotel Nacional, al cabaret Tropicana o a cualquiera de los casinos de la ciudad, imagínate las joyas y las carteras llenas de dólares que perderían el Errol Flynn y Tyrone Power, ya te digo, o la Rita Hayworth, menudos brazaletes y anillos de platino debía perder la famosa Gilda cuanto estaba cogorza, o sea, según dicen, casi siempre; o el Frank Sinatra, ése el que más, seguro, ése tenía que ir dejando un reguero de dólares por donde pasaba, con todos aquellos amigos de la mafia de Nueva York que tenía, no sé si ya tú sabes, por cierto, que en el hotel Nacional también se hospedaban algunos de éstos, tahúres, gángsters y todo eso, mira, por ejemplo, este individuo es Luigi Santos Traficanti, el que envió la CIA para envenenar a Fidel en una cena del hotel Habana Libre, pero fue descubierto y lo deportaron; aunque como a ti lo que te gustan son los escritores, seguro que ya te habrás fijado en las fotos de Jean Paul Sartre, Alejo Carpentier y Gabriel García Márquez, gran amigo del Comandante; y cómo no, para terminar, aquí está Spencer Tracy, cuando vino a rodar a la isla *El viejo y el mar*, que lo he dejado el último porque a él venía a visitarlo cada tarde Hemingway, paseaban juntos ahí por el jardín, bajo los cocos y frente al mar, y se sentaban en aquella mesa a hablar del guión de la película; y ahora vamos a la calle, que debe estar a punto de llegar la compañera Cecilia Labrada, que ya verás qué bonita es, para llevarnos a la Finca Vigía, ya yo te dije que te iba a preparar una buena excursión, así me recomendarás a tus colegas que vengan para La Habana, tengo que ser un buen guía que, si no, cuando alguna vez, Dios no lo quiera, me despidan del hotel Nacional, tendré que comer hojas de yamao, lo mismo que el ganado; pero mira, allí está Cecilia, en su Packard verde, qué linda muchacha, compañero, con sus ojos azules, su piel tostada y su pelo suavito que cuando lo remueve el aire parece algo del fondo del mar; ella no es como las prietas zalameras de Rocky Marciano, Errol Flynn y los de la cosa nostra, qué va, porque, ¿sabes?, éstas a lo mejor se parecen al árbol que te digo más de lo que tú crees, ¿y ya tú sabes

qué ocurre con el cuajaní?, pues que su savia sirve como adhesivo, pero sus semillas son venenosas: si las pruebas, estás muerto. Cecilia es justo al revés, auténtica canela en rama, la miras y te sientes como un salmón pegando saltos en un río.

Me gustaba escuchar a Doroteo Nomen, su discurso sin fondo que parecía alimentarse a sí mismo y darle luz igual que una dinamo, porque cuanto más hablaba, más parecía entusiasmarse. Al final, parte de lo que decía el barrendero de Cornellà exiliado en La Habana se convertía en una especie de música, y en alguna ocasión en que estuvimos tomando daiquirís en las tabernitas de la calle Cienfuegos o de la calle Amargura que él prefería, me pareció que su cháchara armonizaba de un modo admirable con las canciones de Merceditas Valdés, Mongo Santamaría o Celeste Mendoza que se escuchaban por los altoparlantes, como él los llamaba, lo mismo que si su voz fuera algo de la familia de las congas, las maracas, las trompetas y los bongos. La verdad es que, a partir de la tercera copa, me sentía muy bien con Doroteo, casi tanto como en mis tiempos de Barcelona, y además a él se le soltaba la lengua y me iba contando cosas de su vida, que a eso había venido yo a Cuba, a escuchar su historia y a escribir este artículo. Por cierto que la tarifa de Doroteo Nomen era más bien modesta: doscientos dólares por conceder la entrevista para el periódico y quince diarios por hacerme de guía.

—¿Qué es lo que más echas de menos de España? —le pregunté, según salíamos de La Habana y enfilábamos la Monumental rumbo a San Francisco de Paula. El viejo Packard de Cecilia Labrada sonaba a una mezcla de león y máquina de coser. En la radio, se oía una guajira de Abelardo Barroso. ¿De verdad habían pasado los últimos setenta años y existían cosas llamadas Internet y teléfono móvil?

—Bueno, pues..., hay cosas que sí las extraño, sí —dijo Doroteo Nomen —, no sé, el sabor de algunas comidas, el *bacallà amb tomàquet*, por ejemplo, o una buena *escudella i carn d'olla*; me acuerdo de los domingos en la Barceloneta o en el Camp Nou, que yo soy culé hasta las tripas y era *soci*, tú, de los de las gradas altas del fondo norte; pero ahora me doy cuenta que todo lo que me da nostalgia eran cosas del domingo, las tardes de partido,

sobre todo en la época del Cruyff y el Neeskens; un bar de la Rambla de Canaletas donde solía tomar vino del Penedès y *maduixes al pebre* o los paseos a los que me llevaba mi padre cuando era niño, casi siempre por el barrio de Gràcia, nos iba enseñando a mis hermanos y a mí la Illa de la Discòrdia, ya tú sabes, donde están la Casa Batlló, la Casa Amatller, que parece una pirámide, y la Casa Lleó Morera; luego íbamos a la Plaça Rius i Taulet a mirar la Torre del Relotge y tomar algún refresco y un cartucho de *menjar blanc* en los cafés de por allí, y después a la Plaça de la Virreina; qué bien me acuerdo de todo eso, más que de las cosas que he hecho hace diez minutos, es como si hoy mismo me hubiese llevado mi padre, que en paz descansa, a una excursión de ésas: después de ver la iglesia de Sant Joan de Gràcia, pasábamos por el Parc de les Aigües, al otro lado de la Ronda del Guinardó, y subíamos por la Travessera de Dalt hasta el parque Güell, qué bonito que es, ¿no?, con su escalera rara, sus dragones, sus fuentes y sus chimeneas, y luego bajábamos por el Santuari de Sant Josep de la Muntanya hasta llegar al palacio de La Pedrera y la Casa de les Punxes, joder que si me acuerdo de esas cosas, camarada, como si las estuviera viendo.

—¿Tu familia vivió siempre en Cornellà de Llobregat?

—Siempre, claro. Mi padre iba a Barcelona cada mañana, en el tren de las siete y cuarto. Trabajaba como conserje en una casa de la calle Montsió, en pleno barrio gótico. El Barri Gòtic, que le decía él. Luego tengo unos tíos que viven por la zona, en Esplugues, y otros que estaban en L'Hospitalet, mi tío Manolo y mi tía Lucrecia, pero éstos murieron y mis primas vendieron el piso, creo que ahora una vive en Santa Coloma de Gramenet y otra en el extremo contrario, en Sant Joan Despí. La más pequeña, la Maxi, se volvió hace tres o cuatro años a Murcia, tiene una tienda de ultramarinos en Caravaca de la Cruz. La Maxi me escribe siempre por Navidades y me cuenta cosas de la familia, aunque aquí en Cuba, compañero, lo de las cartas es una güevada, igual te llegan en febrero que en junio, pero ¿y qué tú le vas a hacer? Yo a quien más quería era al tío Manolo, que me llevaba al fútbol, aunque sólo a Sarrià, que él era del Español, periquito de arriba abajo y antiblaugrana acérrimo. Joder lo que le gustaba aquel centrocampista que luego se fue al Valencia, el Solsona, ¿tú lo recuerdas o eres demasiado joven?

—¿Tu padre era feliz en Barcelona?

—¡Hombre, qué pregunta! Pues yo no sé, era un hombre que lo hacía todo *amb bona intenció*, como él habría dicho, porque aunque era murciano, de

Archena, se esforzaba en chapurrear el catalán, decía siempre *autoservei, saló recreatiu* o *carnisseria*, por respeto a esta gente, según explicaba, pero yo creo que más bien debían reírse de él cuando le oían hablar el «catalanglis», ¿no?, todo aquello de «voy a que me afeiten a la *perruqueria*», «voy a sacar dinero a la *caixa d'estalvis*» y tal y cual. Pero fíjate, ya yo voy a decirte algo y es que cuando pasó lo que pasó, esa historia de la que tú quieres que te hable, me alegré de que él estuviese muerto, que Dios me perdone, pero eso que se ha ahorrado. De todas formas, al final todo aquello de mi padre no sirvió de mucho, si acaso para que ahora yo le pueda decir a Cecilia las dos o tres cosas que sé en catalán, *t'estimo, noia, sólo quiero molt humilment servir-te*. Y sobre lo que pasó, qué tú quieres que te diga: aquí paz y después gloria. Si estás de más, carretera y manta.

Doroteo hizo un gesto migratorio con la mano y Cecilia Labrada sonrió. Tenía una sonrisa bonita, a juego con toda ella.

—Yo lo quise mucho, a mi padre —añadió Doroteo—, y me moriré queriéndolo. Mi padre era un hombre recto y cumplidor, nunca fallaba, el lunes de Pascua nunca dejó de comprarle una mona de chocolate a sus ahijados, mi primo Modesto y mi prima Perpetua; para Corpus Christi nos llevaba a hacer bailar un huevo en la fuente de la catedral y el Día de Tots Sants nos traía un cucurucho de castañas. «Hay que vivir con sus costumbres», decía siempre, «estamos aquí y de bien nacidos es ser agradecidos». Coño, si hasta celebraba la Diada, el 11 de septiembre ponía una *senyera* y una bandera de Murcia en el balcón.

—Y el 25 de diciembre celebraríais el Nadal, claro. Seguro que comías *escudella* y pavo relleno.

—Ya te digo, *escudella, canalons* y pollo, que para pavo no había posibles. Anda que no me comía yo ahora mismo un pollo de éstos.

Pasamos por Alamar y Cojimar y al llegar al río nos desviamos para tomar una cerveza en Las Terrazas, uno de los sitios a los que iba siempre Hemingway. En Cuba, de bar en bar, te das cuenta de que Hemingway podría haber ido de La Habana a Nueva York nadando por sus propios daiquirís, no tienes más que juntar lo que se bebió en el hotel Ambos Mundos, el hotel Inglaterra, La Bodeguita del Medio, el café París, Las Terrazas, el Floridita... Mientras caminábamos hacia el bar, Cecilia Labrada me fue explicando qué eran los árboles del sendero, esas de ahí son palmas reales, éstos son mangos y estos otros son tamarindos, y yo le conté la definición que hace Salvador

Espriu de los árboles en uno de sus poemas: *foc secret, alta flama, / arbre, Déu en la nit*. Doroteo, muy en su papel de guía y con su lenguaje acrobático, me explicaba que en Cojímar está la primera estatua pública del escritor que hubo en el mundo, un busto de bronce que se hizo fundiendo las hélices de los barcos de los pescadores del pueblo, cuando me oyó decirle esos versos a Cecilia. Su cara se ensombreció y se fue hacia el bar canturreando malintencionadamente un bolero del Trío Matamoros, según me susurró al oído Cecilia: *No vaya-a-la eternidá, / con muhere' mucho meno'. / No vaya-a-la eternidá, / con mujeres mucho menos, / que toditas son veneno, / caramba, menos la de mi papá*. Cecilia me puso una mano en el hombro, soltó una risa tropical y le contestó con el estribillo de la canción: *Que yo me voy contigo, prieta santa, / si tú me llevas, para la eternidad*.

—¡Eso, eso —aulló él—, vocea por las calles la mercancía, como si fueses el panquero!

Unos segundos después, cuando ya estábamos sentados en Las Terrazas, nos trajeron unas cervezas Bucanero y unos tostones de plátano verde frito, y Doroteo hizo un brindis aún algo enfurruñado:

—¡Para el Benny! En Cuba, los músicos le ofrecen siempre el primer trago al Benny Moré. Y como parece que hoy estamos todos muy cantantes...

Puse en marcha la grabadora y le solté a bocajarro:

—¿Qué vas a hacer en el futuro? ¿Volverás a España? ¿Te gustaría quedarte en Cuba o regresar a Barcelona?

Doroteo hizo un ademán algo despectivo con la mano, como si desviase mi pregunta hacia el monte.

—No, no, qué va. ¿Volver a qué? Uno ya está viejo para volver a nada. Y, además, eso es como lo que dice el son de La Lupe: mirar atrás no y no y no, que ese perro ya me mordió, ¿sabes qué decía siempre mi madre, que en paz descansa? Que la vida es muy larga pero dura muy poco, eso decía siempre. Se sentaba a coser o, por las tardes, a hacer un solitario, con mucho esfuerzo, así muy aparatosamente, ¿no?, y decía de un solo golpe toda su parrafada: ¡ay, Señor mío Jesucristo, qué larga es la vida y qué poco dura! Era muy religiosa, y como buena murciana muy devota de la Virgen de la Fuensanta; sus sitios favoritos de Barcelona eran el Monestir de Santa Anna, en la calle Rivadeneyra, y la Església de Santa Maria del Mar, en la calle Montcada, donde dicen que está sepultada santa Eulàlia, patrona de la ciudad. Hostia, tú, anda que no he ido veces ahí con ella. ¿Te cuento algo? No sé por qué cosa

loca, pero siempre me acuerdo de mi madre cuando llevo a los turistas a ver la casa de Dulce María Loynaz: es llegar a 19 y E y ponerme a imaginarla en esa casa como si fuera suya, ¿me explico?, la veo sentada en el portal, rodeada por su jauría de perros, que dicen que doña Mercedes, porque ¿ya tú sabes que la poeta se llamaba así, igual que mi madre, y no Dulce María?, parece que llegó a tener más de quince perros vagabundos y que esos perros la salvaron de morir una vez que entraron a matarla unos ladrones; se cuenta que, en medio del alboroto, Dulce María, siempre tan suave, no hacía más que decir: «Caballeros, sean sensatos, suelten los cuchillos y los perros los soltarán a ustedes». Me encanta esa historia y la de cuando la detuvieron en el aeropuerto intentando llevarse las joyas escondidas en el moño, ¿ya tú sabes eso?

—¿La detuvieron? ¿Pero es que ella quería irse de Cuba?

—No, qué va, el que se había ido a Miami era el marido, ya tú sabes, él no estaba muy por la Revolución... Y ella iba a verlo para darle las sortijas y que las vendiese. Bueno, pero después él regresó a la isla, aquí murió y aquí está enterrado.

—En fin, Doroteo, ya hablaremos de Dulce María Loynaz mañana o pasado, cuando me lleves a ver su casa, pero ahora no nos vayamos por las ramas.

—Vale, vale, ahora vamos a lo del Hemingway, en veinte minutos Cecilia está entrando en San Francisco de Paula. Ya tú verás qué linda es la Finca Vigía, allí está el yate *Pilar*, en el que pescaba siempre Papá y es el que sale en *El viejo y el mar*; y al lado de la piscina donde la Ava Gardner se bañaba desnuda están enterrados los gatos, hay cuatro tumbitas con sus nombres, al pie de un ficus gigante, el *Black*, la *Negríta*, la *Linda* y el *Nerón*. ¡Ah!, y en la casa hay un bote con un lagarto amarillo conservado en alcohol que luchó tan bravamente contra los gatos que el Hemingway...

—Oye, Doroteo, discúlpame que te interrumpa, pero eso mejor me lo cuentas cuando estemos en la Finca Vigía. Me interesa mucho y quiero tomar algunas notas. Pero ahora dime una cosa: ¿tú sabes quién es Juan Marsé?

—Pues, la verdad... ¿Mercé? Nunca lo oí. ¿Es otro escritor cubano?

—No, no es Mercé, sino Marsé, Juan Marsé, y es escritor pero no cubano. Ha escrito novelas importantísimas como *Últimas tardes con Teresa*, *Si te dicen que caí*, *La muchacha de las bragas de oro*...

—Ah, pues sí, ahora que lo dices... Algo sí que me suena, vagamente...

sobre todo lo de la Teresa... ¿No dieron por televisión una película que se llamaba igual? Y también me resulta familiar eso de las bragas.

—Con *La muchacha de las bragas de oro* ganó el Premio Planeta. Y también hicieron una película con ella.

—Será por eso, entonces. Porque claro, lo que se dice leer, yo es que no he leído muchos libros, la verdad, alguno de Marcial Lafuente Estefanía cuando era un chaval, y los tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín; yo sólo sé lo que aprendí para hacer de guía en La Habana, lo del Hemingway, José Martí, Dulce María Loynaz y Lezama Lima, aunque a éste no le entendí un carajo, cuando la compañera Cecilia, aquí presente, me dio un libro suyo; pero a Nicolás Guillén sí que lo he leído, ése es muy sabroso. Y a Martí, muy bueno también, cubano hasta la médula. Yo sé de memoria ese poema suyo que empieza: *Dos patrias tengo yo, Cuba y la noche*. Ya yo te dije que en La Habana he cambiado mucho, aprendí cosas y dejé de ser bembón, ¿tú sabes?, al principio viví nada más de lo que me dieron en España cuando pasó aquella historia y luego de los pocos ahorros que junté con lo que me dio el ayuntamiento de finiquito y otras cuatro perras, hasta que un día di un puñetazo en la mesa y me dije: arriba, aquí ya se acabó el vivir del tumbao, como dice el guaguancó de Joseíto Fernández; de manera que lo que te dije: guagua arriba y abajo, de San Cristóbal a Trinidad y de Cárdenas a Cienfuegos, vendí cocos, arranqué tiras del bombonaje, corté madera de yaití, trabajé en la construcción, le saqué la yagua a las palmas, todo eso hasta llegar a La Habana, que así se le busca a lo amargo el dulce, a fuerza de sacrificio, ¿sabes tú qué aquí dicen?, si quieres beber guarapo tendrás que exprimir la caña, eso es lo que dicen.

—El caso es que Juan Marsé, como te digo, es un escritor muy importante, un maestro de la literatura española, y él fue la primera persona que me habló de ti.

—¿Me conoce?

—Conoce tu historia, porque la leyó en los periódicos, y empezó a escribir un cuento basado en ella.

—¿Ah, sí? ¿Y se publicó en un libro?

—No, aún no. Sólo te he dicho que lo empezó a escribir.

—¿Y no lo ha acabado?

—Quizá lo haga y quizá no. El caso es que él me dejó leer el borrador de su cuento y yo, que estoy escribiendo para el diario *El País* una serie sobre

personas reales que sirvieron de modelos para obras de ficción, he venido a Cuba a que me cuentes el resto de tu historia, todo lo que entonces no publicó la prensa.

—Vale —dijo Doroteo Nomen—, ¿y llevas encima lo de Marsé?

—Sí, te lo he traído.

—O.k. Entonces ¿por qué tú no me lo das? Ahora cuando volvamos al Packard me lo dejas ver y ya yo te cuento lo que quieras. Y luego, ¿me darás los doscientos dólares?

—Eso es.

—Y, bueno..., se sobrentiende que los quince dólares de la visita de hoy a San Francisco de Paula son aparte, ¿estamos? Perdona, compay, no es que desconfíe, es sólo por saber.

—Desde luego, todo corre por mi cuenta, como estaba convenido: los quince dólares, la gasolina del Packard, lo que tomemos aquí y en el bar que dices que hay en la puerta de la Finca Vigía y, si me lo permitís, una cena a la que tendré el placer de invitaros a los dos, esta noche, en el Floridita, para que éste sea el día Hemingway de arriba abajo. Desde luego, sólo si a Cecilia le apetece y ninguno tenéis otro compromiso.

Aceptaron los dos, aunque creo que él un poco a regañadientes.

En cuanto subimos al Packard de Cecilia Labrada, le di el esbozo de cuento de Juan Marsé al antiguo barrendero de Cornellà. Se lo copio a ustedes a continuación, para que sepan lo mismo que el propio Doroteo Nomen. Quede claro que el texto se reproduce en su integridad y con la autorización del autor de *La oscura historia de la prima Montse*, que lo tituló y fechó como sigue: «El moco nacional». (Proyecto de relato por J. Marsé. Primer borrador: 18-11-02.)

El barrendero municipal Doroteo Nomen empujaba por la avenida de la Diagonal su carrito de la basura, su capazo y su escoba, y un persistente resfriado que en el transcurso de los últimos días había resistido toda clase de remedios caseros, desde vahos de eucalipto hasta friegas de ungüentos en el pecho, leches con coñac y aspirinas. Era el 28 de octubre de 1996, Día de la Banderita, había niños y niñas recorriendo las calles con huchas y pegatinas y

estaba la ciudad llena de mesas petitorias que presidían elegantes damas y algún militar de graduación, era una mañana luminosa y con mucho viento y por lo demás aparentemente normal, pero ese día el buen Doroteo, desde que salió de casa muy temprano, tenía el húmedo presentimiento de que el obstinado viento racheado, su propio constipado y cierta secreta nostalgia del lino en los dedos iban a jugarle una mala pasada en alguna encrucijada de la ciudad. Su roja nariz ganchuda era un grifo abierto que soltaba agüilla fría y picajosa, en previsión de lo cual llevaba una docena de pañuelos distribuidos en diversos bolsillos, y uno de esos pañuelos, el predilecto, de seda y con bordados, lo tenía siempre con una punta asomando en el bolsillo trasero del pantalón para poder hacerse con él rápidamente.

Mientras barría el tramo peatonal de la avenida asignado a su cuidado, un viandante con los cabellos como una llama roja alborotada por el viento se paró a su lado y le dijo:

—Oiga, ¿se ha fijado? ¿No cree usted que ya está bien eso del Día de la Banderita? Estamos en Catalunya, así que debería llamarse el Día de la Senyereta. ¿No le parece?

—¿De la señorita?... —dijo Doroteo.

—*Senyereta, ruc!* ¡De *senyera*, o sea bandera! *Ruc, més que ruc!*

El peatón se fue indignado y Doroteo siguió barriendo pacientemente un tramo del paseo cuyos desniveles y socavones, grietas y remansos llenos de porquerías y cagarrutas de perro conocía como la palma de la mano. Entonces, al levantar la cabeza, vio en la esquina con Paseo de Sant Joan la mesa petitoria y las cuatro damas sentadas detrás, en torno a un orondo militar de flamante uniforme. La mesa, cubierta con un paño rojo, contenía varias cestas con donativos en metálico, montones de banderitas para la solapa, huchas y botellas de agua mineral, y la flanqueaban sendas banderas con su mástil, la española y la *senyera*, una a cada lado, movidas por el viento. «Los límites y el pabellón: el conocimiento de estos dos elementos —discurrió confusamente el viejo barrendero— te proporciona una patria, dicen. Así que vamos a echarle una pesetilla a la patria, que no se diga».

Después de conclusión tan honda y generosa, insólita en un barrendero municipal constipado y reumático y lleno de deudas, Doroteo se encaminó a la mesa y, con la escoba en el sobaco, se paró ante las señoras y el coronel con la mano ya en el bolsillo, no para sacar la moneda, todavía, pues algo más urgente movía ahora su encallecida mano: hacerse con el pañuelo y

sonarse las narices. En ese momento el viento arreció, las banderas tremolaron con reiterado vigor sobre los floridos sombreros de las damas petitorias y, ondulando, como en tiempos más heroicos, la *senyera* y la española se tocaron por los extremos y fue entonces justamente cuando Doroteo sufrió una súbita picazón en la nariz y notó que se convertía otra vez en un grifo abierto, por lo que echó rápidamente la mano atrás y tanteó la punta del pañuelo que asomaba en su bolsillo y tiró de él. Creyó haberlo cogido, el pañuelo, pero lo que cogió inadvertidamente fue el extremo de una de las dos banderas que restallaban en torno a él, ajenas ambas por un breve instante a los aguerridos embates de la patria, trenzándose fundidas repentinamente la una con la otra a causa de la furia del viento. De modo que, confuso y cegato en medio de la doble llama rojigualda, el barrendero se sonó las narices ruidosa y concienzudamente con una de las dos banderas, nunca supo en cuál. Y un moco verde y sólido como un carámbano colgó de la gloriosa tela durante unos segundos, y luego el mismo maldito viento se lo llevó.

—Ay. Ustedes perdonen —se excusó Doroteo ante las damas petitorias, que le miraban estupefactas.

Por su parte, el coronel que presidía la mesa se incorporó iracundo:

—¡Señoras, lo que ustedes acaban de ver —exclamó con potente voz— es un delito tipificado como Ultraje a la Bandera! —y dirigiéndose al desconcertado barrendero añadió—: ¡Limpie usted los mocos de la enseña nacional inmediatamente!

El enfurecido coronel en persona puso a Doroteo a disposición judicial, pero no hubo manera de establecer con precisión en cuál de los dos gloriosos trapos se había sonado el infeliz barrendero. Un reportero gráfico que se hallaba casualmente junto a la mesa había captado su imagen en el instante de sonarse con la bandera, y esa imagen, publicada al día siguiente en la prensa, provocó una enconada polémica de ámbito nacional debido a que en ella no se distinguía muy bien cuál de las dos banderas, si la española o la *senyera*, había recibido el asqueroso moco verde. La opinión pública se dividió rápidamente en dos frentes, uno de detractores y otro de partidarios, y éste se subdividió, a su vez, en otros dos bandos: de una parte, el de los nacionalistas catalanes que, deseosos de que Doroteo hubiese dejado el moco en la bandera española, lo consideraron un héroe y organizaron enseguida manifestaciones y homenajes en su honor, elogiando su coraje; de otra, el de los nacionalistas

españoles, deseosos a su vez de que la secreción nasal hubiese ido a parar al estandarte catalán, que asimismo enaltecieron al héroe anónimo y le hicieron objeto de tributos y ofrendas.

Pero ocurrió algo que, sin que ninguno de los dos bandos pudiera evitarlo, iba a convertir la farsa en tragedia. Y fue que...

(Continuará otro día, si tengo ganas. De momento me apetece un whisky. ¡Camarero!)

—Una rodada desde el hotel Ambos Mundos aquí a la calle Obispo, imagínate, compadre —dijo Doroteo Nomen—, como las que hacen los carros en los caminos, eso es lo que no se entiende que no hiciera el Hemingway de tanto venir al Floridita, dicen que se metía al cuerpo nueve o diez daiquirís cada noche y luego se ponía a guapear con las camareras, y no me extraña, porque ya tú verás lo buenos que están, te entran solos.

Estábamos, efectivamente, en el comedor del Floridita, y hablábamos aún de Hemingway porque yo seguía impresionado, como suele sucederme en estos casos, tras la visita a San Francisco de Paula. Las casas de los escritores siempre me llenan de melancolía, quizá porque entrar en ellas es hacer un viaje al pasado, pero también al futuro, verlas es ver la vida de Isak Dinesen, Lorca o Neruda y tu propia muerte, de algún modo: ¿no es aterrador mirar los libros tan pacientemente coleccionados para qué, los cuadros o los muebles para qué, las plumas estilográficas, los manuscritos, las condecoraciones, las fotografías, las dedicatorias, todo para qué? Hemingway acumuló en la Finca Vigía casi diez mil libros escritos en treinta idiomas, objetos de la tribu masai, una colección de armas blancas, obras de Picasso, carteles de toros y alfombras hechas con pieles de leopardo donde Gary Cooper solía echarse la siesta; llenó las paredes de la finca con las cabezas disecadas de los animales que cazó en África o en Wyoming, bellísimos antílopes, un kudu que Mussolini le quiso comprar con un cheque en blanco y hasta el búfalo cafre que originó uno de sus cuentos más perturbadores, «La vida corta y feliz de Francis Macomber», ese animal al que la mujer del protagonista, Margaret Macomber, jura que apuntaba con su fusil Mannlicher cuando mata por accidente a su marido; para qué todo eso, me preguntaba, para qué este

mínimo poema que se titula «Gatos haciendo el amor», recién descubierto en uno de los libros, *The high and the mighty*, de Ernest K. Grann: *La apacible calma / del amor consentido; / después, el ritual / del dolor y la lástima*; para qué, me decía, mientras Cecilia iba contando una anécdota casi acerca de cada objeto y cada rincón de la casa y del jardín, aquí en esta torre es donde Hemingway corregía las pruebas de sus libros, con ese telescopio dominaba toda La Habana y esa piel es la de un león que cazó en Nairobi; ahí, en esa máquina Royal, es donde escribía, siempre de pie, sus libros, donde acabó *Por quién doblan las campanas* y luego *París era una fiesta*, *El viejo y el mar*, *Al otro lado del río y entre los árboles*; en este comedor invitaba a cenar a sus huéspedes, la mesa está puesta, fíjate en la cristalería con filigrana y en la vajilla, marcada con sus iniciales; ese camino de piedras lo mandó hacer él y por ahí bajaba a San Francisco de Paula cada mañana; ese árbol del pándano lo usaba su mujer para restaurar las alfombras con sus raíces y ese tulipán africano lo plantó él al regresar de uno de sus safaris, pero qué triste te está pareciendo todo, ¿verdad?, qué triste a ti te está pareciendo.

Eso había dicho de pronto Cecilia Labrada, en medio de su discurso mil veces repetido a los turistas, y al mirarla me pareció que no había secretos para sus ojos azulísimos, tan llenos de comprensión y de piedad, ojos misioneros, doctorales. Me pregunté de qué estaba hecha la amistad de aquella muchacha y Doroteo Nomen, y quise saberlo tres o cuatro horas más tarde, sentados ya en el bar del Floridita y mientras intentaba espantar con un par de dólares a un trío de soneros que llegaron junto a nuestra mesa con su pandemónium portátil.

—Odio a los músicos ambulantes, prefiero pagar para que guarden silencio que para que toquen —dije—. Y, en cuanto a lo que me preguntaste en la Finca Vigía, sí que me entristecen esas cosas, me deprimen y me hacen recordar un verso de otro gran poeta catalán, J. V. Foix, que dice: *ésser i traspàs fan un: tot muda i tot roman*, igual es estar vivo que morir, todo cambia y persiste.

—¿Ah, sí? Pues a mí me encanta que toquen —contestó Doroteo—, te meten como electricidad en la sangre, ¿no crees?, igual que si te encendieran una bombilla por dentro.

—Bueno, pero a veces se está tan bien a oscuras —dijo Cecilia, y volví a ver en sus ojos ese brillo que significaba: sé lo que piensas, lo sé exactamente—. Y, además, en ocasiones esto parece tan... no sé, tan falso —añadió,

arqueando la boca y señalándome con un gesto casi imperceptible a un grupo vecino que le pedía canciones a los soneros, les pedían *Puro teatro*, *Angelitos negros*, *Guajira guantanamera* y cosas de ese tipo. Me fijé en ellos: tres matrimonios formados por cuarentonas macizas, de esas que te hacen pensar en sostenes rojos y botellas de vodka escondidas detrás de las legumbres, y tipos más bien patéticos, ataviados con pantalones de explorador y guayaberas Juan Goytisolo. Madre mía... Los músicos empezaron a tocar *Qué bueno boogaloo*.

—La Lupe —dijo Cecilia, de inmediato, en tono confidencial—, eso lo cantaba La Lupe. Que a propósito, ¿sabes que a Hemingway le encantaba, que la bautizó como «la inventora del frenesí»? Díselo a los guiris, que les gustará.

Lo dije en voz alta, y el grupo de al lado se llenó de cabezas que asentían y dedos pulgares en forma de okey.

—¡Por el Benny! —les dijo Doroteo, y los otros le contestaron al brindis alzando sus copas. Como no podía ser de otro modo, no se trataba de daiquirís sino de mojitos, que es lo que beben los horteras. Me imaginé que serían del Atleti y que tendrían en el salón de su casa un cenicero hecho con la concha de un centollo. El terceto acabó *Qué bueno boogaloo* y se puso manos a la obra con *Guajira guantanamera*.

—Van a darles diez dólares uno encima de otro, ya tú verás —dijo Cecilia. Tuvo razón.

—¿Ustedes se conocen hace mucho? —lancé a traición.

—Desde que vine a La Habana —dijo Doroteo—. Cecilia es huérfana y vive con sus once hermanos en Refugio e Industria, a dos cuabras de Trocadero, ya tú ves, ella es vecina de Lezama Lima. Nos conocimos en la guagua, su hermano Miguelito se cortó con una botella y yo le curé la herida con mi pañuelo empapado en colonia.

—Bueno —lo azucé—, al menos esta vez sacaste el pañuelo a tiempo.

—Eso, eso —dijo Cecilia—, imagínate qué pudo ocurrir si tú rompes en tiras una bandera de Cuba para vendar a Miguelito y en esto llega Fidel.

—Pues si se tiene que romper, se rompe —sentenció Doroteo, agitando los hombros de una forma rara, como si bailase un cha-cha-cha desafinado—. Ya yo aprendí algo y es que las banderas son para los idiotas.

Ése es el título del reportaje, pensé. *Las banderas son para los idiotas*, magnífico. Y aquella misma noche, en cuanto volví a mi habitación del hotel

Nacional, encendí el ordenador, puse en orden mis notas y empecé a escribir mi artículo sobre Doroteo Nomen. ¿Qué pasó con el barrendero de Cornellà a partir del momento en que se acaba el relato de Juan Marsé? Ésta es su historia.

Dicen que Hans Christian Andersen siempre viajaba con una cuerda en su maleta, por si había un incendio en el hotel donde estuviese alojado y necesitaba descolgarse por el balcón para huir de las llamas. El personaje del cuento de Juan Marsé que acaban de leer no lleva una soga allá donde vaya, pero sí un par de pañuelos, por si las moscas. Al fin y al cabo, se ve que las banderas arden más deprisa que los edificios, ni siquiera necesitan fuego, una simple palabra las puede inflamar. Juntar la demagogia y el patriotismo es como encender un fósforo junto a la gasolina: ¡bum!

Como recordarán los que guarden memoria de aquellos días, Doroteo Nomen fue absuelto en el proceso criminal por injurias que se seguía contra él, por falta de pruebas materiales, aunque el juez, que había nacido en el hospital Sant Pau, vivía en la Rambla de Canaletes y celebraba todos sus cumpleaños en Els 4 Gats, y que cinco minutos antes de dictar su veredicto acababa de amenazar con desalojar la sala si el público, dividido en dos frentes, seguía vitoreando o vituperando al encausado, lo despidió diciendo:

—Lo declaro no culpable. La Ley es justa para todos, incluso para los *pocaverkonya* que no se lo merecen.

Al oír la sentencia y el alegato final de su señoría, una mitad del público rompió en aplausos y la otra en abucheos, porque el juicio había sido confuso, estuvo lleno de intoxicaciones y no había dejado satisfecho a nadie: unos y otros pretendieron que Doroteo tomase partido, que dijera sí, me soné a propósito en la bandera española, o en la *senyera*, fue un acto premeditado, un sabotaje, una provocación en protesta por tal o cual cosa, pero no hubo quien lo convenciese y él negaba con obstinación una y otra vez.

—No, no, Dios me libre, pero si yo sólo quería echarle una monedita a las huchas.

Y lo cierto es que el pobre barrendero municipal no sólo no había entendido ni jota de lo que se había dicho durante su juicio, que estuvo lleno

de palabras grandilocuentes y gestos ornamentales, sino que cada cosa que escuchaba lo confundía aún más, como cuando vas al diccionario de la Academia a buscar una palabra que no entiendes y ésa te remite a otra que entiendes aún menos; vas a mirar, por ejemplo, qué demonios es un flanquís y lees: «Flanquís: sotuer que no tiene sino el tercio de su anchura normal».

Al salir de los juzgados, Doroteo se vio acosado por una multitud. Algunas personas lo jalearon llamándole ¡torero!, pero otras le llamaron *covard fill de put*, y le gritaron *torna a Múrcia, lladre y visca Catalunya lliure* mientras los reporteros gráficos de los periódicos disparaban febrilmente sus cámaras y parecían sacarle hasta el esqueleto con sus flashes. A su izquierda vio una fila de muchachos vestidos de falangistas que agitaban una gran bandera española con un águila negra en el centro y a su izquierda un corro que bailaba sardanas. Le acercaron algunos micrófonos y alguien le gritó:

—¡Diga la verdad, Doroteo, dígala ahora! Ya no le pueden volver a juzgar por el mismo delito. ¡Diga la verdad! ¿Es usted nacionalista o antinacionalista?

Pero él siguió en silencio, ese silencio invulnerable del que no tiene nada que decir. Sin embargo, tampoco eso le sirvió de mucho porque, como recordarán algunos de ustedes, la prensa puso su lupa encima de Doroteo y lo que, al principio, había sido nada más que un breve de siete líneas y una foto interior, se hizo media columna, más adelante columna entera, luego un cuarto de página y ahora, tras el escándalo del juicio, desembocó igual que un río negro de petróleo, especialmente en el caso de los diarios más sensacionalistas, en una serie de titulares de gran calibre —por no decir de brocha gorda—, de esos en los que parece que el redactor nos estuviese hablando con la boca llena, que inflaron aún más la noticia al atravesarla de palabras como afrenta, ultraje y agravio. Una diputada de la oposición llevó el asunto al Congreso, haciéndole una pregunta algo malintencionada y tendenciosa al presidente del Gobierno español, que en su respuesta ofendió a su vez al honorable *president* de la Generalitat, y ambos se enzarzaron en una pelea a través de los medios de comunicación que duró dos semanas y en la que se cruzaron, personalmente o a través de sus colaboradores más estrechos, insultos y descalificaciones cada vez más ácidas, se llamaron uno al otro ingenuo, oportunista, irresponsable, desleal, autoritario, demagogo, canalla, chulo, xenófobo, antipatriota, gandul, embustero, fascista y un larguísimo y pringoso etcétera. Cuando, al cabo de esas dos semanas, los dos

mandatarios se reunieron en el palacio de la Moncloa, tras discutir ácidamente, otra vez azuzados por cierta prensa, si ese encuentro debía celebrarse en Madrid o en la Ciudad Condal, resultó que ninguno de ellos recordaba casi a Doroteo Nomen ni, por supuesto, dijo una sola palabra acerca de él, sino que trataron temas de Estado como los presupuestos generales, las transferencias autonómicas, el terrorismo, el paro o la sanidad pública. Los acuerdos a los que llegaron, en especial los referidos a importantes asuntos económicos, fueron recibidos con moderada satisfacción por ambos y el ambiente de cordialidad volvió a establecerse entre los dos partidos políticos, que de hecho eran socios parlamentarios. La rueda de prensa conjunta que celebraron el presidente y el *president* fue cordial y distendida, y cuando un reportero les preguntó por el incidente del barrendero y las banderas, ambos le restaron importancia y hablaron del clima de cooperación y amistad que imperaba entre los mandatarios de la Generalitat y el Gobierno del país.

En esto, a una de las plataformas cívicas que se habían implicado en el problema de Doroteo Nomen, a quien algunos medios de comunicación continuaban zahiriendo y cuya caricatura había llegado a aparecer en las legendarias viñetas de Gallego y Rey y Peridis, en *El Mundo* y *El País*, se le ocurrió que había llegado el momento de hacer un acto simbólico, a la vez de desagravio y reconciliación, y se barajaron diversas posibilidades como organizar un mitin político o montar un congreso de sociología que se llamara *Convivencia y diferencia*, pero finalmente, al estudiar las declaraciones del barrendero de Cornellà a los periódicos, alguien se fijó en una pequeña entrevista de *La Vanguardia* en la que hablaba de su pasión por el Barcelona, el equipo de sus amores, del que era *soci* desde que tenía uso de razón. Resultado: se hizo una petición popular para que se celebrase un partido benéfico a disputar por las selecciones autonómicas de Madrid y Catalunya cuyos beneficios fueran a parar a los niños huérfanos de las dos comunidades. Como, entre una cosa y otra, ya había llegado el verano y los diarios no tenían muchas noticias que dar, volvió a haber una campaña a favor y en contra de la iniciativa, Doroteo volvió a ser coreado y zarandeado a partes iguales y *El Periódico* publicó en su contraportada, un caluroso domingo del mes de junio, una fotografía suya bajo un epígrafe en forma de doble adivinanza: «¿Inocente o culpable, víctima o caradura?». Por su parte, los diarios deportivos le dieron gran publicidad al proyecto, que tuvo una

cobertura amplísima en las portadas de *El Mundo Deportivo*, el *As*, el *Marca* y el *Sport*. El partido estival se pactó para el 11 de julio, Día de San Benito, patrón de Europa, y las grandes estrellas madrileñas y catalanas de los principales conjuntos de Primera División confirmaron su asistencia, de forma que aquella noche, al llegar el gran momento, las gradas del Camp Nou estaban abarrotadas, los presidentes del Gobierno español, de la Generalitat y de la Comunidad Autónoma de Madrid se encontraban en el palco, en compañía de los alcaldes de ambas capitales, y una nube de fotógrafos esperaba en el césped la salida de los equipos, que iban a entrar al campo unidos, los madrileños con camiseta y pantalón rojos y los catalanes uniformados de amarillo, llevando al alimón la bandera de Europa. Naturalmente, Doroteo Nomen iba a hacer el saque de honor. Es verdad que para muchos su reputación no estaba limpia del todo, pero a esas alturas, ¿qué importaba, si el barrendero de Cornellà había pasado a segundo plano?

Con los capitanes de las dos escuadras, Raúl y Guardiola, formados en el centro del campo junto al trío arbitral, la megafonía anunció al héroe de la jornada, Doroteo Nomen, que salió confusamente del túnel de vestuarios y se dirigió hacia el balón igual que si estuviera en un viaje de LSD, o algo así, escuchando aplausos y pitos que parecían ser un eco de otro mundo, mientras notaba que sus piernas eran de goma y sus pies caminaban sobre algodón. ¿Qué sentía en aquel instante el barrendero de Cornellà? Se lo pregunté algunos años más tarde, cuando fui a entrevistarlo a La Habana, sentados los dos a una mesa del mítico Floridita, el bar donde Ernest Hemingway solía pasar todas sus noches bebiendo daiquirís dobles sin azúcar hasta convertirse en un camión cisterna.

—Ah, pues era una sensación rara —respondió Nomen—, porque la verdad es que a mí no me gustaba aparecer en ningún sitio, ya tú sabes, ni ir a televisiones ni zarandajas de ésas, mejor dejarlo estar, bastante historia se había montado, pero, claro, por una parte me dijeron que no podía faltar y, por otra, ¡hombre!, salir al Camp Nou... ¿qué más puede pedir un culé? Me acuerdo sobre todo, tú, de cuando caminaba hacia el Guardiola, que me parecía como de mentira, ¿no?, y que cuando me dio la mano me dijo: tranquilo, Doroteo, y enhorabuena. También me dio la mano el Raúl, pero a mí ése, pues como todos los del Real Madrid: ni fu ni fa. Y luego, claro, ni que decir tiene que nada más pisar la hierba me di cuenta de que estaba bastante mojada, habían estado en marcha los aspersores para que el terreno

de juego fuese un tapiz, que se dice, y eso está muy bien si llevas botas con tacos de aluminio, como los jugadores, pero yo iba con unos mocasines, de esos de borlas, y me resbalaba a cada paso sobre el césped, era igual que andar sobre grasa.

Doroteo Nomen, celebridad esporádica, posó para la fotografía junto a los dos capitanes y miró al frente con ojos psicodélicos en los que estallaban una vez más los flashes de los fotógrafos. Luego, el colegiado del encuentro le invitó a que hiciese, por fin, el saque de honor.

El emocionado Doroteo notó que el estadio enmudecía y las luces de las cámaras de televisión lo enfocaban. El césped se puso de un verde mentiroso. Miró la pelota y luego hacia la portería del equipo de Madrid, donde pensaba mandarla con un buen zapatazo hecho con el empeine, nada de esos toques con el interior del pie, suaves y un poco afeminados, que suelen elegir los famosos en estas ocasiones. Le sonrió otra vez a Guardiola y éste le hizo un gesto de asentimiento. Doroteo armó la pierna para golpear el balón. Entonces ocurrió la hecatombe.

Al ir a chutar con toda el alma, el mocasín de su pie izquierdo, el de apoyo, tan inapropiado para las condiciones del terreno que pisaba, con su leve tacón y su fina suela de tafilete, patinó sobre la hierba húmeda y Doroteo resbaló aparatosamente. Sin embargo, la patada violenta ya estaba lanzada y el pie del pobre barrendero de Cornellà, que caía de espaldas, en un escorzo extraño, pasó como una exhalación sobre la pelota, rozándola apenas, y fue a impactar, con un ruido seco, en la entrepierna de Josep Guardiola, el capitán de la selección de Catalunya. Doroteo oyó un doloroso y unánime ohhhhhh en el público y aún pudo ver al futbolista doblado sobre sí, agarrándose sus partes frenéticamente, como si estrujara un limón, mientras él se desplomaba. Sin embargo, antes de caer del todo, intentó equilibrarse haciendo un giro desesperado y se agarró, a ciegas, a lo primero que tuvo a mano, que resultaron ser los pantalones del otro capitán, Raúl González, el cual quedó, tras el violento tirón de Doroteo, literalmente con el culo al aire.

—¡Joder, *el fill de puta m'ha donat una puntada als collons!* —gritó Guardiola, desde el suelo.

—¡Será cabrón, el murciano de los huevos! —dijo Raúl, subiéndose los calzones.

Lo que vino después fue un escándalo de padre y muy señor mío: discusiones, tanganas, lanzamiento de objetos, disturbios y cargas de la

policía contra la hinchada que obligaron a suspender el partido. A la mañana siguiente, todos los periódicos publicaban fotografías de Guardiola agarrándose el paquete, Raúl con los pantalones por los tobillos y el barrendero de Cornellà en cuclillas, entre los dos, mirando el desastre con cara de tierra, trágame. «Patada en las pelotas de toda Cataluña», titulaba *La Vanguardia*; y *ABC*: «Madrid, humillado y sin pantalones». En cuanto al *Avui*, se limitaba a exclamar: «*Que el fagin fora d'aquí ja!*». ¡Que lo echen de aquí ya! Los contertulios de diferentes programas de radio y televisión y los editorialistas y articulistas de los periódicos le dieron diversas interpretaciones al suceso: para unos había sido una agresión planeada con alevosía y nocturnidad y para otros, un simple accidente; había quienes tachaban a Doroteo de perturbado mental y quienes se referían a él como un saboteador al servicio de oscuros intereses. Algún locutor se indignó tanto que empezó a cloquear en antena, de puro arder y retorcerse en el horno de su furia, y tuvieron que llevarlo a urgencias, amoratado, a punto de ahogarse y con la palabra anticonstitucionalismo atravesada en la garganta como un asta de asar pavos. Entre una cosa y otra, la imagen de Doroteo se hizo tan pública que estuvo semanas sin poder salir a la calle, lo cual, por otro lado, ya no era imprescindible, puesto que el ayuntamiento de Barcelona lo despidió de manera fulminante y sin contemplaciones.

—Y entonces —le pregunté a Nomen años después, en La Habana—, es cuando decidiste exiliarte en Cuba.

—Hostia, tú, exiliarse suena un poco así, ¿no?, demasiado solemne. Exiliados son Juan Ramón Jiménez y todos esos, la gente humilde sólo somos emigrantes. No, lo que yo sí hice fue asustarme mucho, no podía ir a ningún sitio porque la gente o me insultaba o se reía de mí; luego mandaron anónimos a mi casa y los Boixos Nois y los Ultrasur, que no sé si tú sabes que son los seguidores radicales del Barça y del Real Madrid, hicieron pintadas diciendo que iban a cortarme el pescuezo, carajo, igual que si fuera un pollo. Así que cobré mi finiquito, hice una entrevista en exclusiva para TV3 por la que me pagaron trescientas mil pesetas, y juntando todo eso me vine a La Habana, compay, y qué a gustito estamos.

—¿Eres feliz aquí?

—Sí, hombre, dentro de lo que uno puede y lo que ya tú ves que es este país; aunque claro, feliz o no feliz depende siempre de con quién te

compares, ¿no?, y, desde luego —en ese punto miró a Cecilia Labrada—, qué duda cabe que todo se puede mejorar.

—¿Añoras España?

—No, no, eso para qué. Añoro a mi padre y a mi madre, eso sí se puede añorar, lo otro no es más que un sitio.

—¿Y Barcelona?

—Pues igual. Tampoco tú te creas, al fin y al cabo yo era barrendero, no un terrateniente, mi trabajo consistía en recoger lo que los demás tiraban, así que ¿nostalgia de qué? Claro, me gustaría ir al Camp Nou los domingos, aunque ahora, desde que estoy de maletero en el hotel Nacional, puedo ver los resúmenes de los partidos en *Estudio Estadio*, por el canal internacional de Televisión Española. No le diría que no a un plato de *escudella i carn d'olla* o de *maduixes al pebre*. Y alguna vez me gustaría llevar a la compañera Cecilia al barrio de Gràcia, a la Plaça Rius i Taulet a mirar la Torre del Relotge, pasear con ella por el Parc de les Aigües, al otro lado de la Ronda del Guinardó, y subir por la Travessera de Dalt hasta el parque Güell, luego bajar hasta La Pedrera y la Casa de les Punxes. Seguro que eso le gustaba.

—¿Te consideras un fugitivo?

—Si acaso, una víctima de las cosas.

—¿Qué cosas?

—*Nos ha fotut*, pues eso, las cosas tal y como son, no hay que darle más vueltas.

—¿Eres nacionalista o antinacionalista?

—¡Uff!, no sé, no soy nada, yo era barrendero y ahora soy guía, ya tú sabes, cargo maletas y hago de guía, una cosa por la tarde y otra por la mañana, según los turnos. A mí me parece bien que cada uno defienda lo suyo y respete lo de los otros, pero no sé yo eso cómo se llama.

—Dicen que el director de cine Fritz Lang tenía una paranoia y es que nunca quería darle la espalda a nadie, se sentaba siempre contra una pared y se movía por todas partes de un modo absurdo, intentando no perderle jamás la cara a todas las personas que estuvieran en el sitio al que llegaba o de donde se iba. ¿Te sientes igual que él, piensas que no existe aquel de quien se pueda uno fiar?

—No, yo no creo eso. A lo mejor un poco, pero no del todo. Además, mi padre decía siempre lo contrario, que hay que ir siempre de frente por la vida,

a cara descubierta.

—¿A cara descubierta, como los malos ladrones?

—O como los que nunca le han robado nada a nadie.

—Dijiste antes que en Cuba te habías convertido en un hombre nuevo. ¿A quién de los dos prefieres, al que fuiste en Barcelona o al que eres ahora?

—¡Hostia, tú, qué cosas más raras preguntas! Supongo que todo va junto, ¿no?, igual que la clara y la yema en un huevo.

—¿Qué has venido a buscar a La Habana?

—Pues lo que todo el mundo, estar bien y que me quieran. ¿Y tú? ¿Qué tú has venido a buscar a la isla de Cuba?

Iba a contestarle que había venido a buscar su alma, pero Cecilia me detuvo con sus ojos sabios, tan azules y rutilantes en su piel tostada. Callar es a veces una deserción, pero otras veces es una conquista. Callar y, como dice mi amado Salvador Espriu, *destruir el nom / amb el silenci*. Destruir el nombre con el silencio.

---

*El dueño de la rosa, sueña con laberintos.*

FELIPE BENÍTEZ REYES

## ***Agradecimientos y explicaciones***

A su modo, éste es un libro raro, el primero que alguien escribe, por lo que yo sé, con autores invitados, a la manera de esos discos de las estrellas del Rock & Roll en los que colaboran otros músicos, tocando sus guitarras o cantando a dúo. La idea de hacer lo mismo en un libro de relatos se me ocurrió mientras escribía «Hay que matar a *Roco*», cuando le envié el cuento a uno de sus personajes, Javier Marías, para que me autorizara a usar su nombre y me diese, más o menos, su bendición: no sólo lo hizo, con gran generosidad, sino que, en sucesivos faxes, me fue dando algunas educadas y sutiles recomendaciones y yo le pedí algunos consejos. La cosa, poco a poco, se convirtió en un juego y, al final, escribí el último capítulo siguiendo, a mi modo pero con bastante fidelidad, alguna de sus ideas. Después de haberlo pasado muy bien escribiendo «Hay que matar a *Roco*», continué la broma o experimento pidiéndole a Enrique Vila-Matas que se describiese a sí mismo —o, para ser más exactos, una foto suya— en un fragmento de «Asma», y a Almudena Grandes que iniciara una narración que nunca terminará en «Todo lo que vio Alberto» e hiciera, en parte, de modelo para el personaje principal. Yolanda ha robado algunas cosas de Almudena, pero no son la misma persona, lo aclaro para evitar que alguien se tome la narración demasiado al pie de la letra.

Para terminar, una vez metidos en harina, ¿por qué no arriesgarse y pedirle al maestro Juan Marsé que participara en el proyecto? Me pareció fantástico escribir un cuento al alimón con el autor de *Últimas tardes con Teresa*, o terminar algo que no hubiese acabado, y eso es lo que hicimos con la historia del pobre Doroteo Nomen en «Las banderas son para los idiotas» y con el relato sobre el atleta al que se hace referencia en el cuento. Al fin y al cabo, Marsé ya había salido en una novela mía, *Alguien se acerca*, que incluso, y a pesar de su famosa alergia a los actos públicos, había presentado en

Barcelona —«en calidad de personaje de la obra», según me dijo—, un día de 1998 que acabó teniendo dos noches: Vila-Matas, que también estaba allí, cuenta con mucha gracia, en su libro *Desde la ciudad nerviosa*, aquel desayuno de prensa y la comida interminable que lo siguió. Cuando le conté a Juan Marsé el plan que tenía para *Jamás saldré vivo de este mundo* y le pedí que participara en él, le pareció algo tan raro que aceptó inmediatamente.

Doy las gracias a estos cuatro colegas admirados y buenos amigos, Almudena Grandes, Javier Marías, Juan Marsé y Enrique Vila-Matas, por aceptar escribir dentro de mi libro o pensar por mí soluciones que a mí no se me habrían ocurrido. A ellos van dedicados los cuatro relatos.

También me gustaría expresar mi gratitud a Teresa Velázquez, Lidia Blanco, Ana Tomé, Aitana Alberti, Álex Pausides, William y Ángela de Mela. Sin ellos, mis paseos por Lima, San José de Costa Rica, Managua y La Habana en busca de estos relatos no hubieran sido iguales.

**La lectura de *Jamás saldré vivo de este mundo* nos hará comprender que lo inesperado vive muy cerca de nuestra casa.**



*«Ustedes también son así, les asustan los precipicios pero les gusta el vértigo.»*

Lo inamovible puede cambiar en un segundo. Los protagonistas de estos nueve relatos son personas normales sometidas a experiencias extraordinarias: una novia a punto de casarse que descubre un oscuro secreto, una mujer a quien de pronto le sonrío la suerte y otra que huye a Nicaragua para cambiar su destino; un hombre que viaja a Perú en busca de su destrucción y otro que vive o sueña un estado de sitio; un barrendero que, tras una peripecia digna de una aventura de García Berlanga, escapa de Barcelona a La Habana cuando descubre que la diferencia entre los países y la patria es «la misma que hay entre la lluvia y los charcos».

Ésta es, además, el primer libro de la historia con artistas invitados: Almudena Grandes, Javier Marías, Juan Marsé y Enrique Vila-Matas aportan su escritura, su ingenio y hasta su figura a algunos de estos cuentos, de los que en algunos casos son a la vez autores y personajes.

Todo ello filtrado por la vigorosa escritura y el profundo conocimiento de la naturaleza humana de Benjamín Prado.

## Sobre el autor

**Benjamín Prado** (Madrid, 1961) ha publicado las novelas *Raro* (1995), *Nunca le des la mano a un pistolero zurdo* (1996), *Dónde crees que vas y quién te crees que eres* (1996), *Alguien se acerca* (Alfaguara, 1998), *No sólo el fuego* (Alfaguara, 1999), *La nieve está vacía* (2000), *Mala gente que camina* (Alfaguara, 2006), *Operación Gladio* (Alfaguara, 2011), *Ajuste de cuentas* (Alfaguara, 2013) y *Los treinta apellidos* (Alfaguara, 2018); y los libros de relatos *Jamás saldré vivo de este mundo* (Alfaguara, 2003) y *Qué escondes en la mano* (Alfaguara, 2013). Es autor de los ensayos *Siete maneras de decir manzana* (2000), *Los nombres de Antígona* (Aguilar, 2001), *A la sombra del ángel. Trece años con Alberti* (Aguilar, 2002) y *Romper una canción* (Aguilar, 2010). Su obra poética está compuesta por los libros *Un caso sencillo* (1986), *El corazón azul del alumbrado* (1990), *Asuntos personales* (1991), *Cobijo contra la tormenta* (1995), *Todos nosotros* (1998), *Iceberg* (2002), *Marea humana* (2006) y *Ya no es tarde* (2014), todos ellos reunidos en el volumen *Acuerdo verbal* (2018). Ha escrito también los libros de aforismos *Pura lógica* (2012), *Doble fondo* (2014) y *Más que palabras* (2015), y junto al músico Joaquín Sabina el tomo *Incluso la verdad* (2017). Sus libros han sido traducidos en Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Grecia, Dinamarca, Portugal, Bélgica, Croacia, Estonia, Letonia y Hungría, y editados también en Argentina, México, Perú, Cuba, El Salvador y Colombia.

© 2003, Benjamín Prado  
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3536-7  
Imagen de cubierta: Pablo del Pino  
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué  
conversión ebook: Newcomlab S.L.L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# Índice

[Jamás saldré vivo de este mundo](#)

[Hay que matar a \*Roco\*](#)

[La epidemia](#)

[El reloj](#)

[Todo lo que vio Alberto](#)

[Asma](#)

[Jamás saldré vivo de este mundo](#)

[Mi día de suerte](#)

[Los muros se mueven](#)

[Las banderas son para los idiotas](#)

[Agradecimientos y explicaciones](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)